

LO BARNECHEA

CRÓNICAS DE SU HISTORIA

Miguel Laborde



LO BARNECHEA

CRÓNICAS DE SU HISTORIA

LO BARNECHEA

CRÓNICAS DE SU HISTORIA

Miguel Laborde



ÍNDICE

Introducción	8
Línea de tiempo	10
Hitos históricos	12

Primera parte: La gran cordillera nevada

La hija de la montaña	16
Ruta inca ceremonial	16
“Un montón de montones”	18
Una ciudad del Tahuantinsuyo	20
Cinco siglos en El Plomo	22
La fortuna de Nazario	23
El dato de Guillermo Soto	25
Chileno de otra escala	26
Dos hallazgos mundiales	28
Mineros y areneros barnecheinos	30
Un ambiente rudo	32
El camino de la montaña	35
Gran Minería de Lo Barnechea	39
Trepadores de montañas	41
La nieve más rápida	45
Rutas, senderos y miradores	50
Los arrieros, siempre presentes	51

Segunda parte: La precordillera

Quebradas en “la ceja verde”	56
Nace El Pueblito	57
Venidos del sur	59
Francisco de Paula Barnechea	61
Los buscadores de minas	63

Nombres de las calles	64
La naturaleza omnipresente	64
Cometierra, Provincia y Pochoco	66
San Enrique	67
El ingeniero de San Enrique	68
El paisaje humano y sus costumbres	71
Por el Camino de Las Minas	73
La tradición de La Ermita	76
Comunas al oriente	78
El andarivel industrial	78
Hijuelas nuevas: El Arrayán y Yerba Loca	79
Caminos, puentes y quebradas	81
El club de fútbol de Lo Barnechea	83
Más gente en El Pueblito	83
La parroquia del pueblo	84
Fiesta de Cuasimodo	86
Comuna en forma	88
La Feria de anticuarios	89
Música al pie de la montaña	92
Restaurantes de campo	94
Vivir en El Arrayán	96
El naturalista Godofredo Stutzin	99
La ciudad se comunica	100
La naturaleza se protege	102
Miradores cósmicos	104
La Casona de San Enrique, centro cultural	105
Por el arte, la cultura y las tradiciones	108
De colegios y liceos	109
Calendario de la cultura local	111
El Estadio y la Piscina	114
Habitantes del Cerro 18	115
Rodeos en Medialunas y Fiestas Patrias	118
Centro Lector Julio Barnechea	120
Lugar de tradiciones	121

Tercera parte: El valle de los caballos

La ciudad se acerca a la montaña	126
Un valle independiente	126
El lugar de los caballos	128
La defensa del caballo	130
La blanca cal y la blanca nieve	132
Arrendatarios de La Dehesa	134
La pionera familia Dávila	136
De los Dávila a los Labbé	138
La Dehesa se urbaniza	139
Pioneros de La Dehesa	140
Vivir como en el campo	142
Barrios independientes en La Dehesa	144
Una selva en la mitad	146
La Dehesa en el siglo veintiuno	147
Un subcentro en el piedemonte	150
Conectividad en aumento	151
Los cerros en medio	152
Culturas diversas	154
Esculturas en la vía pública	155

Cuarta parte: Testimonios de los vecinos

Digamos que se llama Don Cheo	164
Crece con arrieros	168
Un minero de Lo Barnechea	171
El sembrador de nogales	173
“No quiero una Juana Gallo”	176
Hans Muhr en el paisaje de El Arrayán	179

Agradecimientos

183

INTRODUCCIÓN

La comuna de Lo Barnechea está profundamente vinculada a su entorno natural; eso la convierte en un lugar extraordinario desde tiempos remotos. La presencia del río y la montaña son parte de un imaginario arraigado a partir de sus primeros habitantes hasta nuestros actuales vecinos.

Su extensión es casi puramente andina, el 96 por ciento de la superficie es cordillerana. Comunica la cordillera de los Andes con la ciudad de Santiago. Está llena de rincones: en sus dos cajones, el de El Arrayán y del Mapocho, la naturaleza y el paisaje cobran una potencia única; en el valle de La Dehesa hay un desarrollo urbano intenso y moderno; en la zona del Pueblo y San Enrique aún se conservan resabios rurales y campesinos, y al interior de Farellones se vive la montaña.

Estas características son evidentes para quienes conocen la comuna, pero ignoradas por quienes no han tenido oportunidad de llegar hasta este sector. En este sentido, y dado que la mayoría de las comunas han ido presentando importantes y radicales modificaciones en su paisaje, sumado a los cambios sociales, económicos y culturales en el creciente proceso de globalización, se hacía imperioso publicar este libro, como un gesto de resguardo hacia la cultura local.

El libro *Lo Barnechea: crónicas de su historia* es una acción concreta para proteger y promover nuestra historia comunal, que hasta ahora no estaba sistematizada ni ordenada mediante una investigación de esta envergadura. Antes de este libro, la memoria de nuestra historia territorial se transmitía de boca a boca entre sus habitantes, por lo que se hacía urgente atender esta deuda. Con este aporte hemos querido documentar parte de esta transmisión, para que perdure en el tiempo.

Con esta obra la Municipalidad de Lo Barnechea concreta su compromiso de proteger y promover nuestro patrimonio cultural inmaterial, y a la vez el de difundir nuestra historia para que llegue tanto a hogares como colegios, jardines y bibliotecas. La investigación se propuso sensibilizar a nuestras vecinas y vecinos, acrecentar su conocimiento y valoración por la comuna y sus características que la hacen única. Las generaciones futuras con seguridad reconocerán su valor y asumirán la misión de ir completando esta historia dinámica, que crece día a día.

En el proceso de elaboración de esta investigación se escucharon testimonios, se propiciaron conversaciones llenas de anécdotas, remembranzas, paisajes y colores, donde la naturaleza siempre estuvo presente. Pero también se investigó arduamente. La misión se encomendó a Miguel Laborde, cronista y escritor fuertemente vinculado a Lo Barnechea, quien dejó impregnado en estas páginas ese cariño.

Laborde propuso una estructura muy interesante para el lector, pues de alguna manera simula un recorrido que parte desde nuestra cordillera y su pasado remoto y va bajando hasta llegar a la comuna y sus diversos sectores en tiempos actuales. Esperamos que su lectura sea dinámica y significativa, y que puedan reconocer paisajes e imágenes, junto con robustecer un sentimiento de pertenencia.

Este libro se realizó con la dirección de la Corporación Cultural de Lo Barnechea, que vela por salvaguardar el patrimonio cultural inmaterial de la comuna.

La dedicación, cariño y responsabilidad con que enfrentamos esta misión se traducen hoy en un resultado que nos llena de orgullo. Esperamos que disfruten este libro en familia.

Corporación Cultural de Lo Barnechea

7000 ac



1771



c.1500



1536



1869



1880



1977



1971

1981



1985



1991

1901



1924



1934



1937

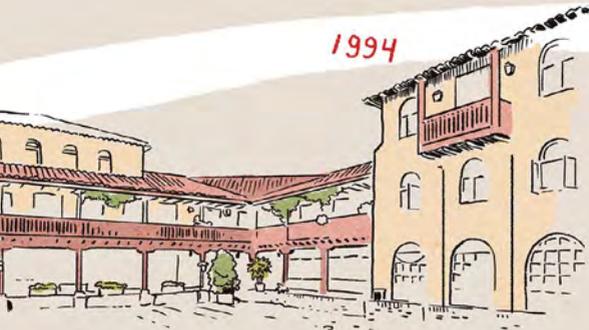
1954



2012



1994



2014



2016



2018



2021

HITOS HISTÓRICOS

- 7000 AC** Datación de la primera presencia humana en el territorio de la comuna.
- 1500 (CA)** Construcción del camino incaico, de cerro Huelén (Santa Lucía) a la precordillera barnecheína (Corral Quemado).
- 1536** Pedro de Valdivia establece en la precordillera de Santiago La Dehesa del Rey como valle de los caballos.
- 1771** José Antonio Bonechea adquiere la propiedad que da origen a Lo Barnechea.
- 1862** Francisco de Paula Barrenechea traza El Pueblito de Lo Barnechea.
- 1869** Nazario Elguín explora la cordillera en busca de minerales, lo que culminará con el hallazgo de La Disputada y Los Bronces.
- 1877** La Municipalidad de Santiago vende la hacienda de La Dehesa.
- 1880** Nazario Elguín funda una empresa para construir el Camino de Las Condes hacia el interior de Lo Barnechea.
- 1886** La familia Fernández Concha levanta el santuario La Ermita.
- 1896** Gustav Brandt y Rudolph Lücke, europeos guiados por el arriero barnecheíno José Alvarado, son pioneros en hacer cumbre en El Plomo.
- 1900** Creación de la primera escuela unidocente liderada por Juana Rosa Silva Barrera, primera preceptora de la localidad.
- 1901** Al oriente de Santiago se crea la comuna de Las Condes, la que incluye territorio actual de Lo Barnechea.
- 1924** Enrique Concha y Toro construye un gran andarivel para transportar minerales desde la cordillera.
- 1929** Se funda el Club de Tiro y Deportes Santa Rosa de Barnechea.
- 1934** Se efectúa la donación del terreno en el que se comienza el mismo año la construcción de la iglesia Santa Rosa de Lo Barnechea.

-
- 1937** Comienza el trazado de Farellones.
- 1954** En el cerro El Plomo se descubre un adoratorio inca, donde se encuentra la ofrenda del Niño del Cerro junto a su ajuar funerario, enterrado hace más de quinientos años.
- 1971** La familia Von Kiesling Maurach dona más de 30 mil hectáreas para crear el Santuario de la Naturaleza de Yerba Loca.
- 1972** El Estado de Chile adquiere la mina Los Bronces.
- 1977** La Fundación Educacional Barnechea, orientada a ayudar a niños y niñas de escasos recursos, abre en la calle Garrido el colegio La Dehesa (para niñas).
- 1981** Nace la comuna de Lo Barnechea, como parte de una subdivisión administrativa de la comuna de Las Condes.
- 1985** Celebración de la primera Semana Barnecheína.
- 1985** En el sector de La Dehesa se inaugura la iglesia Santa Teresa.
- 1991** Se establece la Municipalidad de Lo Barnechea.
- 1994** El municipio se instala en la casona de Plaza San Enrique.
- 1994** Nace la Corporación Cultural de Lo Barnechea.
- 2012** El Athletic Club Barnechea se integra al fútbol profesional.
- 2014** Inauguración de la obra “El Caballo de Lo Barnechea”, del artista y escultor nacional Francisco Gazitúa.
- 2016** En el Cerro 18 inicia su funcionamiento el primer ascensor público de Santiago.
- 2017** Inauguración del Centro Cívico de Lo Barnechea.
- 2018** Instalación de la Virgen del Carmen del Cerro 18.

An aerial photograph of a vast mountain range, likely the Sierra Nevada, covered in snow. The image is overlaid with a semi-transparent teal color. The mountains are rugged and layered, with some peaks partially obscured by low-hanging clouds or mist. The overall scene is serene and majestic.

primera parte

La gran cordillera nevada

LA HIJA DE LA MONTAÑA

Instalada en los faldeos andinos, Lo Barnechea es la comuna que comunica a la ciudad de Santiago —de la que ahora forma parte—, con la cordillera de los Andes, a la que también pertenece por su amplio territorio andino. Ella acoge a quienes aspiran a vivir a los pies de las montañas, y también a quienes buscan acercarse a explorarlas.

Que quienes aquí habitan son montañeses no es un decir, porque de su muy vasto territorio, de más de 100 mil hectáreas, el 96 por ciento es cordillerano.

La ciudad de Santiago nació con vista a la montaña. Lo decían los españoles apenas llegados, que hasta la luz de las mañanas y el sol de cada día venían de ella, así como el agua con la que regaban sus huertos.

Las dilatadas dimensiones andinas —sus fatigosas alturas y anchuras—, y las larguísimas jornadas a caballo o mula cuando debían cruzarla, hicieron de la cordillera de los Andes —junto con las selvas de la Amazonía—, la característica más temida de la América del Sur.

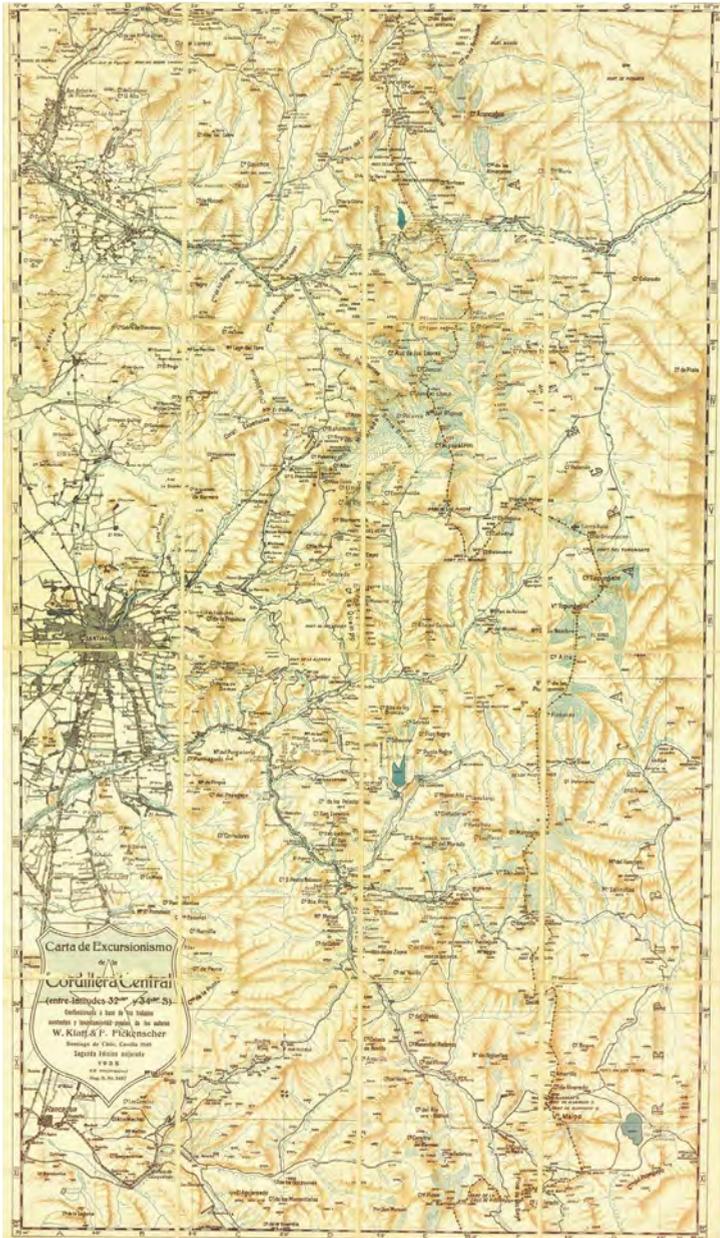
Una vez fundadas las ciudades de Chile, sus habitantes se acostumbraron a tener siempre a la vista esa masa monumental que separa al país del resto del mundo.

Los picachos nevados, elevándose más allá de las nubes, ofrecían un espectáculo que alegraba el año entero, en especial cuando al llegar la primavera la nieve blanca hacía de contraste con el profundo azul del cielo. El aire era transparente y la montaña parecía estar cerca.

RUTA INCA CEREMONIAL

Los incas, que dominaron el valle por tres cuartos de siglo antes de la llegada de los españoles, trazaron el primer camino para ir a la cordillera. Esa ruta ceremonial —propia de hombres que veneran las altas montañas—, la comenzaron a utilizar los españoles, después, para buscar plata y cobre en la cordillera, y así surgió un nombre que perduró por siglos: el Camino de Las Minas.

Luego de iniciar su recorrido junto al cerro Santa Lucía, cerca del río, el camino se alejaba lentamente hacia el sur para luego volver a acercarse a sus



Carta de excursionismo de la Cordillera Central confeccionada a partir de los levantamientos e investigaciones de W. Klatt y F. Fickensher. Segunda edición mejorada, 1935. El documento pertenece al caballista Ricardo Labarca y fue reconstruido digitalmente. El original se seccionó para que no se rompiera con el movimiento de las monturas al ser compartido por arrieros de generación en generación. Archivo

aguas. Después enfilaba en línea casi recta en dirección a la más alta de las montañas que coronan la ciudad, esa que los conquistadores llamaron El Plomo, ubicada junto a la zona más rica en cobre de todo Chile central.

En el presente se mantiene el mismo recorrido, aunque con nombres diferentes; la ruta ceremonial y el Camino de Las Minas corresponden a las avenidas Providencia y Las Condes, las que siguen siendo un acceso de primera importancia para llegar al sector que se formó al unir el valle de los caballos con la montaña, la actual comuna de Lo Barnechea, principal portal andino de la ciudad de Santiago.

“UN MONTÓN DE MONTONES”

La geografía es determinante en este borde oriental de Santiago. Con sus amplias extensiones montañosas, Lo Barnechea ocupa cerca de la mitad de toda la provincia de Santiago, el 45,5 por ciento de su superficie. Como la mayor parte se eleva sobre los mil metros de altitud, casi toda ella es de Preservación Ecológica, el 96 por ciento. Podrá densificarse, demolerse y reconstruirse el resto de la ciudad, pero ahí permanecerá, protegida como patrimonio natural andino, la mayor parte de su territorio.

El respeto que infundió la montaña a los españoles queda claro en las palabras de uno de sus primeros cronistas, Alonso de Góngora Marmolejo, el que se refiere a ella calificándola de “brava” y la nombra con mayúsculas: “La Cordillera Nevada”.¹

Así la llama porque “está nevada todo el año”. Él mismo celebra que su gran altura le permita acumular una nieve abundante que alimenta a los ríos aún en los meses ardientes, aunque observa con cierta inquietud “muchos volcanes que echan fuego de sí de ordinario, y más en invierno que en verano”.

El cronista Alonso González de Nájera describe la “muy levantada sierra, a que en aquella tierra llaman los nuestros Gran Cordillera Nevada, que por la parte del Levante de todo aquel reino le va haciendo una inexpugnable muralla”. Agrega, admirándola, que “a la grandeza de montes o sierra de aquella tierra no la igualan los Alpes ni Pirineos, ni otra subida cordillera del mundo”.²

¹ Góngora Marmolejo, Alonso de (1969). *Historia de Chile desde el Descubrimiento hasta 1575*. Santiago: Universitaria.

² González de Nájera, Alonso (1971). *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*. Santiago: Andrés Bello.



Vista de la cordillera de Santiago, dibujo de Claudio Gay publicado en su *Album d' un voyage dans la republique du Chili*.

Es Diego de Rosales el que renuncia a describir tales alturas y anchuras, y con ello logra el mejor acierto al dar cuenta de ello con una suerte de antipoe-
ma; la describe como “un montón de montones amontonados”.³

El temor que causaba, en especial en quienes habían debido cruzarla con temor de sus vidas para llegar aquí, aflora en los adjetivos que escoge Pedro de Córdoba y Figueroa: “Es admirable por su longitud y latitud, altura y fragosidad, riqueza y boscajes, y nada menos por la impenetrable terquedad de su nieve, siendo su conjunto un horroroso o deleitoso objeto”.⁴

En cuanto a su altitud, hay que reconocer que aquí, en esta latitud, es donde el macizo andino alcanza varias de sus principales cumbres, las que definen el paisaje de la comuna.

El habitante de Lo Barnechea goza de más de cien alturas andinas que la enmarcan o atraviesan. Allá en lo alto están los picachos nevados, sus glaciares,

³ Rosales, P. Diego de (1877-1878). *Historia general de el Reyno de Chile: Flandes Indiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

⁴ Córdoba y Figueroa, Pedro de (1862). *Historia de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril (Colección Biblioteca Nacional de Chile).

observándolo todo, pasan los siglos y su presencia es invariable, El Plomo, La Paloma, Altar, elevaciones altivas que se acercan e incluso superan los 5 mil metros sobre el nivel del mar.

Con el tiempo, luego que naciera la ciudad en el siglo dieciséis, el santiaguino devino un amante del paisaje andino. No faltó el que celebrara el contraste de su iglesia más antigua —la de San Francisco—, recortada contra la nieve que la embellecía con su blanca aureola. Cuando al fin se hizo el primer paseo público de la ciudad, el del Tajamar, se proyectó, justamente, para que los santiaguinos lo recorrieran contemplando los colores de la tarde reflejados en los cerros de la precordillera.

Los viajeros, en sus cartas, celebraban el paisaje de esta “ciudad andina”.

En primavera se hizo tradicional la excursión anual —como un agradecimiento a la vida después del frío invierno—, la que se hacía en caballo o carreta para acercarse a sus primeras estribaciones, en la actual comuna de Lo Barnechea, para gozar el paisaje de sus quebradas y respirar su aire puro.

UNA CIUDAD DEL TAHUANTINSUYO

El camino construido por los incas es uno más de los patrimonios que dejó su Imperio en el valle del Mapocho, luego de cerca de setenta años de dominio. Sabían ellos de construir vías en la montaña, las habían construido de Cuzco al norte y al sur, haciéndolas reptar por los portezuelos más bajos para así disminuir el esfuerzo, evitando las hondonadas donde los deslizamientos de lodo y piedra podían destruir lo construido.

La montaña tutelar que domina el valle —el cerro El Plomo—, era un ámbito sagrado desde Corral Quemado hacia arriba, y por ello un piquete de soldados custodiaba el acceso. Las procesiones —como las fiestas de Capac Cocha— requerían un camino ancho y parejo para que los sacerdotes, los músicos y la comunidad pudiera avanzar con dignidad y sin tropiezos, práctica que favoreció la calidad de los caminos rituales. Incluso, como en este caso, incluir plataformas de descanso, de piedra, para detenerse de tanto en tanto.

Como se ha descubierto en años recientes,⁵ al llegar los españoles ya había una ciudadela incásica al poniente del cerro Huelén, sobre cuyas bases se fundó

⁵ Shehberg, Rubén; Sotomayor, Gonzalo; Cerda, Juan Carlos (2016). Mapocho Incaico Norte. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* (Chile), 65, 109-135.

Santiago. Fue la que habitaron los conquistadores el año 1541, hasta que al llegar la primavera construyeron la propia, sobre la anterior.

Los incas, de acuerdo a su tradición, habían alineado sus construcciones en dirección a las más altas montañas, rindiéndoles tributo y abriendo sus vanos en esa dirección, para así recibir los primeros rayos solares en los días de solsticio. Para ellos, como en el Cuzco, el habitar humano era un diálogo agradecido con la madre tierra, el que se despliega en un abrazo infinito a lo largo de cientos y miles de cumbres andinas, hogar primordial del ser humano. Al padecer una crisis, era a ella a quien acudían con ofrendas propiciatorias, por el camino que conducía a sus laderas.



Imagen de ídolos y huacas de los kollasuyos, publicada por Felipe Guaman Poma de Ayala en *El primer nueva coronica i buen gobierno*, 1615.

CINCO SIGLOS EN EL PLOMO

A mediados del siglo pasado se descubrió la ofrenda de un niño inca en el cerro El Plomo, cuyo cuerpo helado se conservó bajo la nieve. Hoy está a cargo del Museo Nacional de Historia Natural de la Quinta Normal, no lejos de donde los mismos incas tenían su propio cementerio (Av. Matucana). Desde ahí trazaron la actual calle Catedral, justo hacia este tramo de la cordillera.

Fue un hallazgo de 1954, de tres lugareños buscadores de minas y ajuares funerarios, los tres de Lo Barnechea —Guillermo Chacón Carrasco, Luis Ríos Barrueto y Jaime Ríos Abarca—, el que permitió dar con este testimonio físico de la tradición de las ofrendas incásicas. Estaba el cuerpo muy arriba, intocado, cerca de la cumbre.

Con su sentido ancestral y contexto histórico, el suceso es abordado por una novela ambientada en la época incásica, *Cielo de serpientes* de Antonio Gil, publicada por Seix Barral el año 2008. Uno de sus narradores es ese niño de unos ocho años de edad que, en un momento de crisis de su comunidad, recibe la muerte para solicitar ayuda a los dioses y así asegurar la vida al resto de la comunidad. En 1998, El Plomo ingresó a la lista tentativa de bienes que podrían ser declarados Patrimonio de la Humanidad.

El Plomo es uno de tantos adoratorios de montaña que jalonan la cordillera de los Andes en América del Sur, ajenos a toda frontera. El paisaje de arriba, trascendente y sobrecogedor, eleva el espíritu de cuantos se adentran en sus dominios amplios y sin límites.



Niño de cerro El Plomo con su ajuar funerario, enterrado hace más de quinientos años y encontrado en 1954. Colección Museo Nacional de Historia Natural de Chile.

LA FORTUNA DE NAZARIO

Los arrieros, solitarios en sus recorridos de altura, en el siglo diecinueve vieron multiplicarse los cateadores.

Fue uno de ellos, de nombre curioso, Nazario Elguín Leyva, el que cambió el curso de la historia local. Miembro de una de esas familias que lavaban oro durante la Colonia en la otra cordillera, la de la Costa, su fama lo precedía. Cuando unos empresarios extranjeros se interesaron por explorar aquí el potencial minero de estas montañas, les dijeron que debían buscarlo a él, a “Don Elguín”, el mejor cateador del Chile central.

El oficio tenía muchos exponentes en Caleu, su lugar de origen. Según Gastón Fernández Montero, especializado en su historia, “los mineros de Caleu habían ganado una justificada fama de hombres recios, expertos y trabajadores, aptos para asumir cualquier función relacionada a la minería”.⁶

Cuando vino a la zona era un portador del espíritu del chileno nuevo, el que luego de la independencia llevó a docenas de emprendedores a explorar el norte en busca de yacimientos de plata y nitratos, a exportar cobre a países tan lejanos como la India, a llevar harina y charqui a los ganaderos de Nueva Zelanda y a los penales de Australia, y a buscar oro en California.

Nacido el año 1815, Elguín creció con ese siglo emprendedor. Mucho se ha escrito de las gestas mineras de Atacama, Antofagasta y Tarapacá, pero se olvida que en esta latitud de 33 grados y tan cerca de la capital —unos 50 kilómetros montaña adentro—, hubo otra similar, donde el hombre no se enfrentó a las arenas del desierto, sino a las tempestades y nevazones andinas.

Hacia 1870 era notorio que la cordillera de la Costa ya estaba bien explotada, y que era hora de emprender un desafío mayor, a otra escala, en la cordillera de los Andes. Para ello, Elguín tenía algo excepcional; era un conocedor de los “placeres de oro” —como se llama al que baja en pepitas por los cursos de agua—, pero también de los metales ocultos en yacimientos de rocas, fuera plata o cobre.

Sabía que Chile tiene miles de cerros donde hay cobre pero, casi siempre, de baja ley. Para una explotación rentable hay que dar con el de calidad, para no tener que procesar 100 kilos de piedras para obtener uno de cobre. Elguín, conocedor de las nuevas tecnologías que podían hacer rentable una faena, se vino a analizar la quebrada de San Francisco y aquí encontró, de paso, su propio futuro.

⁶ Fernández Montero, Gastón (2013). Nazario Elguín: cateador de Caleu y Los Bronces. *Boletín Minero*, 1274.



Retrato de Nazario Elguín, por Cosme San Martín, 1889.
Archivo Taller de Restauración, Universidad de los Andes.

EL DATO DE GUILLERMO SOTO

Fue un pirquinero y barretero local, habitante de El Pueblito de Lo Barnechea, Guillermo Soto, el primero en dar el aviso. Conocedor del mundo de la pequeña minería artesanal, fue quien llamó la atención de los extranjeros Vicente Costa y Ángel Sassi sobre esta zona. Tan interesados los dejó, y dispuestos a invertir en la zona, que pronto contrataron al cateador Elguín para confirmar la tincada de Soto.

Fue en el verano de 1869 cuando el experimentado Elguín, de unos 45 años por entonces, dejó la ciudad a sus espaldas y comenzó a subir por el Camino de Las Minas. A cierta distancia, poco más allá del cerrito Navidad, debió cruzar el territorio de la gigantesca hacienda que se extendía hasta la frontera argentina. Era la famosa propiedad de las condesas de Sierra Bella, de la “bella montaña”, dentro de la cual se encontraba la zona que debía catear.

Tras comprar, de seguro, algunas vituallas en Lo Barnechea, tuvo que internarse en las quebradas andinas para iniciar la búsqueda cuyos resultados habrían de generar una vida diferente para miles de personas, con gran impacto en la economía nacional; estaba a punto de encontrar uno de los mejores territorios cupríferos del planeta.

Aquí habrá recorrido estas quebradas, observándolas detenidamente y haciéndose preguntas: ¿Si encontraba metal de buena ley, podría bajarlo? ¿A qué costo se tendría que construir el camino de acceso, sin que se comiera las utilidades? ¿Habría agua necesaria para trabajar la mina? ¿Esos manchones morados y verdosos, ladera arriba, serían de buen cobre?

Elguín pudo llegar con facilidad hasta el lugar gracias al camino existente. Como los incas, tuvo que pasar por Corral Quemado, el que era por entonces un sencillito caserío aledaño a las rápidas aguas del río San Francisco, justo donde el camino se bifurca; una vía lleva al cajón de Yerba Loca —también con intereses mineros por entonces— y el otro a la quebrada de San Francisco que iba a explorar.

Había faenas avanzadas en varios cerros, pero con señales de abandono. Algunos años antes, entre 1831 y 1840, luego de algunos hallazgos de cobre y también de plata, hubo una intensa oleada de entusiasmo, pero breve debido a las dificultades de acceso. Esas faenas constan en “el testamento del rico hacendado Antonio de Hermida, quien hacía alusión a un trapiche para el beneficio de plata construido en la boca del cajón del río Mapocho (o San Francisco), a

corta distancia de La Dehesa de la ciudad”.⁷ Ese molino minero sirvió por entonces a varios pirquineros locales, incluyendo a algunos de El Arrayán.

El siglo diecinueve, el republicano, mejoró los sistemas de trabajo. Con peñoles europeos se logró explotar vetas a mayor profundidad y usar los hornos de reverbero introducidos por el francés Charles Lambert, similares a los de Gales. Para eliminar el azufre, el carbón permitía “tostar” el mineral con un poder calorífico muy superior a la leña.

Elguín era un hombre de la nueva minería y, por lo mismo, aunque la sociedad “Eyzaguirre, Portales y otros” ya había explotado esta misma zona, pudo lograr resultados; ellos lo habían hecho a la manera antigua, en superficie, sin saber cuánto había escondido más abajo.

CHILENO DE OTRA ESCALA

Es curioso que una figura como la de Elguín no tenga el alto perfil que se merece. Y es que Chile, aunque país dependiente de la minería en todo su desarrollo económico, poco ha cultivado su historia. Una excepción la ofrece Benjamín Vicuña Mackenna, quien inauguró esta disciplina con una trilogía clásica: *Edad de oro en Chile* (1881), *El libro de la plata* (1882) y *El libro del cobre y del carbón de piedra* (1883).

Tenía algo a su favor Vicuña Mackenna, el haber conocido de niño las faenas mineras. Fue Pedro Félix Vicuña, su padre, el que “descubrió” y apoyó a Elguín, modesto hijo de cateadores, al advertir su vocación; a esa casa llegó siendo apenas adolescente, y ya no dejó de tratar con frecuencia a los Vicuña en abierta amistad de por vida. Don Pedro Félix, líder liberal, practicaba lo que promovía: “La democracia sería inconsistente y nula mientras el trabajo del hombre no obtuviese la parte que le correspondía en la formación de la riqueza”.⁸

Siendo minero pero también periodista y hombre de letras, poseía buena biblioteca, y ahí encontró el joven Elguín unos libros que le serían muy útiles para completar su educación en cuanto a las ordenanzas o normativas aplicables a la

⁷ Ringeling Polanco, Eugenio (1985). *Las Condes: un lugar en la historia*. Santiago: Corporación Cultural de Las Condes, 175 pp.

⁸ Vicuña, Pedro Félix (1884). *El porvenir del hombre, o Relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia*. Valparaíso: Imprenta del Comercio.



Fachada Palacio Elguín. Alameda esquina Brasil.
Archivo Patrimonial Brüggmann, ca. 1890.

minería. Gracias a esa biblioteca se transformó en un “ordenancista”, experto en la legislación minera.

Vicuña Mackenna explica en sus libros que el verdadero desarrollo minero proviene de la Revolución Industrial y sus máquinas; que el cobre, antes útil para fabricar campanas y cañones, ollas y pailas, gracias a ella se transformó en un metal moderno, explotado industrialmente, estratégico para los nuevos tiempos.

Gastón Fernández Montero, como historiador minero convencido de la importancia de esta industria para Chile, ha sido promotor de la idea de crear en el país un verdadero Museo de la Minería; eventualmente en el propio Palacio Elguín de la Alameda, en parte como homenaje a su rol en dos de las mayores minas de cobre del mundo, ambas emplazadas al interior de las montañas de Lo Barnechea, la Disputada de Las Condes y Los Bronces.

Novelesca es la vida de Nazario Elguín, hasta llegar a esos hallazgos y a su fastuoso palacio en la Alameda junto a la Av. Brasil. Como icono nacional, representa el sueño de miles de pirquineros esforzados que, a lo largo de las dos cordilleras, con sus atuendos y herramientas de siempre, incluso con sus mismas dietas ancestrales —donde el charqui y el ají eran esenciales—, soñaron con encontrar pepitas o vetas que los hicieran ricos.

Lo interesante es que Pedro Félix Vicuña, al apadrinar a Elguín e incorporarlo en faenas más modernas, lo preparó para la que sería su hazaña en Lo Barnechea.

DOS HALLAZGOS MUNDIALES

Hombre previsor, Elguín se hizo millonario porque siguió examinando la zona más allá de la quebrada de San Francisco, que le habían mandado los inversionistas. A su propio nombre inscribió un sector todavía libre, “franco”, con lo que dio origen a la que sería la mina más grande de Chile, Los Bronces.

Se trata de un medio de montaña andina, con inviernos aislados por ventiscas, heladas y nevazones. Son escasos los aleros de piedra donde protegerse, y quien se refugia en ellos se expone al acoso de los pumas en los meses más fríos. Pero ahí estaba la riqueza, y en ese medio inhóspito debió iniciarse la faena que atrajo a Lo Barnechea a docenas de familias.

Como cuenta Enrique Espinoza en su *Jeografía Descriptiva* de 1897, Lo Barnechea era apenas una aldea al iniciarse la minería local. Pero por los hallazgos de cobre, plomo y plata, ya no dejaría de crecer. Más allá de la quebrada de San Francisco y el emplazamiento de Elguín en Los Bronces, se instalaron otros mineros, en algunos casos en sitios conocidos de antes por su valor mineral, pero ahora trabajados con técnicas modernas. En toda la zona, en Yerba Loca y el cajón de El Arrayán, en Los Piches, Dolores y Duarte, brotaron las faenas.

Los inversionistas que contrataron a Elguín fueron el suizo Ángel Sassi y el italiano Vicente Costa. El primero, de ideas liberales, participaría activamente



Mineros en mina Los Bronces. Archivo Anglo American.



Vista de mina Los Bronces. Archivo Anglo American.

en el naciente movimiento mutualista, el que en esa época buscaba —al igual que Pedro Félix Vicuña—, cómo equilibrar mejor las relaciones entre capitalistas y trabajadores. Fue uno de los fundadores de la célebre Sociedad de Artesanos La Unión, el año 1862, la que liderada por Fermín Vivaceta fue la más exitosa entidad de socorros mutuos del país, con filiales en todo Chile. En la de Santiago, en un discurso pronunciado en 1884, el empresario Sassi exclamó:

*Proteger las clases obreras, reconocer en ellas el mejor elemento del progreso nacional y formarlos en la severa escuela del deber y del trabajo, es alejar por siempre, señores, de esta patria querida, el pauperismo, el socialismo, el nihilismo y tantas otras plagas de las viejas sociedades.*⁹

La historiadora María Celia Baros cita la nutrida serie de emprendimientos nacidos en esos años, cuando opera Elguín: “[t]al fue el caso de la ‘Compañía Explotadora de Las Condes’ de propiedad de Enrique Concha y Toro y Jorge Phillips, la que a su vez tuvo otra sociedad, la ‘Compañía Las Condes de Chile Limitada’, registrada en Londres en 1876 y 1881; la ‘Compañía Minera Disputada’ de Francisco de Paula Pérez y Caldera, en 1878; la ‘Compañía

⁹ Grez Toso, Sergio (1997). Fiesta de la Unión de Artesanos. Discurso de don Ángel Sassi. *La Razón*, 22 de septiembre de 1884. Cit. por Grez Toso en *De la regeneración del pueblo a la huelga general*. Santiago: .

Explotadora ‘Los Bronces’ de Las Condes’ de Nazario Elguín, en 1887; la ‘Compañía Minera de Las Condes’ de José de Respaldiza en 1888”.¹⁰

Por entonces también figuran “La Sociedad Minera Maitencito de Las Condes”, de 1883; la “Sociedad Minera e Industrial de Las Condes”, de 1898, y, ya en este siglo, la “Compañía Minera San Francisco de Las Condes”, de 1914. Esta fue la última generación de emprendedores chilenos en la zona; de ahí en más, los grandes proyectos, a una escala siempre mayor, fueron obra de capitales extranjeros o del Estado nacional.

La producción era difícil en esta zona, por dos razones; porque los sistemas de extracción de los mineros pequeños eran todavía bastante arcaicos, y porque debido a la altura donde estaban los minerales estos se cubrían de nieve durante largos meses cada invierno, lo que cerraba los caminos, interrumpía las faenas y causaba virulentas epidemias de influenza, mortales para algunos trabajadores. Lo del territorio hostil lo denunció la propia memoria de la Compañía Explotadora de Los Bronces de 1887, que en junio de ese año lamenta que “las nevazones i el mal tiempo interrumpieron a menudo el trabajo exterior”.¹¹ Algunas minas cerraban desde el comienzo del otoño hasta fines de marzo.

Fue por entonces, con los mineros, cuando comenzó el auge de La Ermita. Lugar cercano al nacimiento del río Mapocho, que domina desde cierta altura el encuentro de las sonoras corrientes de agua que le dan origen —las del Molina y del San Francisco—, era un antiguo lugar ritual de los indígenas de la zona, donde se había levantado una ermita dedicada a la Virgen María. A ella le agradecerían muchos, al bajar con buena salud.

MINEROS Y ARENEROS BARNECHEÍNOS

Cuando el clima obligaba a suspender las faenas, los trabajadores descendían y se congregaban en torno a la Virgen de La Ermita, ya que tenía un espacio llano enfrente, como una plazuela, algo poco frecuente en esa zona de topografía compleja. El Kilómetro 11, donde se encuentra, se transformó en el punto de encuentro entre la montaña y el valle.

Ante las suspensiones de faenas en invierno es que algunos de los trabajadores iniciaron una actividad que atrajo después a trabajadores estables, los que lo

¹⁰ Baros, María Cecilia (2010). *Río Blanco y Andina, visión de chilenos*. Santiago: Codelco.

¹¹ Baros, op. cit.



Vista del valle colindante a la mina Los Bronces, donde acudían los trabajadores cuando el clima obligaba a suspender las faenas mineras. Archivo Anglo American.

asumieron como un nuevo oficio que ofrecía la zona: ser areneros del Mapocho. Algunos se radicaron definitivamente en El Pueblito de Lo Barnechea, incrementando así su población original.

Tanta faena minera generó un gran desplazamiento de hombres jóvenes venidos del norte y también de fundos del sur, atraídos por las noticias. En ese fin del siglo diecinueve las obras públicas —especialmente la construcción de caminos y tendido ferroviario—, junto a la minería de Las Condes y el Cajón del Maipo, eran los mayores generadores de empleos en Chile central.

Más que en las ciudades, el dinamismo económico se ubicaba en las cercanías y, particularmente, en los alrededores de Santiago, como ocurrió en las grandes obras del ferrocarril a Melipilla o las del que avanzó al interior del Cajón del Maipo. Por desgracia para los mineros de esta precordillera de Santiago, no se llegó a construir el que se llamaría del Peñón, el que iba a subir desde las Cajitas de Agua (Plaza Baquedano) hasta los minerales de la precordillera, reemplazando en parte al Camino de Las Minas.

A falta de tren, larga fue la historia de las carretas y carretones, las que comenzaron a operar regularmente desde 1870 luego de los grandes hallazgos, con un recorrido que se iniciaba en las Cajitas de Agua. A diferencia de las que se desplazaban en otras direcciones, como Barrancas, Puente Alto y Renca, las que despertaban constantes críticas de los vecinos por su desorden —altercados, palabras indecentes, ebriedad, ruidos nocturnos—, las de los mineros, que cruzaban la ciudad casi sin detenerse, no generaban esta clase de denuncias.

UN AMBIENTE RUDO

Hacia arriba, fuera de la ciudad, no todo era tan tranquilo. Y es que entre la ciudad y las minas, culminando en El Pueblito de Lo Barnechea, se instalaron una serie de quintas de recreo, chinganas, fondas y cantinas a las que bajaban cientos de mineros los fines de semana y días de fiesta. Músicos y cantantes, carreras de caballos y otras diversiones, eran parte de la ruta del Camino de Las Minas, donde se vendía alcohol los días de semana, consumo que estaba prohibido arriba en las faenas.

Un lugar de importancia era el ubicado justo en la bifurcación donde “tropezaba” el camino, hacia las minas por la izquierda y al Convento de los Dominicanos por la derecha. Ahí en “El Tropezón” se detenían la carretas cargadas de mineral, a pernoctar.

Más arriba, e incluso en la zona minera, sin acatar las normas —en Los Maitenes—, se vendía alcohol en tres fondas, libremente, aunque debieran respetar la ley seca desde el domingo a partir de las cinco de la tarde. El lunes, por lo mismo, también era día de fiesta, con escaso personal presente en las faenas. El subdelegado local, al recorrer el lugar, informó:



La faena minera generó un desplazamiento de hombres jóvenes venidos del norte y del sur de Chile en busca de trabajo. Archivo Anglo American.



Trabajadores y mineros en mina Los Bronces. Archivo Anglo American.

El martes, al recorrer el mismo distrito, he visto con pena el estado vergonzoso en que he encontrado a no menos de cien trabajadores, entre arrieros, operarios del establecimiento de Maitenes y depósito de Planchada. En todo el camino, de trecho en trecho, hombres tendidos exánimes por el estado de ebriedad en que yacían; en algunos ranchos desde el dueño de casa hasta el último, borrachos. He conseguido algunos hombres de buena voluntad que por el momento me ayudaron a recoger los ebrios. Hoy se me han presentado varios dueños de minas, como asimismo el administrador del establecimiento de Planchada, el señor Langlois, de la fundición Maitenes, el administrador de la hacienda Cometierra, quejándose de que no pueden continuar con sus trabajos pues sus trabajadores no solo han fallado el lunes, sino el martes y hoy, lo que les irroga pérdidas enormes.¹²

Era un ambiente popular, en el que convergían jóvenes de diversas provincias soportando muy duras condiciones de vida y trabajo, todos con un futuro incierto pero dispuestos a abandonar los campos, sus pueblos, en busca de una

¹² De Ramón, Armando (1985). Cit. en Estudio de Una Periferia Urbana. Santiago de Chile, 1850-1900, en revista *Historia*, 20. P. Universidad Católica de Chile.



La vida en la mina era dura debido al trabajo pesado y las inclemencias del clima.
Archivo Anglo American.

oportunidad mejor. La inseguridad, laboral y la dureza de la experiencia afloraban en los locales nocturnos, sus lugares de desahogo.

En una comunicación del 16 de marzo de 1883, el subdelegado de Las Condes le comunicó al intendente de Santiago que su distrito “era muy difícil”,¹³ por los desórdenes en las cantinas. Los empresarios mineros comenzaron entonces a aportar mensualmente para pacificar el sector, lo que permitió costear, a partir de 1890, un puesto policial instalado en el territorio de las minas. Contaba con un oficial y dos soldados, equipados con armamento aportado por la Comandancia de la Policía Rural.

El año 1901, cuando Enrique Varas Palacios y otros vecinos de La Dehesa quisieron replicar el sistema, la comandancia ya no quiso financiar su equipamiento; tendrían que hacerlo ellos. El “Prefecto Martínez”, instalado en La Dehesa con sus celadores, igual se haría conocido por sus recorridos nocturnos contra los bandidos y forajidos que se desplazaban por entonces en esta y otras zonas rurales o mineras, a lo largo de todo el país.

En 1892 se nombró a un sargento y siete celadores para Lo Barnechea, para enfrentar “los frecuentes desórdenes”, pero todavía el año 1905 se informó que la situación persistía, como si se tratara de algo consustancial al ambiente minero.

¹³ Archivo Nacional. Intendencia de Santiago. Subdelegados del Departamento, 1883–87.

EL CAMINO DE LA MONTAÑA

El Camino de Las Minas no solo se alteraba por sus ruidosas fondas y cantinas; también era un problema el gran peso que arrastraban sus carretas. Aunque considerado en la época como uno de los importantes de la zona, puesto que servía al mineral más rico de la provincia, comenzó a deteriorarse. Era un verdadero patrimonio local puesto que su imagen, con las lentas carretas tiradas por yuntas de bueyes, y las recuas de mulas en fila bajando a descargarse en “Las Puertas” —sector de San Enrique—, fue algo inolvidable en la zona hasta bien adentrado el siglo diecinueve. Pero había que mantenerlo en condiciones, y no era barato.

La autoridad comenzó a cobrar peaje, 3 pesos con 80 centavos por carreta, lo que mucho molestó a los vecinos y, finalmente, tal como sucediera con el tema policial, fue necesario el aporte de los propietarios de los establecimientos mineros que, por otra parte, eran los más beneficiados con su uso.

Nazario Elguín, años antes —en 1880—, había encabezado con su hijo Lorenzo la creación de la sociedad anónima del Camino de Las Condes, para la que logró el apoyo de los principales propietarios de la época, Francisco de



En sus inicios el transporte de material, desde y hacia la mina, se realizaba en mulas, carretas y carretones. Archivo Anglo American.



La creación de nuevos caminos permitió la llegada de maquinaria y nuevos medios de transporte, facilitando el traslado de insumos, materiales y el de los propios trabajadores. Arriba: Ferrocarril, fotografía donada por Alejandro Valdivia. Archivo . Abajo: camión de transporte. Archivo Anglo American.

Paula Pérez y Caldera, José de Respaldiza, Ángel Sassi y Francisco Rivadeneira. Lograron avanzar unos 10 kilómetros, pero todo se paralizó por las dificultades de la muy abrupta topografía andina y se retiraron los socios. Los Elguín decidieron seguir adelante, por su cuenta, y con un ingeniero responsable —Germán Saavedra—, construyeron la continuación a lo largo de los esteros de San Francisco y Yerba Loca, tramo que inauguraron el año 1883.

Con el nuevo camino se facilitarían la bajada de los materiales hasta las fundiciones —zona de San Enrique— así como la subida de los proveedores, pero resultó ser además un enorme avance para los propios trabajadores de las minas, quienes desde entonces pudieron visitar a sus familias regularmente. La grotesca imagen anterior, dramática incluso, de familias habitando en miserables chozas cercanas a las minas para alimentarse con el pago semanal al que no tenían acceso si estaban en El Pueblito, comenzó a disminuir.

No habría sido posible el desarrollo minero a gran escala en esta zona, en las primeras décadas del siglo veinte, sin ese aporte de los Elguín. Fue su gran legado en el sector, como para que nunca se olvidara su nombre en Lo Barnechea. Solo se le ha recordado por su gran palacio en la Alameda. Su retrato, obra del gran pintor Cosme San Martín, pertenece desde hace algunos años a la Sociedad Nacional de Minería. Fue restaurado e instalado en la Sala de los Presidentes del gremio minero, junto al cual destaca la biografía de Nazario Elguín, y una publicación del diario *El Ferrocarril* del 1 de agosto de 1889 que describe la obra.

Incontables fueron las faenas mineras, en ese territorio tan rico en cobre, que se vieron beneficiadas con ese desarrollo minero y caminero. Entre ellas las minas de Enrique Concha y Toro, quien había reunido varias —Cajón de Duarte, El Plomo, Olivos, Valenzuela y Fiches, entre otras—; las de Yerba Loca, la mayoría propiedad del español José de Respaldiza, quien llegara exiliado a Chile y aquí hizo fortuna minera dejando memoria como primer director de la Bomba España y activo fundador y dos veces presidente de la Sociedad Nacional de Minería; también las de la célebre Quebrada de San Francisco, donde todo comenzara —con faenas por entonces de Francisco de Paula Pérez y Caldera (dueño de la Compañía Minera Disputada) y las del pionero Ángel Sassi—; también las de Ricardo Montaner —dueño además de una fundición en las cercanías de San Enrique—, y las de Juan Barbosa, Carlos Cousiño e Ismael Infante. Por último, más tarde, la de la propia sucesión Elguín en Los Bronces, de sus hijos Nazario Agustín y Lorenzo Elguín Rodríguez.

Un valioso testimonio de esa época de pioneros lo proporciona actualmente el caserío Villa Paulina. Ubicado a 4 kilómetros al interior de Yerba Loca,



Asentamiento Minero Pérez Caldera en la década del sesenta.
Fotografía donada por Alejandro Valdivia. Archivo .

con un bosque y vegas junto a él —árboles en su mayoría plantados por quien donara ese predio que es hoy reserva natural, Elfriede Maurach—, contiene un camping para pernoctar en la montaña. El lugar también es histórico para el esquí en Chile, ya que desde él iniciaban su ascenso los deportistas hasta que se construyó el Camino a Farellones.

El andarivel, que reemplazó a las recuas de mulas en 1924, fue un gran adelanto para los mineros pero una desgracia para los arrieros, ya que eran cientos de animales los que requería la minería para el traslado de minerales. Quedó la cal como producto barnecheino, especialmente para la construcción santiaguina, proveniente de las minas de cal del fundo El Arrayán.

Luego de este periodo, el mundo minero pasó a depender de empresas mayores, capaces de enfrentar los costos de las nuevas tecnologías y las operaciones a gran escala.

GRAN MINERÍA DE LO BARNECHEA

La minería en general se fue alejando del quehacer cotidiano de la precordillera. Los Bronces, por ejemplo, fue adquirida en 1952 por Peñarroya, una empresa francesa. El año 1972, como parte del programa de gobierno de la Unidad Popular, pasó a manos del Estado chileno a través de la Empresa Nacional de Minería; el valor pagado fue de 5 millones de dólares pero no fue un momento propicio, puesto que pocos meses después una avalancha cubrió la planta concentradora, lo que dejó a la mina sin producción durante un año.

El problema de la nieve no era inusual, como recordaría un minero, el que lo vivió al comenzar a trabajar en la mina, en 1974:

Mi primer revés fue en el mes de Julio de ese año de ingreso, cuando una nevada de grandes proporciones nos dejó aislados como 10 a 15 días acá en Los Bronces, que para mí fueron casi un año, con los alimentos restringidos; se terminó el petróleo, por lo tanto la calefacción, el tránsito esporádico hacia las oficinas era por el túnel interior mina, en realidad actividad laboral casi no había, considerando la falta de combustible.¹⁴

No fue un mal negocio, sin embargo; apenas ocho años después, fue vendida a Exxon Minerals en 90 millones de dólares, la que la mantuvo durante veinticuatro años; incluía esa mina y también la planta concentradora de la quebrada de San Francisco, en Lo Barnechea; El Soldado con su propia planta, en Nogales, y la Fundición Chagres de Catemu.

El año 1987, Jaime Undurraga Matta, gerente de Relaciones Públicas de la empresa, a través de un informe publicado en un número especial de *Ambiente y Desarrollo* (diciembre), hizo públicos los impactos de la empresa en la zona, reflejo de nuevas políticas relacionadas a nivel mundial. Más allá de los relaves de cobre y los gases efluentes de las fundiciones, y el polvo que se hace visible desde lejos luego de cada tronadura, informó que preocupaba el control de la erosión en las laderas, el alcantarillado, los derrames del tranque, la compactación de basura, el consumo de agua y la necesidad de planes de reforestación para disminuir sus impactos ambientales.

Aunque Exxon declarara pérdidas, el año 2003 vendió La Disputada —de la que Los Bronces ya era parte— a la sudafricana Anglo American plc en 1300

¹⁴ Manríquez Gutiérrez, Teobaldo (2001). *Relatos mineros: Al rescate de nuestra historia*. Santiago: Edición Disputada.

millones de dólares; operaciones posteriores dejaron a la minera con el 50,1 por ciento, quedando de controladora, pero con asociados extranjeros en su mayoría, lo que no fue bien recibida por los medios nacionales; se habría preferido que creciera Codelco —la nacional—, en un enclave tan estratégico para la economía chilena.

Casi invisible —está a unos 65 kilómetros al interior de la cordillera y a unos 4 mil metros sobre el nivel del mar—, sigue siendo una de las principales operaciones cupríferas del mundo y una importante de molibdeno, apoyada en grandes inversiones que la han ampliado de década en década. Cerca de 7 mil personas laboran en la empresa, la mayoría en el mismo lugar, índice de la intensa actividad humana que se despliega en el interior del territorio andino de Lo Barnechea.

Como siempre, tal como cuando llegó Elguín a la zona, la duda es la misma; si el metal fino seguirá apareciendo, o si se llegará a sectores donde solo existe el de baja ley. Hay evidencia de que sus riquezas están conectadas con las del vecino valle de Aconcagua, donde es la empresa nacional Codelco, en su División Andina, la que explota ese territorio. No se considera factible que terminen uniéndose, pero sí hay inquietud pública por el destino de los glaciares de esa zona que alimentan al valle de Santiago. En especial, ya que es visible desde la ciudad, el que se descuelga desde La Paloma, montaña de cerca de 5 mil metros de altura, desde la cual desciende un enorme glaciar hacia la reserva natural de Yerba Loca.

Una creciente conciencia ecológica, con inquietud por el futuro de los recursos naturales, ha hecho aumentar la preocupación de autoridades y ciudadanos que ahora observan con preocupación los impactos ambientales de la minería porque valoran los reservorios de agua y los cauces, el perfil y magnitud de las cuencas y microcuencas, el grosor anual de la nieve, los milímetros anuales de aguas lluvia y el abastecimiento del recurso agua para los enclaves naturales de flora y fauna en la precordillera. También hay conciencia creciente del territorio mismo de Lo Barnechea como cabecera de la cuenca del río Mapocho.

TREPADORES DE MONTAÑAS

La Blanca Montaña desde tiempos inmemoriales siempre atrajo visitantes, aunque desde el siglo veinte, cuando algunos pioneros comenzaron a promover el andinismo como deporte, no ha dejado de aumentar su número de año en año, incluso en verano.

Antes, en la Colonia, puesto que muchos españoles llegaron cruzando la cordillera, viéndose obligados a atravesar los pasos nevados, las más de las veces la describían como un obstáculo temible, de riesgos mortales. Ella aislaba a Chile y protegía al país, pero hacía difícil el venir y también el partir; en su imaginario, no era algo placentero.

En la República, en cambio, con la cultura ilustrada y científica que logró describir la geografía y catastrar los recursos del territorio, surgió el deseo de recorrerla, medirla y conocerla, labor que emprenderían naturalistas o científicos como Ignacio Domeyko, Claudio Gay y Rodolfo Amando Philippi. Es interesante que, ya entonces, aparecen científicos interesados en subir a la alta cordillera y, en algunos casos, realizar los primeros ascensos de algunas cumbres; entre ellos, Paul Güssfeldt y Federico Reichert. Las comisiones de gobierno, con fin de establecer hitos fronterizos —y que incluían a militares de unidades



Potrero Grande con El Plomo de fondo, década del treinta. Archivo

especiales—, lograron con enormes sacrificios internarse en la cordillera para instalar tales indicadores.

Solo después, ya a fines del siglo diecinueve, comenzaron a llegar los primeros deportistas. Fueron alemanes del Deutscher Turnverein de Santiago —guiados aquí por José Alvarado, un arriero local de Lo Barnechea—, los que en 1893 ascendieron una altura vecina a El Plomo —a la que bautizaron con el nombre de Bismarck—, de 4713 metros de altitud.

Otros dos miembros de ese club, Gustav Brant y Rudolph Lücke, lograron ascender los 5424 metros de El Plomo en 1896, creyendo ser los primeros, hasta que se encontraron con vestigios incásicos. A 5200 metros de altitud encontraron una terraza ceremonial, construida con dificultades imposibles de imaginar.

Entre los pioneros locales figuran dos anglo-chilenos, Heriberto Trehwela y Ridley Temperley, junto al italo-chileno Félix Mondini, los que en febrero de 1912 pretendieron ascender el cerro Altar, que es la segunda mayor altura luego de El Plomo; entraron por el sector de Los Bronces. Si bien no lo lograron hicieron cumbre en La Paloma. Trehwela oyó de pronto un grito, era Temperley que estaba en la cima: “...un hurrah de victoria bajó en sonoras ondas de la cima repercutiendo de cuesta en cuesta, avisando a las rocas, los hielos de los valles de río Blanco, Yerba Loca e Infiernillo que el hombre había trepado la virgen cima del Paloma”.

En el logro de alcanzar lo alto del cerro Altar hay consenso en que tuvo un rol protagónico el Club Cordillera, liderado por el francés Ernesto Bonnencontre de la Universidad de Chile, quien recorría la cordillera por su afición a pintar paisajes andinos. Este grupo ha sido investigado por Manuel Abascal, Humberto Barrera y Maximino Fernández, entre otros amantes de la montaña, como Evelio Echevarría, quien lo describe como “la primera institución nacional puramente de alta montaña”, aunque para otros ese honor corresponda al DAV de Valparaíso, del año 1909.

Los sufridos pioneros con sus pesadas carpas de lona, mal provistos de bototos y chaquetas de cuero de aficionados, debían dormir en frías y duras colchonetas. Aun así, fueron capaces de alcanzar altas cumbres en pleno invierno. A falta de cuerdas apropiadas para cruzar los glaciares, se ataban con gruesas cuerdas de cáñamo. No había mapas ni señalética de la zona, todo era una aventura, pero fue su actividad la que permitió identificar los accesos y las mejores rutas. Ellos sentaron las bases y, al atraer a otros, se comenzó a formar una masa crítica capaz de importar o mandar a hacer equipos más adecuados, lo que mejoró las condiciones para la práctica de este deporte.

Algunas familias de origen alemán llegaron con esa tradición desde la Selva Negra y los Alpes. En los años veinte y treinta del siglo pasado comenzaron a hacer ascensos, lo que con el aumento de aficionados permitió madurar la idea de fundar el Club Alemán Andino de Santiago. Nunca olvidaron que fueron los arrieros de Lo Barnechea sus primeros guías, los que los proveían de mulas y les sugerían rutas. Como compartían ascensos que duraban semanas enteras, esa cercanía forjó amistades de por vida. Los lugareños, más allá de encargarse de cargar leña y hacer fuego al atardecer, o hacer pan de amanecida, compartían largas conversaciones en torno a una fogata hasta que asomaban las estrellas.

La cordillera andina, habitada por pueblos tan montañeses como los incas, tenía otra tradición local. Como muchas veces ellos dejaban ofrendas valiosas en las altas cumbres, con el paso del tiempo aparecieron los buscadores de ajuares funerarios y tesoros ocultos en los entierros, o “huaqueros”, expertos en ascensos.

Fueron los mismos incas los que mejoraron los accesos. Corral Quemado, caserío tan útil para los esquiadores —ahí comienza el clásico tramo de las cuarenta curvas del Camino a Farellones—, era un tambo del Camino del Inca que subía hasta los faldeos de El Plomo, la montaña mayor que domina el valle desde lo alto. “Apu Wamani” la llamaban —“El Guardián del Valle”—, por



Cercanías del cerro Pintor, 1931. Archivo .



Andinista en adoratorio inca ubicado en cerro El Plomo, 1929. Archivo

cuanto debido a su elevación y dimensiones parecía estar comunicada con lo alto, atrayendo la protección divina al valle que descansa a sus pies.

Hacia fines del siglo veinte eran muchos los clubes y aficionados que tenían estas altas montañas entre sus proyectos, con intentos de ascenso entre noviembre y marzo, en especial en diciembre, cuando la nieve está más dura. También hay algunos cerros de menor altura, como el Provincia de 2750 msnm, que facilitan un primer acercamiento por faldeos cercanos.

Un gran aporte para la cultura andina de Lo Barnechea fue la mencionada donación que hiciera Elfriede Maurach Martinoff en 1971 —esposa de Hans von Kiesling, uno de los promotores de Farellones—, de la Cuarta Hijueta de Yerba Loca. Es un amplio territorio de más de 30 mil hectáreas, entre El Plomo y La Paloma, ideal para impulsar el turismo de montaña y que el año 1973 fue declarado Santuario de la Naturaleza. Es un enclave clásico para los excursionistas y, como es de ocupación ancestral asociado a ceremonias, los arqueólogos han encontrado vestigios datados entre 8000 a 6000 años antes de Cristo.

LA NIEVE MÁS RÁPIDA

Los esquiadores cuentan aquí con uno de los mejores complejos deportivos del mundo, en lo que se refiere al deporte blanco. Sus equipos, colores, el sonido de los esquíes, todo habla de una veloz modernidad. Sin advertirlo, esos aficionados y profesionales conviven con vestigios milenarios, puesto que la montaña es portadora de testimonios de pasados remotos, incluyendo fósiles marinos de otras eras.

Tanto la Casa Piedra de Farellones —al final de la Cancha de los Tontos—, como la similar ubicada junto al camino que lleva a Valle Nevado, son testimonios de la Cultura Aconcagua, la que ocupó todas las cuevas y aleros de la zona, para sus permanencias en la temporada de caza de guanacos —en primavera—, y mientras extraían piedras para elaborar herramientas. Eran hombres y mujeres de los Andes, andinistas de hace más de mil años.

Más atrás, antes de los incas, mucho antes, los habitantes arcaicos cruzaban la montaña con frecuencia, utilizando distintos nichos ecológicos según la estación. Esto lo hacían hace más de 2 mil años y, paso a paso trazaron cientos de senderos; alguno buscaba la pendiente más expedita, los demás seguían su huella leve.



El esquiador Mario Vera, en un descenso de cerro Colorado, 1960. Fotografía de Héctor Belledonne. Archivo

En ese mismo escenario, surgiría el esquí. Fue lento en sus inicios, el deporte blanco en Chile. Aunque hacia 1930 comenzaron a subir a la montaña algunos aficionados, es recién en 1937 cuando se traza Farellones. Antes, luego de la fatigosa subida de cerca de tres horas desde Corral Quemado —a lomo de burro o caminando—, los pioneros debían pernoctar en carpas. Fue el empresario Agustín Edwards Eastman, un fanático de este deporte, el que gestionó la construcción de un camino con el gobierno de turno, el segundo de Arturo Alessandri Palma, lo que facilitó el ascenso a través de angostos cajones y entre curvas pronunciadas y peligrosas.

En esa década se comenzó a sembrar de casas el lugar, luego que los socios del Ski Club de Chile construyeran una obra pionera —el Refugio Chico, de piedra y para treinta personas—, la que años más tarde terminó como la escuela pública del lugar, una vez que en Farellones se consolidó una población estable.

El asentamiento tuvo otro avance en 1938, cuando la modesta cafetería original se transformó en el emblemático Hotel Posada de Antonio Padrós, de estilo suizo y construido con piedra y nobles maderas, obra del arquitecto catalán Germán Rodríguez Arias, autor de ampliaciones de dos casas de Neruda con los mismos materiales, la de Isla Negra y La Chascona.

Pocos años después fue la Universidad de Chile la que construyó un refugio, amplió y para 150 personas, justo en un punto de excelente vista sobre los cerros La Parva, Paloma, Altar y Leonera. Desde ahí, abajo y lejos, se podía distinguir la silueta de la ciudad.



Vista de Farellones, 1950. Fotografía de Robert Gerstmann. Archivo



Capilla de Farellones, 1946. Fotografía de Enrique Mora. Archivo Enterreno.

Los loteos que iniciaron el proceso de los refugios privados, el de Hans von Kiesling y luego el de Santiago Roi y Luis Middleton, dieron su primera configuración al lugar. El nombre, Farellones (farallón, acantilado), fue idea de uno de los pioneros, Francisco Guerrero, uno de los primeros en levantar su refugio.

De Suiza y Noruega se traían los esquíes, gruesos y de madera, para deslizarse montaña abajo y luego, lentamente, volver a subir caminando. Esto se solucionó en los años cincuenta al inaugurarse el primer andarivel, movido por un tractor a parafina.

Así fue el origen, modesto y sacrificado, de lo que llegará a ser la mayor área esquiable de América del Sur. Un paso decisivo fue el Campeonato Mundial de Esquí el año 1962, el que impulsó la construcción de la Av. Kennedy, eje vial estratégico para acercar la ciudad a la montaña. Desde entonces no ha dejado de crecer este excepcional enclave andino, catalogado de “Pueblo de Montaña”.

El espontáneo crecimiento de Farellones y demás canchas recién se ordenó en este siglo, con un plan regulador para La Parva, El Colorado y Valle Nevado. Aspiran las autoridades, así como los empresarios de turismo, a que aumente la ocupación a lo largo de todo el año, puesto que la montaña tiene atributos en cada estación. Con camino nuevo en desarrollo, el comercio del valle estará a solo 30 kilómetros de distancia, para su millar de habitantes.

La creciente forestación del entorno es un aporte para el ambiente en primavera y verano, cuando los roqueríos se ven invadidos por flores de montaña en sus grietas. Para muchos extranjeros, que son mayoría en las cabalgatas y excursiones, es la época del año con mejor paisaje.

Había buenos argumentos para hacer de Farellones el centro de servicios de la precordillera santiaguina, asociado a las canchas de esquí —un polo urbano—, pero luego de una consulta municipal se le orientó en otra dirección, como Pueblo de Montaña residencial y patrimonial, para protegerlo de volúmenes en altura que pudieran desconocer la escala que, por décadas, estuvo dimensionada por las cabañas de piedra y madera. De acuerdo a esa postura vecinal, el 7 de julio de 2016 el Concejo Municipal aprobó esas indicaciones para enviarlas al ministerio respectivo. Este reconocimiento, de cómo unos refugios de esquiadores dieron origen al nacimiento del único pueblo de montaña de la región, tiene un gran significado en el contexto nacional; Chile es el único país andino que —con las excepciones del Norte Grande—, no habita la cordillera. Farellones, así, es el mejor símbolo de un país que vuelve a mirar a las montañas.

En el caso de Valle Nevado, su primer proyecto correspondió a dos arquitectos, el chileno Ramón Valdés y el francés Pierre Diener. Con seccional aprobado y proyecto de 1993 a 1996, pensado para construir 140 mil metros cuadrados donde podrían alojar 8 mil esquiadores —y albergar a otros miles por el día—, se trazó como un anfiteatro abierto al sol, en el entendido que un centro de esquí debe acoger otras actividades. Por lo mismo, las terrazas, los restaurantes, las tiendas y los recorridos se hicieron protagonistas en el espacio.



Fiesta de celebración de los tijerales en un refugio en La Parva. Archivo

Las construcciones, escalonadas y siguiendo las cotas de la topografía buscaron ofrecer un sello andino, con sus formas irregulares construidas en piedra y madera y por sus cubiertas por techos de pizarra nevada. Luego de esa fase inicial, un grupo de empresarios chilenos compró en 1997 el proyecto a su fundadora, la francesa Spie Batignolles.



Farellones en temporada de esquí. Arriba: refugio en 1970. Fotografía de Rodrigo Santa María Izquierdo. Abajo: diapositiva Storandt. Archivo Enterreno.



Vista desde el cerro Provincia donde se ve el cerro Manquehue, el cerro Alvarado, el cerro del Medio y el Cerro 18. Abajo el río Mapocho. Fotografía de una salida de caza de José Manuel Ricalde Fernández a la precordillera, 1949. Archivo Enterreno.

RUTAS, SENDEROS Y MIRADORES

Para cumplir como portal andino de la ciudad, Lo Barnechea ha comenzado a construir senderos, miradores e hitos señaléticos que facilitan el acceso, considerando que año tras año siempre hay excursionistas que se desorientan entre los innumerables cerros que conforman la montaña.

Fundamental es la red de senderos, que ya suma cerca de 580 kilómetros, una de las más extensas de América Latina según uno de sus realizadores, el arquitecto y corredor de montaña Rodrigo Canuto Errázuriz Reyes. También arquitecta y montañista, Cazú Zegers, gestora de la Fundación + 1000 —orientada a promover actividades andinas más allá de la cota 1000, como su nombre lo indica—, al igual que Errázuriz encontró apoyo en el municipio, en su caso para instalar una primera plazuela mirador (Umbral Plazoleta Negra) con la idea de sumar nuevos hitos que sean de encuentro, observación del paisaje e inicio de recorridos.

La misma municipalidad instaló cerca de cien tótems georreferenciales para orientarse en los recorridos, uno cada 800 metros en promedio, donde el caminante puede encontrar un mapa y datos como la distancia a que se encuentra la cima del cerro respectivo y la altura del mismo.

Para los aficionados a las caminatas se han definido rutas específicas, como la del Mirador Inter Centro, desde donde se contemplan cerros como Manchón

y El Colorado, los enclaves de esquí de Farellones y La Parva, el estero El Manzano y, abajo, la ciudad de Santiago; o La Ruta del Mirador de Las Vegas, de escasa dificultad, que permite paseos familiares a través de variados ecosistemas con distintas floras. Destaca la ruta del Mirador Manantiales que, con vegas y afloramientos de agua —en especial en primavera—, avanza por una meseta que deja avistar cóndores y zorros.

Lomas del Viento, con un paisaje de altas cumbres, permite conocer flora endémica de los Andes en esta latitud. Por su parte, la Ruta del Refugio (Villa Paulina), tiene ecos históricos al avanzar entre los esteros La Leonera y Yerba Loca, los cerros Polvareda, Manchón, La Paloma y Altar, puesto que se trata de las mismas laderas que atrajeron, en los años treinta del siglo pasado, a los pioneros de los deportes de montaña.

LOS ARRIEROS, SIEMPRE PRESENTES

En todas las actividades han estado incluidos los arrieros. Más allá de su rol ganadero, han sido y son hasta hoy, guías de viajeros, de cateadores, de andinistas y de arqueólogos; de todos cuantos se acercan a la montaña. Su importancia no tuvo parangón, ya que por siglos el comercio entre provincias e incluso entre países, dependía de ellos. Antes de la llegada de los españoles cruzaban los pasos guiando recuas de llamos —incluso en los primeros tiempos de la Colonia—, las que fueron gradualmente reemplazadas por caravanas de mulas.

Lo mismo sucedió a todo lo largo de la cordillera de los Andes, hace siglos, de cuando el hombre arcaico de la alta montaña —era un mejor espacio para desplazarse que los secos desiertos y las selvas peligrosas—, habitó sus frías lagunas entonces pobladas de la gran megafauna que permitió la subsistencia y el desarrollo de las culturas andinas. De ahí vino un conocimiento preciso de refugios y vientos, ventiscas y vertientes, cuevas, pastizales y senderos que pasó de generación en generación.

En esta zona alta de Lo Barnechea, el apogeo de este oficio estuvo ligado a las haciendas locales de San José de la Sierra y La Dehesa, las que requerían llevar animales cerro arriba en los cálidos veranos, en busca de agua y pastos frescos. El responsable del piño o majada, el amansador de cimarrones, el mulero que aportaba sus animales, sus ayudantes —atentos a que nada cayera o se desbalanceara—, conformaban un mundo desconocido abajo en los valles.

Célebre es el rol que ejercieron para el Ejército Libertador de los Andes, gracias a su conocimiento de senderos, aguadas y pasturas para reunir cientos de animales, y luego alimentarlos, herrarlos y equiparlos, sin que lo advirtieran los españoles.

Para la misma minería local fueron imprescindibles; eran ellos los que subían las cargas de harina de trigo, charqui, chuño, cecinas y ají, con las que se resolvía la dieta de los trabajadores.

Las veranadas de noviembre y las invernadas de abril organizaban el calendario, de año en año; el rodeo, para marcar y así identificar a los animales, se sumaría a las tradiciones. Su presencia constante, aceptada y reconocida por las haciendas, dejó huella en el tiempo. Ellos serían, de manera espontánea, los primeros en ocupar el límite entre las haciendas La Dehesa y Las Condes, los primeros habitantes del tramo del río donde se encuentra El Pueblito de Lo Barnechea.

Desde siempre, para los niños de los caseríos del piedemonte el verlos pasar curtidos por el sol y el viento, diestros con el lazo y contando historias de pumas y cóndores, fue algo inolvidable. Eran ellos un puente con un mundo de aventuras y misterios que nadie más conocía —como el viento blanco y el frío que congela los ojos—, aunque a veces bajaban con pequeños felinos salvajes de ojos hipnóticos.

Aunque parezcan invisibles, han estado siempre presentes y siguen ahí, como relata un arriero actual: “Como a los diez años empecé a ir a la montaña. Mi padre tenía tropas de mulas y aquí todas las cosas se hacían con mulas. Aquí para hacer las primeras casas en Farellones se traía la arena en mulas desde Corral Quemado, los primeros andariveles se hicieron a lomo de mula”.¹⁵

Para la fiesta de Cuasimodo, una vez al año, todavía se hace notoria su sobrevivencia, siempre al borde o fuera de la ciudad, listos para partir montaña adentro, a su territorio.

Arriba en la cordillera —libro editado por la Corporación Cultural de Lo Barnechea—,¹⁶ indaga en la tradición local de cuando, no hace mucho, aún había en Farellones unos treinta continuadores del oficio. Ese trabajo permitió recoger sus testimonios y comprobar que varios de ellos eran de miembros de familias portadoras de esta cultura ancestral de generación en generación, como la de Luis Orlando Polanco Leal —nacido en Corral Quemado—, el que a los diez años ya salía a buscar animales, a veces con medio metro de nieve; o su sobrino Mauricio Polanco, que comenzó incluso antes, a los siete. O Javier Morales, nacido y criado en Farellones, director de la Agrupación de Talajeros de Villa Paulina, que después se dedicaría a organizar cabalgatas en grupo para los interesados en acercar-

¹⁵ Ried Silva, Constanza (Coord.) (2010). *Arriba en la cordillera*. Santiago: Corporación Cultural de Lo Barnechea.

¹⁶ Centro Cultural de Lo Barnechea (2011). *Arriba en la cordillera*. Santiago: Ocho Libros.

se a la montaña. Y don Jelo, capataz de la hacienda Las Varas de la familia Von Kiesling, el que además de llevar y traer ganado de la Vega Manantiales creció guiando andinistas hacia El Plomo.

Algunos arrieros, desde su mismo quehacer, se transformaron en amantes y criadores de caballos, como Don Mencho del fundo Santa Matilde, ganador de campeonatos de equitación. Del mismo fundo, y también de familias arrieras, son Manuel Gana y Waldo Nadau, este último nacido en Lo Barnechea al igual que Marco Acevedo —“El añiño Marco”— otro conocedor de la montaña y además amansador. En actividad asociada también hubo talabarteros reconocidos, como Segundo Pinto, de Farellones, quien se dedicó al trabajo en cuero para proveer a los arrieros de lazos y riendas.

Entre los que han derivado a la guía de cabalgatas como forma de seguir en lo suyo llevando grupos a conocer la cordillera, está Víctor Manuel Troncoso García, un pionero de la actividad en contacto con arrieros del norte y del sur, organizador de grupos de chilenos y extranjeros, quien se preparó con cursos de primeros auxilios (WFR) y de equipos de radio VHF. Es un símbolo de los nuevos tiempos, manteniendo vivas las tradiciones, al igual que Marco Parraguez Guerrero, el que además siguió cursos de manejo de incendios en . Como otros del oficio, aprendieron a montar siendo niños pequeños.

Conocen la montaña como la palma de sus manos y, por lo mismo, celebran las políticas que buscan proteger su fauna, su flora y sus glaciares, así como el paisaje que aprendieron a admirar, el mismo en el que sus antepasados crearon su muy particular forma de vida.



Arrieros cazando guanacos, 1920. Fotografía donada por Adolfo Dell' Orto. Archivo

QUEBRADAS EN “LA CEJA VERDE”

La ‘ceja verde’ era la imagen de la cercana precordillera desde la ciudad, resultado de las muchas quebradas que, entre cerro y cerro y muy densas, parecían estar unidas. Como si un bosque continuo cubriera los faldeos de la montaña.

Ese ambiente, tan favorecido por la naturaleza, tanto en variedad de vegetación como cantidad de aves, fue el hábitat de incontables familias por, al menos, 2 mil años antes de la llegada de los europeos.

A la belleza de ese escenario no le faltó, como es propio de la vida de la naturaleza, que hubiera embates con cierta frecuencia: “Desastrosos aluviones de antes y ahora, que no deberían sorprender a nadie en Lo Barnechea, pues sus habitantes prehispánicos fueron llamados huaicoches; que en mapudungun, el idioma de los mapuche, waykoche significa ‘gente que vive en huaicos’. ¿Y qué es un huayco o huaico? Proviene de una palabra quechua —wayqu— que significa quebrada”.¹⁷

Hasta hoy se concentra población ahí, en enclaves precordilleranos como El Pueblito y San Enrique o en los cajones de El Arrayán. Sus habitantes son los huaicoches o gente de las quebradas de hoy, así como los de Farellones son ahora gente de la montaña y los de La Dehesa gente del valle.

Pero fue el mundo de la montaña el que le dio vida a los asentamientos que crecieron a sus pies. Antes de internarse en los cerros, o al bajar de la cordillera hacia el valle, aparecían estos caseríos intermedios para aprovisionarse o descansar, uno ubicado al norte del río —Lo Barnechea—, y otro en la ribera sur, San Enrique. Arrieros y mineros, leñadores y cazadores, campesinos de la zona, todos tenían en ellos una parada obligatoria, lo que alentó la creación de un ambiente propicio al comercio y la diversión, en casas que, de un día para otro, se transformaban en fondas o quintas de recreo.

En el caso de Lo Barnechea, es temprana la instalación humana cerca del Mapocho, el río que marcaba el límite entre dos grandes haciendas, la de San José de la Sierra (origen de Las Condes), y La Dehesa.

Era algo muy común en los campos chilenos, tratándose de propiedades extensas, que en los bordes de los caminos o junto a los cursos de agua surgieran asentamientos. Quienes ahí se instalaban, sin ser asalariados, eran muy útiles en una relación de mutual conveniencia; ellos lograban una vida más libre y un suelo donde quedarse —las más de las veces con una huerta adyacente—, mientras los dueños de la tierra obtenían de ellos servicios ocasionales, desde

¹⁷ Pérez, Floridor (2011). *Cuentos de la cordillera*. Santiago: Ocho Libros.



Vista desde el cerro San Cristóbal al sector oriente de Santiago, en 1904. Al fondo, enmarcando la cordillera, el imponente cerro El Plomo. Fotografía de la familia Puga Hamilton. Archivo Enterreno.

el arreo de animales algunas veces cada año hasta el apoyo en las temporadas de cosecha, trilla y domadura, así como manos dispuestas a colaborar cuando había incendios o inundaciones.

NACE EL PUEBLITO

Con algo de territorio libre e informal, en el borde norte del río se consolidó espontáneamente un núcleo de pobladores, pero también una propiedad inscrita que pasó por una serie larga de propietarios desde el siglo dieciséis. Carlos J. Larraín, en su valioso libro *Las Condes*,¹⁸ detalla el devenir de la propiedad desde que fue adquirida por José Antonio Bonechea en 1771. Personaje conflictivo

¹⁸ Larraín, Carlos J. (1952). *Las Condes*. Santiago: Nascimento.



Vista del valle del Mapocho en 1920. Archivo .

que entró en juicios y disputas con varios vecinos, tiene cierto interés porque es por entonces que llegan algunas familias que luego serán tradicionales en la zona, como la de los Maira.

Es el año 1862 el que marca un punto de inflexión, cuando un joven emprendedor que había llegado de Concepción, a la sazón de 35 años de edad, compró y loteó esta propiedad ribereña del río, dando origen formal a El Pueblito de Lo Barnechea que conservará, como era tradicional en los campos chilenos, el recuerdo de su nombre, Francisco de Paula Barrenechea.

El año de la operación no es casual, corresponde al inicio del gobierno de José Joaquín Pérez Mascayano cuando el país vivía, finalmente, un ambiente pacífico. Los hombres de la guerra, con asiento en Concepción durante la larga Guerra de Arauco, varios de ellos oficiales muy acostumbrados al mando de tropas —Bernardo O'Higgins, José Joaquín Prieto, Manuel Bulnes—, se trasladaron a la capital uno tras otro para iniciar una nueva vida y, por su formación disciplinada, fueron quienes lideraron la organización de la República. Tras ellos llegó Manuel Montt a la presidencia de la República, un civil muy resistido y víctima de sucesivas conspiraciones, hasta que con José Joaquín Pérez llegó

una calma que no se había visto desde antes de la Independencia. El país inició entonces, junto con Lo Barnechea, una etapa nueva.

VENIDOS DEL SUR

Francisco de Paula Barnechea también era de familia antigua de Concepción, de las del siglo diecisiete. Algo distintivo y peculiar de sus antepasados es que, de generación en generación, habían mantenido una relación amistosa con los caciques mapuche.

Hay tres hechos históricos al respecto. El primero es que quienes viajaban al sur, durante la Colonia y en siglos sin lugares de alojamiento, solían pernoctar en los fuertes y fortines al internarse en la Araucanía. La alternativa era la hacienda Quinel de los Barnechea —a la altura de Cabrero—, en la que, por mantener sus propietarios un buen diálogo con los caciques de la zona, había seguridad de pasar la noche tranquila, sin riesgo de una de esas incursiones llamadas malones.

Un segundo hito corresponde al mercedario Juan de Barnechea y Albis, impulsor en su convento de Concepción de una de las mejores bibliotecas del país en el siglo diecisiete, autor de “la primera novela chilena” —según autores como José Anadón—, obra en la que dos jóvenes enamorados mapuche, Carilab y Rocamila, sufren una larga serie de dificultades hasta lograr, en territorio cristiano, vivir su amor en paz y plenitud. Lo novelesco está unido a un trasfondo histórico y a una utopía del autor; el sueño de una ciudad en la Araucanía donde finalmente habría paz, entre europeos e indígenas.

El tercer hecho corresponde a un chileno republicano, Pedro Barnechea, abuelo del fundador de El Pueblito. Patriota y agitador de la zona pencona, a veces disfrazado, logró reunir fuerzas que actuaron en la Independencia, cerca de doscientos hombres que se sumaron al cruce de los Andes por el sur —junto a Ramón Freire—, y luego a las batallas del periodo. Comandante de la Frontera con el grado de coronel, fue el intendente interino de Concepción el año 1813, durante la Patria Vieja.

Luego edecán de Bernardo O’Higgins, Barnechea estuvo junto a él ese histórico 1 de enero de 1818 cuando el Libertador declaró y juró la Independencia de Chile en la Plaza de Armas de Concepción, la que desde entonces se llama De la Independencia.



Familias barnecheínas. Fotografías donadas por Francisca Pinto, María Cecilia Vera, Adolfo Dell'Orto y María Inés Espinoza, respectivamente. Archivo

En atención a la posición de su familia, Barrenechea (quien a veces se firma Barnechea o Barnachea), fue quien lideró los tratos con los caciques mapuche en los años siguientes, y quien se reunió con varios de ellos en el célebre Parlamento de Yumbel del 12 de diciembre de 1823, ocasión en que los presentes acordaron un pacto en relación a la condición de los mapuche dentro de la República de Chile: “Desde el despoblado de Atacama hasta los límites de la provincia de Chiloé todos serán tratados como ciudadanos chilenos en el goce de las gracias y privilegios correspondientes y con las obligaciones respectivas”. Firma, por el gobierno, “Pedro Barnechea”.¹⁹

También representó al gobierno en el Parlamento de Tapihue de 1825, en el que se acuerda mantener al Biobío como frontera de facto y reconocer a los mapuche como ciudadanos de Chile. Diputado por La Laja, liberal opositor al conservador Joaquín Prieto, intentó alzarse contra él —con apoyo mapuche, como era de esperar— pero fue capturado y desterrado.

FRANCISCO DE PAULA BARRENECHEA

Su nieto Francisco de Paula, nacido en 1827, es quien trae el apellido al oriente de Santiago, dejándolo para la historia local al lotear la propiedad ribereña y trazar en medio la avenida. Luego de la división del suelo en manzanas, no puso obstáculos para que las familias ribereñas tradicionales se instalaran, ahora en propiedad, en El Pueblito.

Joven inquieto, poco después volvió al sur por un hecho pintoresco, en relación a la Guerra del 79 que puso fin a la tranquilidad de los gobiernos de Pérez y Errázuriz. Como un compadre suyo ya viudo, José María Contreras, murió dejando varios hijos huérfanos en su casaquinta de Codegua, Barrenechea sintió el deber de instalarse allá y hacerse cargo de sus vástagos.

Codegua, en medio de la gigantesca hacienda de la Compañía, era lugar de fondas y cantinas a los que llegaban mineros y campesinos de toda Colchagua, y hasta de Santiago, durante sus célebres fiestas dieciocheras; por coincidencia, con la misma identidad que tendría Lo Barnechea. Don José María, su compadre, tocaba el violín y recetaba yerbas medicinales, para sanar cuerpos y almas.

Barrenechea se instaló en Codegua, aunque ya tenía avanzada su prole que llegaría a trece hijos: ¿Cómo tener en la misma casa a unos y a otros,

¹⁹ Archivo Nacional. Ministerio de Guerra, vol. 146.



Quinta de recreo, principios del siglo veinte. Archivo Wikipedia.

adolescentes algunos? Con disciplina de la época, unió a los mayores en matrimonio, a cuatro Barrenechea —Francisco, Enrique, Nicolás y Elvira—, con sendos Contreras: Matilde, Clara, Concepción y José María, respectivamente. Se repite el uso indistinto del apellido: la mayor, Juana Elvira, aparece en los libros de la parroquia de San Isidro bautizada como Barnachea.

Entre los hijos del fundador destaca el médico Manuel José Barrenechea Naranjo, impulsor de la cirugía aséptica entre los heridos de guerra, diputado del Partido Radical y creador del texto del proyecto de ley del Ministerio de Salud, aprobado cuando ya no era parlamentario. Uno de sus pacientes, Miguel Luis Amunátegui, recordaría su trato generoso y siempre igualitario hacia ricos y pobres. Enrique, bibliógrafo, funcionario de la Biblioteca Nacional, sería recordado por su aporte a la del Instituto Nacional.

Entre los nietos del fundador, Julio César, orador y líder del Partido Radical, muy amigo de Samuel Lillo —autor de *Canciones de Arauco* y declarado toqui honorario—, dedicó varios poemas al pueblo mapuche, como su “Canto a la Raza”, que refleja la simpatía ancestral de su familia con ese pueblo, el que en parte dice así:

*Y formaron del indio, antes altivo
y orgulloso señor de la montaña,
un maldiciente ser, tímido, esquivo,
de andar pausado y de mirada estraña.
Y lo arrojaron solo y harapiento
al pie de la nevada cordillera
a vagar sin más brújula que el viento,
por los pueblos de toda la Frontera...*

La calle principal de El Pueblito, hasta hace algunas décadas con los números de las casas en óvalos blancos de borde azul, conservaría el nombre de quien la trazó: Lo Barrechea. Por costumbre típica ante los nombres largos —los antiguos culpan a los letreros de las micros, donde no cabía—, se acortó a la versión actual.

LOS BUSCADORES DE MINAS

Apenas tenía cinco años El Pueblito —en 1867—, cuando el gran hallazgo minero de Nazario Elguín alborotó el devenir campesino de esta precordillera. Pronto, por el Camino de Las Minas se generó un ajetreo diario de hasta 800 trabajadores, mineros o contratados para cargar y bajar los minerales y subir provisiones. Era un febril sube y baja cotidiano de unas 4 mil mulas.

Lo Barrechea nació con buena estrella, porque muchos de los animales eran de la zona, así como también los alimentos perecibles y los combustibles —leña y carbón—, al igual que las quintas de recreo para esparcimiento de los mineros. En sus primeros años, en El Pueblito sobró el trabajo.

Fue merecido ese bienestar, porque sin los entusiastas datos de los lugareños Zenón Ortiz y Guillermo Soto —que gozaron personalmente de sus beneficios mineros—, los inversionistas no habrían contratado cateadores para confirmar las pistas que ellos ofrecieron, y la riqueza mineral habría permanecida oculta quizá cuantos años más.

Aunque el primer ciclo de esta minería no fue largo —después hubo una baja en la ley del mineral—, fue decisivo para el despegue de El Pueblito. Por varias décadas, la vida del sector estuvo ligada a la actividad minera.

NOMBRES DE LAS CALLES

Familias ribereñas de tiempos coloniales se fueron instalando en El Pueblito. Es un hecho notable en Chile, el que los nombres de las calles no correspondan a personajes y batallas nacionales ni a los de los propietarios de las tierras, sino a las familias antiguas de la zona: Garrido, Gómez, Lastra, Maira, Medina, Robles, Álvarez... Eso bastaría para considerar a este lugar como un patrimonio de cultura chilena.

La actual Av. Lo Barnechea, por entonces de tierra y en partes bordeada de pircas o zarzamoras donde no había casas, compartió el dinamismo del sector en esos años; fue necesario abrirle calles perpendiculares, como Los Patos hacia el poniente y El León en el límite norte, para acoger más habitantes. Esta última, como estaba en el borde de la hacienda La Dehesa, tuvo una célebre casaquinta que fue lugar de encuentro entre mineros y campesinos, y recibió su nombre por un felino embalsamado que se hallaba en el acceso. Un poco más allá vivían las hermanas Salfate, famosas conocedoras de la historia y los mitos del sector.

Hacia fines del siglo diecinueve el lugar se define como “un caserío de 480 habitantes”,²⁰ por lo que su crecimiento en los años siguientes llevó —en 1904— a la instalación en El Pueblito de un primer oficial del Registro Civil, a cargo de toda Las Condes, José Gutiérrez Vidal.²¹

LA NATURALEZA OMNIPRESENTE

La gente antigua amaba sus cerros y quebradas, el río y sus esteros, el silencio y el canto de los pájaros. Cerca de la ciudad, vivía como si estuviera en pleno corazón de Chile central.

Existen dos reservas naturales, El Arrayán y Yerba Loca, las que permiten acercarse en el presente a ese patrimonio de florifauna a los pies de la cordillera, ese que desde Santiago era visto como “la ceja verde”, color que hacía vistoso contraste con la cercana blancura de la nieve.

²⁰ Astaburuaga, Francisco Solano (1899). *Diccionario Geográfico de la República de Chile*. Santiago: s.n. Leipzig: Brockhaus, 903 pp.

²¹ Sauvalle, Sergio (1994). *Lo Barnechea, reserva cultural y campesina*. Santiago: Municipalidad de Lo Barnechea.



Vista del valle de Yerba Loca. Década del treinta. Archivo .

La presencia de nómades de la zona data de unos 10 mil años antes de Cristo, cazadores-recolectores que, en ciertas épocas del año, abandonaban la costa para internarse por los cajones cordilleranos en busca de guanacos. Ya se sabe de grupos humanos de la Tradición Arcaica que llegaron a la precordillera del Mapocho varios siglos antes que los españoles. Con su vida bien adaptada, puesto que complementaban desde los mariscos del litoral a la carne y pieles que les ofrecía la montaña, tardarían siglos en asentarse; entretanto, no dejarían de ocupar ocasionalmente los aleros y cuevas de esta cordillera, en sus cacerías de la estación de los deshielos.

Hace unos ochocientos años se inician los asentamientos más estables, en tanto la Tradición Bato, la más antigua de las agroalfareras, se conforma unos trescientos años antes de Cristo; instalada de preferencia en la costa, las faenas de urbanización de La Dehesa (actuales avenidas Santa Blanca y El Gabino) establecieron que también habitaron este valle y los cajones de El Arrayán; seminómades, seguirían subiendo a la montaña estacionalmente. Muy poco después aparece la Tradición Llolleo, la que compartió varios de los mismos espacios Bato, sin perder, ninguna de las dos, sus tradiciones distintivas.

La Cultura Aconcagua, más sedentaria, las reemplazará hacia el 900 después de Cristo hasta la llegada de las invasiones incas y españolas. También dejó sus rastros en la zona, especialmente en el valle de La Dehesa. Se espera de la arqueología, cuyo desarrollo recién ha aumentado en las últimas décadas, más

información en los años próximos, tanto del periodo Arcaico como del Agroalfarero. En todo caso, se advierte que siempre hubo una alta movilidad entre la costa y la montaña, y una intensa complementación de los recursos.

Como un relicto, el Santuario de la Naturaleza de El Arrayán conserva una rica florifauna que se despliega ante los excursionistas a lo largo de unos 20 kilómetros. Su estero, del mismo nombre y en partes caudaloso, atrae a los aficionados a la pesca tal como hacía hace siglos.

Al fondo están las Lagunas del Viento, lugar de paseos y mitos locales, el que habría sido de uso ritual miles de años atrás. Esconde saludables aguas medicinales y cálidas —muy valoradas por el hombre andino— en unas cavernas que, siglos más tarde en la Colonia, comenzaron a ser explotadas como minas de cal.

Por su parte, el Santuario Yerba Loca, con acceso en la Curva 17 del Camino a Farellones, cuenta con cascadas de hielo, un glaciar de buena magnitud —del cerro La Paloma— y las alturas del aguzado cerro Altar, el que parece obra humana por su depurada geometría. Los senderos que se internan gozan del sonido de las aguas del estero Yerba Loca, que refresca el paisaje.

Ambos santuarios, como patrimonio natural de Lo Barnechea, y a medida que más sectores se urbanizan, mientras disminuyen las áreas naturales, tienen una valoración y uso creciente por parte de los habitantes de la comuna.

COMETIERRA, PROVINCIA Y POCHOCO

Otro enclave ancestral, al que año tras año llegan excursionistas, es el cerro Cometierra. Desde una elevación que lo enfrenta puede contemplarse a sus pies el encuentro de las aguas del río Molina con las del San Francisco, unión que es origen del río Mapocho, torrente andino cuyo nivel sube y baja, dramáticamente, según la estación.

Es un caudal muy sonoro en la época de los deshielos, cuando las aguas aumentan y arrastran piedras que resuenan en su rápido descenso, debido a la aguda pendiente de la precordillera. Se presume que tuvo alta importancia ritual puesto que ellas bajan desde las alturas del monte más alto y sagrado del valle, El Plomo.

No hace mucho, el año 2000, Peter von Kiesling —cuya familia plantó gran parte de los árboles de Villa Paulina en el camino a la cordillera—, abrió tres servidumbres a través de sus tierras, lo que ahora permite a los andinistas llegar hasta el cerro Provincia.



Vista del sector oriente de Santiago desde el actual Parque Metropolitano. A la derecha el cerro San Luis y al fondo el cerro El Plomo, alrededor de 1910. Fotografía donada por Francisco Calaguala. Archivo Enterreno.

Otro acceso a las alturas es a través del cerro Pochoco. Desde él se llega a quebradas y también a pequeñas lagunas que sorprenden a cierta altura, pintorescas en el paisaje. Para el ingreso se avanza por el Camino El Alto hasta la altura del 18.390, donde aparece un observatorio astronómico de aficionados, el Achaya.

Los habitantes de Lo Barnechea, desde siempre, han recorrido el entorno precordillerano que es muy rico en esteros como El Carrizo, El Gabino, El Manzano, Las Hualtatas y Las Rosas, generoso también en quebradas frescas y sombrías incluso en verano: El Peumo, La Carbonera, El Culén, El Aji y El Guindo.

SAN ENRIQUE

Al sur del río hay otro enclave que experimentó un crecimiento similar al de El Pueblito, también de origen rural y, asimismo, de crecimiento impulsado por la minería. Tomó el nombre de San Enrique por su fundador durante el auge de esa actividad, Enrique Concha y Toro.

Es un hito en la geografía comunal. Antes se le conocía como “Las Puertas” ya que era, en la práctica, el punto de ingreso o salida de la cordillera. Como pertenecía a la gigantesca hacienda San José de la Sierra, la que se extendía hasta la frontera argentina, era una especie de aduana privada.

Luego de las veranadas, una vez que los arrieros bajaban la cordillera en otoño trayendo de vuelta el ganado, era ahí donde se rodeaban y marcaban. El llanito que hoy ocupa la Plaza San Enrique evoca esa tradición. Según decían en la zona —lo que recoge René León Echaíz—,²² esto había comenzado en el propio siglo de la conquista, con lo que sería el primer lugar donde se practicó el rodeo en Chile.

Era algo necesario, porque discusiones entre dueños de animales y cuatrerros siempre hubo. Por otra parte, la elevada casona que levantó la hacienda sobre el llanito, con su posición tan estratégica, era útil para observar el eventual ingreso de personas desconocidas hacia el interior de la montaña o la llegada de afuerinos al valle.

Así, esa casa de la hacienda, aleña y en parte origen de la actual, le servía a la hacienda como lugar de administración y control del encuentro entre el valle y la cordillera. Es la que arrendó Concha y Toro para establecer ahí su fundición de minerales.

EL INGENIERO DE SAN ENRIQUE

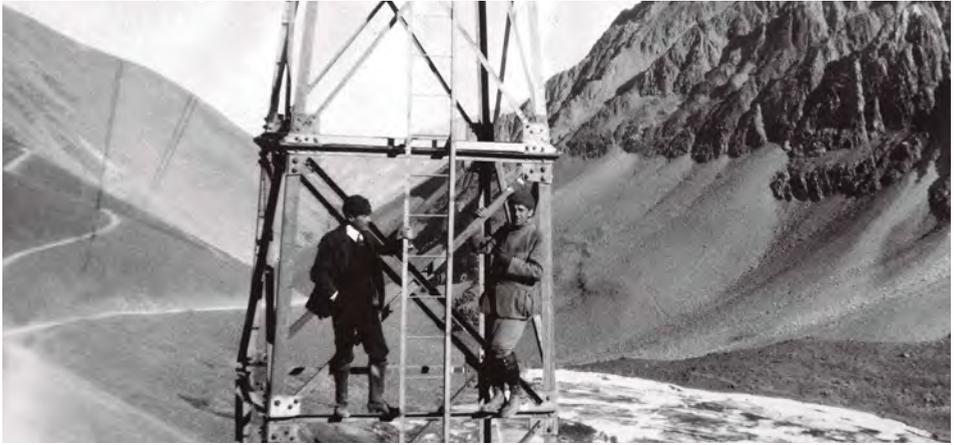
Enrique Concha y Toro —a quien también se debe el nombre del barrio Concha y Toro en Santiago Poniente—, es uno de los personajes mayores de la minería chilena, aunque su nombre se oculte detrás del de su hermano mayor, Melchor, el fundador de la viña.

Impulsor de la ingeniería de minas profesional cuando apenas se iniciaba en el país, enorme fue su influencia en el norte, puesto que Huanchaca —a las afueras de Antofagasta— fue la mayor procesadora de minerales en América del Sur. También operó, y a gran escala, en Bolivia.

San Enrique fue su operación mayor en Chile central, una fundición a la que bajaban las mulas cargadas de mineral desde el interior de la cordillera, faena que más tarde sería facilitada por un andarivel que él mismo hizo levantar.

Su industria fue la que generó la instalación de familias a su alrededor,

²² León Echaíz, René (1972). *Nuñohue*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.



Andarivel en mina Los Bronces. Archivo Anglo American.

dando lugar al crecimiento de la pintoresca aldea conocida como San Enrique, la que en la escueta historia local figura, sencillamente, así: “A 18 kilómetros al oriente de Santiago. Se formó a causa de un establecimiento de fundición establecido allí por don Enrique Concha y Toro”.²³

La maquinaria era escasa entonces, casi todo era producto de una mano de obra de cientos de trabajadores —la extracción, la carga y la descarga—, y todos debían comer cada día en un territorio desprovisto, lo que hizo crecer el caserío inicial como punto de abastecimiento.

Su ejemplo como fundidor fue imitado y se sumaron otras dos operaciones en la segunda mitad del siglo veinte, la de Ricardo Montaner Asenjo —parlamentario liberal por Putaendo— y la de la célebre emprendedora Isidora Goyenechea Gallo, tras enviudar de Luis Cousiño.

Fue una gran gesta industrial, la de Concha y Toro. Formado en la Universidad de Chile como discípulo del polaco Ignacio Domeyko, una vez titulado exploró sistemática y científicamente vastas zonas de Chile y Bolivia, para luego invertir en distintos proyectos, asociado a veces con su hermano Melchor.

Fue uno de los pioneros del fabuloso mineral de plata de Caracoles, en Atacama, el que cambió la historia económica de Chile en la segunda mitad del siglo diecinueve y en 1897, incluso, fue quien hizo la prospección e informe del que sería el inicio de la Gran Minería de Cobre en el país, el mineral de El Teniente.

En las afueras de Antofagasta dirigió la construcción y luego la operación de la industria de amalgamación y refinación de Huanchaca. Como también trabajara mineral boliviano, para su transporte integró una sociedad ferrocarrilera

²³ León Echaíz. *Ibid.*

cuya inauguración se celebró en Oruro con banderas de Chile y Bolivia. Esa fundición llegó a recibir a diario 200 toneladas de material, y a producir 3.85 toneladas mensuales de plata, ocupando una mano de obra de 1200 trabajadores.

Iniciadas las hostilidades que culminaron en la Guerra del Pacífico, los hermanos Concha y Toro —por entonces era Melchor el presidente del Senado—, intentaron infructuosamente detener el conflicto. En el presente, las grandiosas Ruinas de Huanchaca albergan al gran centro cultural de Antofagasta.

En paralelo inició esta inversión a las puertas de El Arrayán, a la que atrajo a numerosas familias dispuestas a trabajar y vivir en el lugar. Tal como impulsara un ferrocarril andino que bajó de Oruro a la costa, al ver la abrupta topografía de esta zona construyó un largo andarivel a lo largo de varios kilómetros, desde el interior de la montaña hasta su fundición de San Enrique, imagen icónica del pasado local. No era sencilla la operación: “En ese entonces la importancia del Andarivel era notable puesto que era el único medio que transportaba el mineral en roca desde Los Bronces a la estación plataforma en San Francisco. En línea corrían 218 carros, cada uno tenía una capacidad para 2 toneladas, descargaban 3 carros por minuto y el recorrido se efectuaba en 57 minutos”.²⁴

Como profesional, hizo aquí un estudio del potencial minero de esta zona, titulado *Mineral de Las Condes: minas del Grupo Isolina* (1889).

Tras su muerte —en 1922—, se cerró el establecimiento y se suspendió al arriendo de la casona, dado que estaba cambiando la forma de operar en la cordillera, ahora con capitales de la Gran Minería. La casona, nuevamente en manos de los dueños de la hacienda San José de la Sierra, pasó por diferentes usos, de comisaría a vivienda colectiva, y de casa de misiones católicas a cine gratuito, antes de transformarse en Centro Cultural El Arrayán a fines del siglo diecinueve y luego en sede de la propia Municipalidad de Lo Barnechea.

Su célebre palacio, el más fastuoso de Santiago, tras su lamentable demolición fue reemplazado por el conjunto urbano que lo recuerda, el barrio Concha y Toro.

No existe, a la fecha, un monumento que lo conmemore.

Junto al Camino de Las Minas, más arriba de San Enrique, Bodegas fue otro enclave de comercio, servicios y mano de obra para las minas. Más pequeño y ubicado a los pies del cerro San Francisco, también se proveía en Santiago para vender en la zona minera. El origen de su nombre es evidente, por su función: “Allí se almacenan metales y mercaderías para el personal de la minas”.²⁵

No es de extrañar entonces, que dado el pujante desarrollo poblacional de

²⁴ Martínez Navarro, Héctor (2001). La bala que no mató. *Relatos mineros: Al rescate de nuestra historia*. Santiago: Edición Disputada.

²⁵ León Echaíz. *Ibíd.*

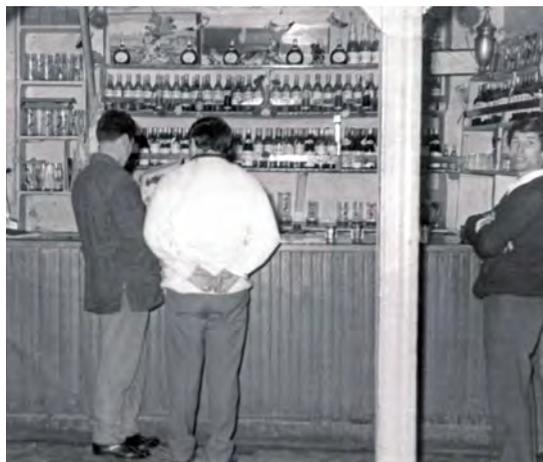
la precordillera, se estableciera legal y administrativamente que el oriente de Santiago se fraccionara en una serie de subdelegaciones que reconocían a la zona minera como un mundo aparte: Apoquindo (3^a), Ñuñoa (4^a), Las Condes (1^a), San Carlos (2^a), Providencia (5^a) y “Mineral Las Condes” (26^a).

EL PAISAJE HUMANO Y SUS COSTUMBRES

De siglo en siglo, en las aldeas de Lo Barnechea y San Enrique se configuró un paisaje humano peculiar. Entre los arrieros y pequeños ganaderos, los cateadores de la montaña y los huaqueros, los leñadores y carboneros, las yerbateras y los talajeros, se amalgamó una cultura de fiestas y tradiciones que a todos unía en ciertas fechas y en determinados lugares, lo que definió un calendario y un mapa propios.

No faltaban los jóvenes que llegaban regularmente del sur —también portadores de canciones y bailes—, atraídos por un ambiente más agitado que el de sus rinconadas campesinas de Colchagua o Maule, a veces aisladas durante largos meses invernales. Aquí, en cambio, siempre había novedades.

Lo que favoreció el crecimiento del sector fue que eran cientos los mineros que bajaban cada fin de semana, a compartir con los arrieros y campesinos el canto y el baile, las comidas y bebidas, lo que ofrecían algunas fondas pero también casas comunes que se adaptaban ocasionalmente para recibir clientes,



Izquierda: celebración de fiestas patrias, fotografía donada por Yarima Leiva.
Derecha: quinta de recreo El León, fotografía donada por Francisca Carvajal.

Archivo



Cerro 18, 1952. Fotografía donada por Juanita Guerra. Archivo

en especial con ocasión de las fiestas populares. Naturalmente, ahí en la precordillera se encontraban los hombres de la montaña con los del valle.

Otra demanda minera que aportaba Lo Barnechea era la cal. Esta se subía en mulas que, tras ser cargadas en las cavernas caleras del fundo El Arrayán, llevaban el material que era quemado en los hornos que estaban más arriba de Quebrada Verde, en el cajón de El Arrayán. Una vez preparada, se llevaba arriba, a las minas.

Las carretas, cargadas de provisiones en dirección a las minas —carne, charqui, ají...— o de material mineral hacia abajo, conectaban El Pueblito de Lo Barnechea con la ciudad de Santiago a lo largo del Camino de Las Minas. Muy lentas, ellas tenían que detenerse a pasar la noche en paraderos que alentaron la aparición de más fondas y chinganas; la primera, desde arriba, estaba justo al salir de la cordillera e iniciar el descenso, en Maitenes cerca de La Ermita; la segunda en San Enrique; la tercera donde se unía el Camino de Las Minas con el que llevaba a los curas dominicos —llamada “El Tropezón”—; la cuarta al llegar a Tobaraba, y la última en la salida de Santiago, cerca de las Cajas de Agua, “El Resbalón” (no lejos de la actual Plaza Baquedano).

Los nombres son muy típicos del humor popular. Como no eran escasas las riñas, o los golpes resultado de estados de ebriedad, se aludía a las típicas



Paseo a Pérez Caldera, en las cercanías del Santuario Yerba Loca, 1947. Fotografía donada por Esther Saavedra. Archivo Enterreno.

excusas que se presentaban después a sus capataces: “Fue por un tropezón”, “Es que tuve un resbalón”...

Los barnecheínos también bajaban a veces, acercándose a la ciudad, para divertirse en las chinganas fuera de su territorio. Por ejemplo, en la quinta de recreo La Chicharra —emplazamiento actual de la iglesia Santa María de Las Condes—, cuyo carácter era típico de una chingana sureña.

POR EL CAMINO DE LAS MINAS

Desde Santiago, también sus habitantes a veces procuraban subir la montaña, en los meses propicios para los paseos. Carretas con familias enteras, escoltadas de jinetes, buscaban su recreación cerca del río, acercándose a la montaña. Con el paso del tiempo, hacia el 1900, aparecieron coches para arriendo, o que subían cobrando una tarifa.

Un texto de Armando de Ramón, en referencia al Camino de Las Minas, alude a que “movilizaba a una cantidad muy grande de viajeros entre las minas

y la ciudad. A todo lo largo del camino se sucedían las chinganas y cantinas que expendían alcohol con suma prodigalidad, pese a que estaba prohibido hacerlo en días de semana. Debe destacarse que algunas de estas fondas fueron también origen de poblamientos, como ocurrió con la muy famosa ubicada en el lugar llamado El Tropezón, donde se repartía el camino para Apoquindo y para Las Condes y donde hacían alto las carretas que iban y venían desde el mineral. En ella había vino y canto, que hacía que un gran número de carretas cargadas pernoctara en el lugar. Como la anuencia en ese sitio era muy grande, llegaba el caso de que interrumpían el tránsito por la carretera. La noche transcurría en medio de una fiesta completa: la ebriedad era general, y también lo eran las desgracias y accidentes que allí ocurrían”.²⁶

El largo Camino de Las Minas recibió un movimiento tan intenso —perjudicial para los hacendados que debían bajar sus productos a las ferias agrícolas—, que se comenzó a cobrar un peaje, objeto de muchos reclamos. Fue entonces cuando los empresarios mineros fundaron la sociedad constructora que ensanchó y mejoró el camino.

El Pueblito resultó muy favorecido por tanto movimiento, especialmente su local más célebre, El León, frecuentado “por arrieros de Lo Barnechea, La Dehesa y El Arrayán”.²⁷

En ese ambiente tan típico y tradicional, las Fiestas Patrias, coincidentes con la llegada de la primavera, eran muy esperadas. Todos se preparaban para el día del gran paseo del 18 de septiembre, en que iban con sus mejores prendas hacia un lugar cuyo nombre recordaría ese momento culminante del año: el Cerro 18. Una de las pruebas consistía en llegar primero a la bandera chilena izada en lo alto, triunfo que destacaba —casi siempre un adolescente—, al ganador del año. La avenida central de El Pueblito, Lo Barnechea, también era parte del programa; por lo recto de su trazado, era una buena pista para las carreras de caballos a la chilena.

Con tantos músicos locales de las fondas y quintas, cantoras de tonadas y vecinas diestras para tocar el arpa o la vihuela, pronto se producía el ambiente dieciochero que incitaba al baile, y así surgían talentos que quedaban en la memoria colectiva, como el de Adelaida Hernández, La Yayita.

Los vinos y las chichas corrían abundantes, de casa en casa, casi siempre excesivos, al grado que había un sistema consolidado para bajar a los ebrios desde el cerro al pueblo; rastras de ramas.

²⁶ De Ramón, Armando (1985). Estudio de una periferia urbana: Santiago de Chile 1850-1900. Revista *Historia*, 20. Instituto de Historia, PUC.

²⁷ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2013). *Lo Barnechea en imágenes*. Edición.



La Ermita de El Toyo. Fotografía donada por Adolfo Dell' Orto. Archivo .

También eran memorables las fiestas con ocasión de la trilla a yegua suelta cuando se cosechaba el trigo, en fecha variable porque se escogía según las lluvias de otoño; después de ella los niños salían a espigar el trigo sobrante, que se llevaban a sus casas.

Un lugar que fue memorable en El Pueblito es la Laguna del Viento, al final del cajón que hoy corresponde al Santuario de la Naturaleza; el paseo al lugar, también estacional, era otro hito en el calendario barnecheíno.

Lo que es constante es la muy cercana relación con la naturaleza, como dan testimonio sus habitantes. “La ribera del río, el Cerro 18, El Arrayán, Farellones y quebradas cercanas, entre otros, hacen que el entorno natural se sienta a menudo como la extensión de cada hogar y de las dinámicas que allí se desarrollan. La naturaleza se cuele en la construcción del imaginario colectivo y su presencia abrumadora nutre las experiencias, recuerdos y relatos de las personas que viven o han vivido en Lo Barnechea”.²⁸

²⁸ Corporación Cultural, op. cit.

LA TRADICIÓN DE LA ERMITA

La Ermita era un caserío por entonces, suerte de tierra de nadie donde algunos mineros instalaban a sus familias. No eran pocos, para el Censo de 1895 se registraron 1594 habitantes en el momento de apogeo del lugar, aunque con el descenso de la ley del mineral, al cabo de doce años viviría ahí menos de la mitad.

Carlos Walker Martínez, destacado político de la época, le dedicó un librito: *Origen de la Ermita de la Virgen del Rosario*.²⁹ Es un texto que reúne cartas, artículos, oraciones e incluso poemas dedicados a la Virgen del lugar, tema de una procesión anual que fue de las más importantes romerías durante varios años.

El librito incluye una carta que le enviara Pedro Fernández Concha a un amigo, para explicarle cómo se inició la tradición local. Le cuenta que él, junto a unos parientes y trabajadores de la hacienda, subió a la precordillera “para inspeccionar los trabajos de una acequia nueva, que se sacaba del estero de Molina, faldeando los suaves lomajes del punto denominado El Romeral”.

Ese Fernández Concha, emprendedor nato, quiso irse de joven a buscar oro a California y terminó en la plata de Copiapó; luego fue gobernador del Puerto de Caldera donde se embarcaban toneladas de plata y cobre; más tarde fue socio fundador del ferrocarril de Quintero. Era un hombre con experiencia cuando se vino a Las Condes, finalmente, para trabajar y luego adquirir —de la sucesión de su suegra— varias partes de la hacienda San José de la Sierra, como San Pascual y Lo Fontecilla.

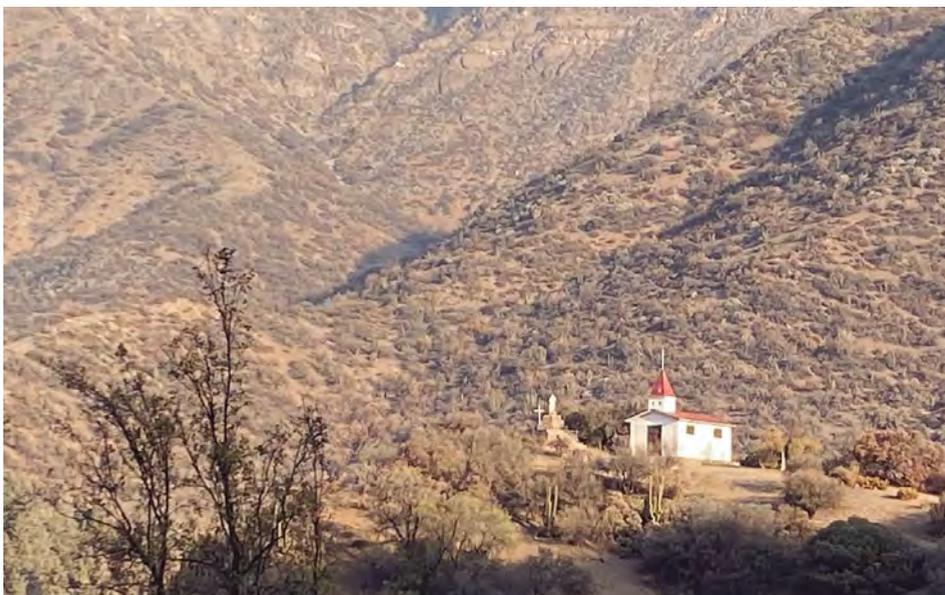
Muy ejecutivo, en esta zona de la precordillera construyó puentes y caminos para explotar terrenos que antes no tenían acceso. Uno de ellos, justamente, era el que fue a visitar ese día, faena importante porque ahí nace el Mapocho, a los pies del cerro Cometierra.

El grupo cruzó el puente para llegar al llanito que enfrenta el cerro y, al decidir regresar, se les hizo imposible. Luego que lo cruzaran, había cedido; habrían muerto, de pasar un rato después.

En agradecimiento, con vista al mismo punto, Fernández Concha hizo construir la ermita que se inauguró el 28 de marzo de 1886 con un histórico asado para ochocientas personas, con ovejas y cabritos. De ahí en adelante, por esas fechas se celebró por años la romería, siempre con unos cuatrocientos peregrinos al menos.

Así lo describe Fernández Concha en su carta, citada en el librito: “Era hermoso ver los huasos a caballo con sus estandartes, las carretas adornadas con

²⁹ Lira Infante; Alejo (y otros), 1919.



Vista de La Ermita. Archivo .

banderitas y arcos de arrayanes, coches y carretelas llenas de gente de toda condición”. El propio presidente Germán Riesco estaría en el grupo el año 1903, luego de reunirse con los demás en la Casona de las Condes temprano en la mañana, para luego subir en un trayecto de unas dos horas.

Los grupos avanzaban desde otras direcciones, como registra la revista *El Inmaculado Corazón de María* del 26 de abril del año 1913: “Aun era de noche y del fundo “La Dehesa”, de “Barnechea” y de “Las condes”, se veían afluir luces al camino que guía al interior de la montaña remontando el curso del río Mapocho”.³⁰

Interesante es la descripción del diario *La Unión*, del 22 de marzo de 1907, porque entrega el contexto de todo el sector: “Un precioso paisaje denominado La Ermita, hermoso valle rodeado de inmensas montañas, a cuyos pies fórmase el río Mapocho por la confluencia de varios caprichosos esteros”.

Pedro Fernández Concha, luego de casarse con su prima Carmen Santiago Concha, de la familia de “las condesas” dueñas de las tierras que abarca Las Condes, llegó a sumar 93 mil hectáreas. Le heredaron sus hijos Manuel y Pastor Fernández —el que vendió varios sectores— y luego su nieta Mercedes Fernández Mira. Fue uno de los primeros alcaldes de Las Condes, cuando esa comuna incluía al actual territorio de Lo Barnechea.

³⁰ Lira Infante, *ibíd.*, 1919.

COMUNAS AL ORIENTE

El crecimiento de la ciudad hacia la montaña, por la urbanización de los fundos ubicados en esa dirección, dio origen a una serie de divisiones administrativas que conciernen al actual territorio de la comuna.

Cuando se crearon las municipalidades en Chile, en 1891, a la de Ñuñoa se asignó el mundo rural al oriente de Santiago; Las Condes, San Carlos, Apoquindo, Ñuñoa, Providencia, Santa Rosa, Subercaseaux y Mineral de Las Condes, pero poco después, en 1897, por un decreto supremo de Federico Errázuriz Echaurren, se segregó un amplio territorio rural que incluía a la propia Providencia junto a Las Condes, San Carlos y Mineral de Las Condes, antecedente de lo que luego será Santiago Oriente.

Los hacendados no quedaron satisfechos. Pedro Fernández Concha por Las Condes, Luis Barros Borgoño en la actual Vitacura y Osvaldo Rengifo Vial —dueño de Lo Saldes—, lograron su autonomía apenas cuatro años después, en 1901. El sector que ellos representaban, y que hoy corresponde a Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea, era todavía plenamente rural y tenía otros intereses que los de Providencia, zona más urbanizada. Los mismos tres fungieron como alcaldes simultáneos —era la práctica en la época— de 1901 a 1919, etapa en que comienzan a aparecer las primeras instituciones fundacionales de la actual comuna.

Un hito clave, muy dentro de la tradición chilena, fue la fundación de la escuelita de Lo Barnechea el año 1900; no podía haber pueblito sin un maestro. Doña Juana Rosa Silva fue la primera en el cargo, personaje memorable para generaciones de barnecheínos.

EL ANDARIVEL INDUSTRIAL

El ambiente campesino experimentó un cambio profundo en 1924, cuando se inauguró el mencionado andarivel de Concha y Toro. Hasta ese año eran cientos de mulas las que subían y bajaban sin cesar, base de la economía de muchas familias de El Pueblito. Algunas, como la de los Maira, pudieron adaptarse con la compra de un camión, pero fue un duro golpe para varias otras.

No hay buen recuerdo del Andarivel entre los antiguos, se mencionan desgracias entre quienes bajaban colgados en días fríos, medio congelados, puesto



Andarivel en el asentamiento de Pérez Caldera.
Fotografías donadas por Alejandro Valdivia. Archivo .

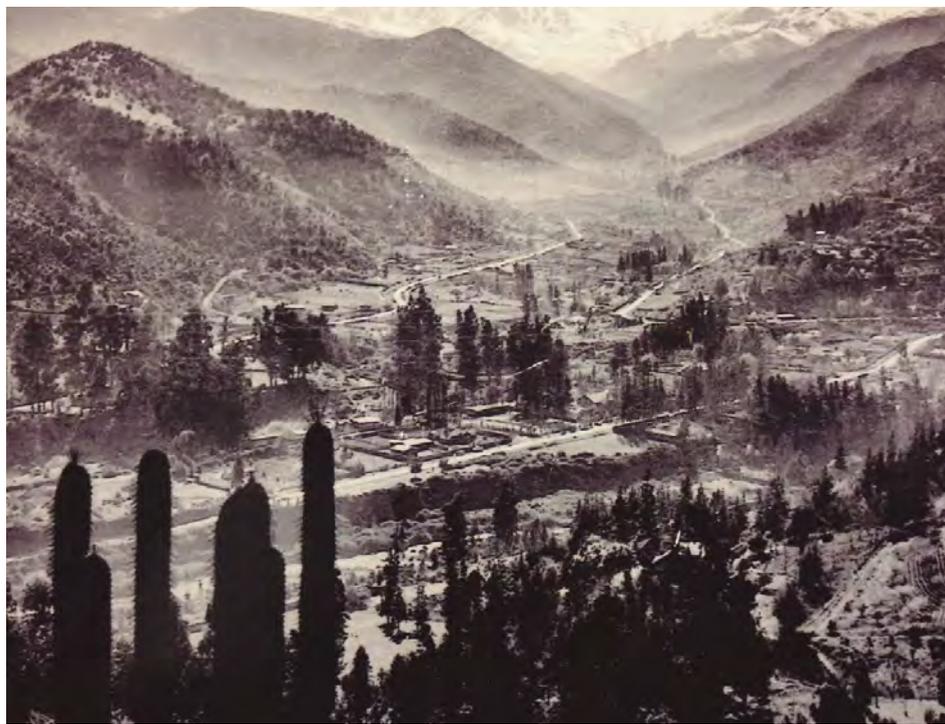
que el sistema no servía solo para transportar el concentrado de cobre, también era un medio utilizado los por mineros para trasladarse y algunos caían desde la altura. Las animitas comenzaron a aparecer de una en una, bajo los cables.

En *Memorias del Siglo XX*, iniciativa ,³¹ se rescató una fotografía de 1964 cuando el sistema vivía sus últimos años. Varios contemporáneos —como el arriero Lorenzo Montenegro, el “Lolo”—, cuyo padre fuera “recorredor”, recordaban este oficio altamente riesgoso, en que los encargados inspeccionaban las torres y las cuerdas para comprobar si estaban en buenas condiciones, y para ello debían saltar de un carro en movimiento a otro, a mucha altura.

HIJUELAS NUEVAS: EL ARRAYÁN Y YERBA LOCA

El año 1914 se produjo un hecho esencial para la futura comuna; se dividió la enorme hacienda San José de la Sierra en varias hijuelas, dos de las cuales —El Arrayán y Yerba Loca—, con el tiempo pasaron a ser territorios muy identificados con Lo Barnechea.

³¹ www.memoriasdelsigloxx.com



Vista de El Arrayán en la década del treinta. La calle que corre junto al río corresponde a Pastor Fernández, las paralelas a través del valle son Camino Los Refugios y Camino El Cajón. Fotografía donada por Jorge Diez. Archivo Enterreno.

En el caso de El Arrayán, se trata de un valle angosto y poco profundo, trazado a lo largo de miles de años por el curso del estero del mismo nombre, uno de los afluentes que confluyen en el río Mapocho. Su nombre deriva del arbusto chequén, abundante en la zona y de fragantes flores blancas, dotado de un fruto comestible que madura al llegar el otoño.

Es interesante recordar que, ya en el siglo dieciséis el capitán Martín de Zamora había solicitado tierras en Las Condes y, específicamente, en la quebrada de El Arrayán, la que le fue concedida por el gobernador Alonso de Sotomayor en 1587. El sector tiene entonces una historia de más de cuatrocientos años como territorio deseado, porque la concesión incluía “todas sus vertientes hasta la cordillera nevada”.³² Un hecho relevante es que el documento indica el nombre nativo del estero —Roquingua—, y también el del sector: Bilticuna.

³² Larraín, Carlos J. (1952). *Las Condes*. Santiago: Nascimento.

La propiedad de 32.981 hectáreas, integrada después a la hacienda de Las Condes, el año 1932 pasó a ser heredada en adjudicación por dos hijas de Pastor Fernández Concha; para una Arrayán Oriente y Quebrada Seca, para la otra Arrayán Poniente y La Poza.

Ahí se inició su ocupación, muy incipiente porque se necesitaron importantes inversiones en caminos, accesos, puentes y pavimentaciones para atraer residentes; las tierras fueran loteadas en dimensiones cada vez menores, para facilitar la compra a más familias. El mayor mérito para hacer más habitable y atrayente el sector, a juicio de Carlos José Larraín, corresponde al arquitecto Florencio Correa Gac, “que formó la Asociación de Canalistas, edificado numerosas residencias y realizado grandes obras de adelanto local, por cuyos méritos y en reconocimiento de su notable actuación, los moradores del Arrayán lo designaron como primer Presidente de la Junta de Vecinos”.³³

CAMINOS, PUENTES Y QUEBRADAS

El proceso de la ocupación pionera tomó cerca de dos décadas, incluyendo las urbanizaciones para nivelar terrenos, construir avenidas y levantar tendidos eléctricos, de gas y agua potable, faenas que permitieron una densificación creciente del vasto territorio ubicado entre Lo Barnechea y la ciudad.

Todo fue tan lento en sus inicios, que se veía al propio Pastor Fernández visitando amigos en el centro de la ciudad, de oficina en oficina, para ofrecer terrenos a bajo precio, todavía en los años cuarenta y cincuenta. Todo fue más rápido a partir de la década de los sesenta, cuando el habitar en medio de la naturaleza, en una ciudad cada vez más densa y ruidosa, se transformó en aspiración de muchas familias; varios entonces, debieron lamentar no haber comprado antes.

Santiago, a medida que comenzó a crecer hacia la cordillera, en especial en esos años treinta y cuarenta —ocupando el entorno rural de las haciendas—, también aportó familias a El Pueblito, de campesinos que no querían formar parte del mundo urbano; lo suyo era cerca de la tierra. Para los “antiguos”, estos vecinos pasaron a ser los “nuevos”.

³³ *Ibíd.*



Arriba: Deportivo Lo Barnechea, fotografía donada por Eliseo Villarroel.
Abajo: Los Huaicocheros en el Estadio Santa Rosa, década del sesenta, fotografía donada por Miguel Guzmán Varela. Archivo

EL CLUB DE FÚTBOL DE LO BARNECHEA

Rosa Balharry de Labbé, la hacendada de La Dehesa, el año 1941 cedió 10 mil metros cuadrados para el club deportivo, una institución de las más queridas e identitarias del sector. Esta había nacido unos años antes, el 23 de diciembre de 1929, por iniciativa de un grupo de jóvenes de El Pueblito cuyos miembros se reunían en prácticas de tiro al arco; ellos sumaron una rama de fútbol. Aunque nació con el nombre de Deportivo Santa Rosa de Barnechea —en sintonía con la advocación de la parroquia, Santa Rosa de Lima—, el año 1943 adquirió su actual denominación de Deportivo Lo Barnechea.

Su equipo principal pronto estuvo en los torneos que se realizaban en Santiago Oriente, y en 1983 se incorporó a la Cuarta División de la Asociación Nacional de Fútbol, para ingresar en 1988 a la Tercera. Su anhelado ingreso al medio profesional fue mucho después, en un verano de 2012 con un inolvidable triunfo de 4-0 sobre Magallanes, el primer equipo campeón nacional.

Para los aficionados, pero también entre los residentes de la comuna en general, las venturas y desventuras del “Barnechea” son parte ineludible de la historia local.

La familia Pizarro es emblemática de la institución. A su patriarca fundador, Ernesto, sigue su hijo Jaime —estrella de Colo-Colo, equipo del que llegó a ser director técnico—; fue además seleccionado nacional y subsecretario de Deportes (2007-2009). El linaje Pizarro lo completa Vicente, en la tercera generación, también de Colo-Colo (2019).

MÁS GENTE EN EL PUEBLITO

Lo Barnechea, que naciera como pueblo campesino y medio cantinero, diversificó su paisaje humano a partir de los años cuarenta. Entre los primeros intelectuales y profesionales que echaron raíces se recuerda a Jorge Neut Latour, con su casa en la Av. Lo Barnechea esquina de Cuatro Vientos. Profesor de historia y geografía nacido en 1894, su padre fue uno de los profesionales importados de Europa por el gobierno de José Manuel Balmaceda para desarrollar las obras públicas en el país. Como universitario, estuvo entre los colaboradores de la revista *Claridad*, la de una generación —de los años veinte—, a la que también pertenecía Pablo Neruda, dos jóvenes que

siguieron encontrándose mientras asumían roles cada vez más relevantes en el acontecer nacional.

Hubo debates decisivos en esa casa. Sus distintas posturas alejaron de a poco a los socialistas democráticos —como Marmaduke Grove y Óscar Schnake Vergara, casado con Graciela Contreras Barrenechea, la primera alcaldesa de Santiago, nieta del fundador de El Pueblito—, de los socialistas marxistas como Salvador Allende y el propio Neut Latour.

Cuando aún estaban unidos, temerosos de un golpe militar, Manuel Eduardo Hübner —futuro escritor, periodista y diplomático—, diseñó un espacio de reuniones en esta casa de Lo Barnechea para que sesionara el “Gran Consejo de la Logia Bolívar de los Libertadores de América”, nombre en clave y humorístico, cuyos miembros subirían cada semana a analizar el momento político y discutir los caminos a seguir. Además de Neut, Schnake, Grove y Hübner, estaban Eugenio Orrego Vicuña —fundador del Museo Vicuña Mackenna en homenaje a su abuelo, director del diario *La Nación* en el gobierno de Salvador Allende—, y el poeta Julio Barrenechea, bisnieto del fundador de El Pueblito y con los años diplomático y premio nacional de Literatura 1960.

Superada la contingencia que los reuniera —el temor a un golpe militar—, prosiguieron con los almuerzos campestres pero amenizados con campeonatos de rayuela y catas de chicha, como si el espíritu de El Pueblito, tan tradicional y festivo, se hubiera hecho presente entre los trece jóvenes; ahí se sumaron otros asistentes, como el propio Allende y Astolfo Tapia, presidente de la Cámara de Diputados algunos años después (1949-1953). Otro de los personajes incorporados fue un vecino, el médico Jaime Vidal Oltra, destacado pionero de la Medicina Legal en Chile, cátedra que ejerció por largo tiempo en la Universidad de Chile.

LA PARROQUIA DEL PUEBLO

El Pueblito, incrustado entre la hacienda de La Dehesa y el río, tenía un sencillo encanto campesino que se enriqueció con la donación de 2 mil metros de terreno para levantar una iglesia, la que le aportó una silueta identitaria, característica.

La misma benefactora del deporte, Rosa Balharry, de la familia dueña de La Dehesa en 1934, entregó los fondos para construirla. La parroquia ya



Vista frontal de la Parroquia Santa Rosa de Lo Barnechea. Año indefinido.
Archivo Wikipedia.

existía —dependiente de la de San Ramón de Providencia—, pero apenas contaba con un pequeño oratorio ubicado en la esquina de Lo Barnechea con la Av. Raúl Labbé. La comuna tomó forma con la donación de ese importante hito arquitectónico, de impronta barroca neocolonial.

Tras el terremoto de 1960 se debió levantar una nueva nave central, de hermosa materialidad pétreo, imagen viva en la memoria de la comunidad barnecheína. Con la población creciente de la zona tuvo que ser ampliada después, momento en que se agregaron los murales creados por Juan Echenique, uno dedicado a Jesús y el otro a la Virgen de la advocación del templo, Santa Rosa de Lima. Tal como sucediera tras el terremoto de La Ligua de 1965, la participación vecinal permitió recuperarla en años recientes, con cambios orientados a recuperar el diseño de la fachada original.

El terreno del colegio parroquial también fue donado por Rosa Balharry, en tanto su construcción fue aporte de una norteamericana vecindada en Chile, Helen Wessel, dueña de una gran propiedad cercana: Quinchamalí. Un cronista de la época destaca el aporte, decisivo, de estas filántropas:

La iglesia, las escuelas, todo hacía aumentar la población local, en especial cuando las urbanizaciones de Las Condes y Vitacura, a veces de lugares donde hasta entonces había conventillos y quintas, fue desplazando a sus habitantes hacia la precordillera. Entonces, muchos se hicieron barnecheínos.³⁴

³⁴ Balmaceda Valdés, Eduardo (1969). *Un mundo que se fue*. Santiago: Andrés Bello.

El lugar sería punto central del sector, inicio y comienzo de todo, tal como escribiría Jorge Andrés Ortiz Torres, uno de los ganadores de un concurso literario organizado por la Corporación Cultural:

No soy devoto de una religión, pero hay que reconocer que la gran mayoría somos de la misma unión, ya sea bautizo, primera comunión, confirmación, casamiento o velorio. Es referencia de muchos para llegar a Lo Barnechea y los micreros —me deja en la iglesia porfa—, los taxistas y hasta la voz de Google Maps lo saben. Salió en la película El Gran Circo Chamorro. Es un punto donde todas las clases sociales se reúnen, desde el más pequeño hasta el más anciano – juntémonos en la iglesia.³⁵

FIESTA DE CUASIMODO

Esta fiesta religiosa, creación chilena y muy antigua de cuando los sacerdotes recorrían los campos a caballo para entregar la comunión el domingo de Resurrección —escortados por feligreses para evitar que copón y patena de oro fueran robados—, arraigó muy profundamente en Lo Barnechea, donde nunca faltaron los caballos necesarios para cuantos quisieran acompañar al celebrante en alegre comparsa, cuyas cabalgaduras se adornaban con flores y cintas. Un jinete adelantado, provisto de una campana, anunciaba el avance del grupo para que los comulgantes se prepararan a recibirlo.

Notable es un texto publicado en 1891, cuando nacía la Ley de la Comuna Autónoma y un periódico buscaba dar cuenta de tradiciones locales: “Era imponente ver aquella procesión compuesta de católicos fervientes que se disputaban el honor de acompañar a Nuestro Divino Salvador. Cálculase en setecientos el número que recorrieron el trayecto de tres leguas, tapizado de flores y ostentando variados y lucidos arcos que las señoras se habían esmerado en preparar”.³⁶

De gran fervor en los pueblos y campos, se transformó en un patrimonio popular que celebra al Dios de los humildes, como lo declara su himno: “de Abel el campesino, de Moisés el pastor, de José el carpintero”...

³⁵ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2019). *Historias de Lo Barnechea 2019-2020*. Editores.

³⁶ La Comuna Autónoma. *El Corresponsal*. 19 de abril, 1891.



Una de las tradiciones que se mantiene vigentes hasta hoy es la Fiesta de Cuasimodo, celebración arraigada en la comunidad. Arriba: cuasimodistas en la Medialuna de Lo Barnechea en 1931, fotografía donada por Constanza Guzmán. Abajo: procesión de cuasimodistas por las calles de Lo Barnechea en 2016. Archivo

Un texto de la historiadora Colomba Elton —en libro con fotos de Juan Francisco Bascuñán—, explica así esta tradición: “En un principio esta comitiva la integraban huasos armados a caballo, pero con el transcurso del tiempo la escolta se transformó más bien en un alegre acompañamiento que dejó las armas por la bandera chilena o vaticana, que a veces cambió el caballo por la bicicleta u otro vehículo, pero que se mantuvo siempre fiel a su fe profunda y solidaria”.³⁷

La Plaza Santa Rosa, mirador urbano natural sobre el río, fue siempre el punto de partida de quienes salían a “correr el Cuasimodo”, como también del viacrucis de Semana Santa y de la Fiesta de Santa Rosa el 30 de agosto, todas fechas de alto valor simbólico para los creyentes del sector. El recorrido avanza hasta hoy, entre otras vías, por la Av. Lo Barnechea, Raúl Labbé, Pastor Fernández, El Remanso, Puente San Enrique y Av. Las Condes hasta el Puente La Dehesa.

Remodelada la plaza el año 2013, sigue siendo un lugar de encuentro de los barnecheinos. En esta ocasión se recuperó el anfiteatro natural que se despliega hacia el sur, dirección en la que se construyó una escalinata de piedra que ahora sirve de gradería, lo que ha puesto en valor uno de los espacios públicos más simbólicos de la comuna.

COMUNA EN FORMA

Creada el 20 de mayo de 1991, por el Decreto con Fuerza de Ley 32/18.992, nació como la comuna más extensa de la Región Metropolitana, de 104,430 hectáreas, debido a su enorme extensión montañesa que incluye cerca de un centenar de cumbres de distintas alturas. Ocupa el 45,5 por ciento de la superficie de toda la Región Metropolitana y en gran parte se eleva sobre la cota mil (a la altura de Los Trapenses), por lo que el 96 por ciento de su territorio es un Área de Preservación Ecológica donde destacan sus numerosos nevados, glaciares y quebradas, recorridos por fauna y flora en muchos casos endémica.

Dotada de una excepcional diversidad socioeconómica —según catastros oficiales—, y con muy baja densidad por tener amplios territorios deshabitados, sus desafíos apuntan a equilibrar las inversiones entre sus distintos sectores y lograr una convivencia satisfactoria entre áreas tan diferentes como las faenas mineras y los santuarios de naturaleza.

³⁷ Elton Duhart, Colomba (textos) y Bascuñán, Juan Francisco (fotografías) (2008). *Chile, imágenes a lo humano y lo divino*. Santiago: Ideograma.



Feria de anticuarios en la plaza de El Pueblito. Fotografía donada por Mónica Bravo Lyon. Archivo .

LA FERIA DE ANTICUARIOS

Eduardo Cuevas Valdés fue el alcalde fundador de Lo Barnechea, testigo privilegiado de sus cambios a lo largo de varias décadas, luego actor de algunos de esos cambios.

Joven conoció el territorio barnecheino. En largas cabalgatas hacia Quinchamalí o a la cordillera —era presidente de la rama de Equitación de la UC, uno de los pioneros de la actividad—, siempre valoró sus paisajes y nunca dejó de recorrer la zona. Recordaría después los paseos a Lo Barnechea saliendo de la Casona de la hacienda de Las Condes, todavía amoblada como casa patronal en tiempos de la sucesión de Pastor Fernández —los herederos Ruiz Fernández y Correa Fernández—, con pinturas de las Mira Fernández. A caballo conoció el mundo campesino de Lo Barnechea, de familias que por entonces se vestían con sus mejores prendas si debían “bajar a la ciudad”.

En sus cabalgatas de los domingos en la mañana, acompañado de su amigo Sergio Ossa Pretot —presidente de la Unión Social de Empresarios Cristianos y de la Fundación Mi Casa, futuro ministro de Obras Públicas—, no podía dejar de advertir el contraste entre el modesto pueblito y la ciudad cercana. Cuando



Feria de anticuarios. Fotografía donada por Mónica Bravo Lyon. Archivo .

la iglesia del lugar se dañó, por el terremoto de La Ligua de 1965, él y otros vecinos de la zona se organizaron para financiar sus reparaciones.

“La plaza” de Lo Barnechea era todavía un llanito desnudo. Eduardo Cuevas llamó entonces a una periodista cultural de la revista *Paula*, Mónica Bravo Lyon, con la idea de que ella apoyara a los artesanos del lugar para vender sus cosas en Santiago. Él, que años antes había sido vicerrector de Comunicaciones de la Universidad Católica e impulsor de la creación de la Feria de Artesanía del Parque Bustamante, valoraba esa actividad tradicional.

Ella le propuso que, mejor, vieran de “atraer a los santiaguinos con cualquier pretexto”.³⁸ Una pintora, Carmen Correa, le sugirió sumar anticuarios, puesto que conocía a muchos.

En El Pueblito había barnecheños que hacían sillas de totora, producían empanadas los domingos, eran varias las tejedoras, los artesanos en cuero... Para inspirarse, ya con la idea de hacer una feria, la gestora viajó a Buenos Aires con el arquitecto Cristián Fernández Cox —futuro Premio Nacional de Arquitectura, vecino de La Dehesa— y su esposa Patricia Eyzaguirre. En esa ciudad el grupo se reunió con José María Peña, el creador de la célebre Feria

³⁸ Entrevista, 27 de noviembre, 2019.

de Anticuarios de Santelmo, quien les dio una receta: “¡Tienen que ser dueños de la feria!”. Se refería a que debían controlar el espacio, la distribución de los locales, los estacionamientos, hasta las relaciones con Carabineros, para que las cosas no se salieran de curso.

De vuelta, Mónica Bravo le transmitió el proyecto a Eduardo Cuevas, quien lo acogió y fue a presentarlo a la Municipalidad de Las Condes, que lo aprobó; era el año de 1979.

¿Cómo difundir una actividad desconocida? La gestora fue a hablar con Gloria Urgelles del diario *El Mercurio*: “¿Estaría dispuesta a escribir un artículo sobre una feria que no existía?” Y la periodista aceptó... Dos semanas después saldría el reportaje, un sábado, para que la gente subiera el domingo. Mónica Bravo se puso a llamar amigos y ella misma, ese día, llegó a las seis y media de la mañana a marcar los límites de cada local en la tierra de ‘la plaza’.

Luego de un resultado incierto la primera vez, a la segunda se llenó de un público curioso y los niños del lugar descubrieron que podían cobrar por “cuidar el auto”. Carabineros se sumó después, con dos funcionarios para organizar el tráfico. A las tres de la tarde cerraron y se fueron todos a almorzar. Ya no se detuvieron, se volvió la característica de El Pueblito.

Para que el éxito siguiera, en especial entrado el otoño, con otro clima, Mónica Bravo reforzó la idea de una fiesta con disfraces de otras épocas: “Muy importante fue el anticuario Víctor Figueroa, él tenía cantidades de antigüedades, ponía fuentes y escaños, organizaba muy bien el espacio y atraía a otros anticuarios buenos. Muchos santiaguinos descubrieron así a Lo Barnechea, lo que impulsó la actividad de los restaurantes”.³⁹

No eran actividades remuneradas para los organizadores, era por interés en El Pueblito, muy típico, y por sus habitantes; pero era una actividad intensa, todos los domingos... Al año siguiente fue el arquitecto José Riesco Jaramillo el voluntario responsable de continuar con el proyecto y, según la fundadora, aportó algo muy valioso al promover la fabricación de muebles de madera en El Pueblito. La Feria continuó hasta 1981.

Eduardo Cuevas, como demostró al ser alcalde (1991-1994), era muy cercano y apreciaba la cultura de las familias lugareñas, esas que mantenían la Fiesta de Cuasimodo, los rodeos, las subidas a la montaña a ver los animales, las canciones tradicionales, ese ambiente que los santiaguinos, al conocer el sector, aprenderían a valorar. Los ediles siguientes —Marta Ehlers y Felipe Guevara—, mantuvieron ese sello de apoyo a El Pueblito.

³⁹ *Ibíd.*

MÚSICA AL PIE DE LA MONTAÑA

Otros santiaguinos que también descubrieron Lo Barnechea por esos años, lo hicieron por obra y gracia de Mario Baeza Gajardo, un gran fundador de grupos corales en todo Chile, hasta que finalmente creó uno propio, en 1974. Al año siguiente, organizó el Primer Festival de Música de Semana Santa en Lo Barnechea.

Mientras impulsaba actividades en el norte y sur del país, no abandonó esta iniciativa que se mantuvo con nuevos festivales los años 1976, 1977 y 1978. Hijo de obreros y buen conocedor de los ambientes rurales, fue un fiel amante de El Pueblito. Autor del estudio “El arte en el Campesinado Chileno”, derivado de sus investigaciones con el apoyo del Instituto de Educación Rural, Lo Barnechea era para él un valioso enclave de cultura patrimonial oral.

Su mismo éxito en el mundo coral, con largas giras en Europa, lo alejó y no hubo quien lo reemplazara, pero para muchos barnecheínos y santiaguinos, las misas de Semana Santa en ese templo junto al paisaje del río, con las montañas atrás, serían inolvidables.

La sabia intuición del maestro Baeza fue demostrada años después, en tiempos del alcalde Cuevas. Conocedor de la vocación musical y popular del vecino Sergio Sauvalle Echavarría —hijo de Sergio Sauvalle Vergara, miembro del conjunto Los de Las Condes y después de Los Huasos Quincheros, compositor de una de las canciones más celebradas del folclor nacional, “El Corralero”—, le encargó al joven músico e investigador que hiciera un estudio del mundo de la canción popular de la zona. Según se rumoreaba en El Pueblito, había varios siglos de historia relacionada.

Efectivamente, como comprobó Sauvalle con su investigación —*Lo Barnechea, reserva cultural campesina* (Municipalidad de Lo Barnechea, 1994)—, en la memoria de familias lugareñas, transmitida por padres y madres a hijos e hijas, había un patrimonio oculto y valioso que había sobrevivido al paso de las generaciones. Y estaba vivo. Su libro fue presentado en el Centro Cultural Arrayán, el que por entonces ocupaba la antigua casona de la Plaza San Enrique.

Sauvalle fue otro de los residentes pioneros, cuando eran pocos todavía los santiaguinos. Llegó por ser un amante de los caballos y las tradiciones campesinas, todo lo que pudo encontrar, precisamente, en Lo Barnechea. Su vocación lo llevaría a presidir la Asociación Nacional del Folklore de Chile.



Grupo Urubamba en el Teatro de Lo Barnechea, 1978. Fotografía donada por Ernesto Rojas Saavedra. Archivo

La Corporación Cultural del municipio ha desarrollado una línea dedicada a esas fuertes tradiciones, forjadas en una cultura oral de diversas expresiones, según lo expresa Rolando Salazar, del grupo Los Porsiacaso: “El sello común de las letras barnecheínas es su poesía. Siempre sale a relucir el sol, que estamos rodeados de montañas. Lo he visto en la cueca, lo he visto en el hipo hop. El entorno natural siempre está presente”.⁴⁰

Son incontables los grupos, nacidos en los barrios, los colegios, la parroquia, el estadio, las plazas, los que forman agrupaciones folclóricas o artísticas, algunos más dedicados a la danza, otros al canto, o a la poesía popular, medios a través de los cuales cada generación entrega su visión de mundo y sus sentimientos más íntimos.

Alexis Yáñez, cantor popular y poeta, tiene claras las razones que mantienen tan viva esa cultura: “La tradición oral es muy importante para un pueblo: si yo canto y digo un mensaje, la gente se acuerda de ese mensaje. En cambio, si les converso de lo que pasa ni se van a acordar...”.⁴¹

⁴⁰ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2012). *Nuestras voces, nuestra historia*. Editores.

⁴¹ *Ibid.*

RESTAURANTES DE CAMPO

Muchos santiaguinos subían a la precordillera atraídos por los restaurantes, en ese ambiente que, cercano al río, con aire limpio y brisas frescas en medio de la rica vegetación de las quebradas cercanas, permitía entrar al mundo rural a pocos kilómetros de la ciudad.

Muy pronto hubo algunos locales ribereños, como el Belvedere y La Que-rencia en la ribera sur, en tanto Las Delicias del Arrayán, con una arquitectura de semblanza colonial, se ubicó en la del norte. Amplios los tres, por décadas serían lugar de grandes eventos, con clásicas cenas de Año Nuevo y frecuentes fiestas de matrimonio.

Otro clásico, muy chileno en su tradicional carta, Doña Tina, se instaló justo en la subida del Camino de Los Refugios, aporte de una familia muy presente en las corridas de Cuasimodo y demás tradiciones de El Pueblito.



Chilenitos. Fotografía donada por Andrea Riedel. Archivo

Famoso por muchos años fue Mi Rancho, creado por arrayaninos en la calle Disputada, también especialista en comida chilena casera con mesas al lado del río, algo excepcional en Santiago. Su pastel de choclo se consideraba uno de los mejores de Santiago, junto con el de Doña Tina.

Dentro de El Pueblito tuvo mucha fama El Pollo al Coñac, con ese plato original que le daba su nombre desde 1963; era de los que atraía a gente de la ciudad hacia la casaquinta donde estaba instalado. Un incendio lamentable, en un día de otoño del año 2007, lo hizo desaparecer, aunque sus dueños lograron abrir otro en la cercana calle El Roble. Los Gordos, con una ubicación a la sombra de una naturaleza abundante, muy inmediato al río desde 1973 —en el Camino El Bajo—, estuvo ahí varias décadas, hasta el año 2018.

Entre los recientes que han ganado prestigio —se instaló en 1997—, El Mesón de la Patagonia ha sido un aporte en El Pueblito, especializado en los platos típicos de la zona austral: centolla y cordero.

Un clásico de otra tradición —pero siempre vigente—, es el Salón de Té Hansel y Gretel, afín a los varios residentes que, inmigrantes del mundo alpino —sur de Alemania, Austria, Suiza—, llegaron en los años treinta y cuarenta del siglo pasado.

Tema aparte era la cantina del costado oriente de la Plaza San Enrique, cuyo origen se pierde en los tiempos, esencial para mineros y campesinos, muy propia de las plazas de pueblo, la que se transformó recién en los años ochenta hasta que, finalmente y por desgracia, fue demolida la casa que la albergaba. En el recuerdo quedará su ambiente popular, el que incluso se prolongaba a la plaza, donde se cantaba y bailaba en unas fiestas llamadas “Las delicias junta de baile”.⁴²

Cerca estuvo el restaurante El Pejerrey, de Blanca Casali, empresaria que creó una serie de locales de nombres pintorescos en Providencia y Vitacura, luego en Las Condes y finalmente en Lo Barnechea. Ella promovió el mejoramiento de la Plaza San Enrique en esos años ochenta, hecho coincidente con la aparición de discotecas a su alrededor, las que marcaron a dos generaciones de jóvenes de Santiago Oriente que tuvieron aquí su principal centro de vida nocturna, con las consabidas quejas por los ruidos y desórdenes nocturnos, tendencia masiva que, agradecen los vecinos, se dispersó después por otras partes de la ciudad.

Los restaurantes, en cambio, no han dejado de crecer con éxito; son un “polo gastronómico” de la ciudad, caracterizado por su identidad chilena y su entorno natural.

⁴² Corporación Cultural de Lo Barnechea (2013). *Lo Barnechea en imágenes*. Editores.

VIVIR EN EL ARRAYÁN

En los años sesenta emergió una poderosa tendencia cultural, de conciencia ecológica y regreso a la naturaleza, la que se tradujo en un cambio en las costumbres. Ello incluyó una mayor valoración de los santuarios de naturaleza —como los de Lo Barnechea—, y una creciente migración de las áreas centrales de las ciudades hacia entornos más naturales.

En el caso de Santiago, fueron El Arrayán y el Cajón del Maipo los sectores favorecidos por la llegada de jóvenes artistas y profesionales, portadores del anhelo de vivir en una parcela, ojalá cerca de un estero, una quebrada, lugares donde las aves cantan. Era el agobio de la gran ciudad que llevaba a huir en busca de silencio y ambientes más naturales, lo mismo que había atraído familias desde que comenzó a lotearse la zona, en 1936.

La revista *Paula*, fundada en el año 1967 por Roberto Edwards Eastman, fue una portadora e impulsora de esas tendencias. Su equipo, que incluía a periodistas de excelencia como Isabel Allende y Malú Sierra, se transformó en un símbolo de la época. El apoyo a las artesanías locales, a los artistas nacionales, a los lugares de turismo recónditos en el Altiplano o en Chiloé, favorecieron una cultura chilena autónoma, no pendiente de Europa. Y El Arrayán fue un enclave que atrajo, especialmente, a residentes afines a esa tendencia.

La propia directora de la revista, Delia Vergara, y su marido el sociólogo y escritor Pablo Huneeus, se radicaron en la Av. Pastor Fernández, en una de las casas de adobe creadas por el arquitecto Santiago Roy. En ella instalaron, otro signo de la época, paneles solares que importaba otro vecino, José Fli-man —residente del Camino El Cajón—, uno de los dueños del restaurante naturista El Huerto. También se radicó en El Arrayán otra de las periodistas emblemáticas de la revista, Malú Sierra, luego escritora de libros sobre pueblos originarios.

Mucha gente joven, relacionada al arte y la cultura, se radicó en la zona. Es el caso de Consuelo Michaeli Silva que diseñaba muebles, y María Ester Santelices, la “Pastel”, emblemática artesana en piedra y fierro del sector, la que terminó abriendo un local en El Pueblito, Av. Lo Barnechea 1281.

Muy cerca —esquina de Cuatro Vientos— se instalaron Francisco Huneeus Cox y Adriana Schnake Silva, siquiátras impulsores de la terapia gestáltica en Chile. Su casa, visitada por muchos grupos de trabajo en sicoterapia grupal, fue un centro importante en esos años, que también atrajo a descubridores de Lo Barnechea que, eventualmente, se instalaron en la zona. Esta sicología, humanista, era muy afín a la cultura de los nuevos arrayaninos, interesados en alejarse



El artista José Venturelli tenía su casa y taller en una parcela en el sector de la actual Av. Raúl Labbé. Arriba: pintura *Ventana de Lo Barnechea*. Abajo: fotografías de la casa y taller publicadas en revista *Paula* N° 16 en 1968. Artículo realizado por Isabel Allende. Archivo Fundación José Venturelli.

de las angustias y depresiones de la gran ciudad contemporánea para buscar una vida más sana, síquica y físicamente.

Huneus y Schnake fundaron en 1974 la editorial que lleva el nombre de la calle adyacente —Cuatro Vientos—, para promover las terapias gestálticas mediante libros en español que circularían por toda América Latina y España. El uso de los sentidos, el interés asociado a la música, el teatro y lo visual harían de su casa un verdadero centro cultural en esos años, cuando toda una generación buscaba mejorar su relación con el cuerpo y los cinco sentidos.

El propio Huneus, músico y muchos años presidente de la Corporación de Fomento de Bandas Estudiantiles —orientada hacia niños y niñas en riesgo social—, fue un aporte en el sector, justo en esa tradicional esquina que, desde siempre, ha tenido una vocación orientada al arte y la cultura.



Fauna y flora autóctona de la zona precordillerana: cóndor, zorro culpeo, armeria y chiriñue dorado. Colección "Flora y Fauna de Lo Barnechea", fotografías donadas por Anglo American. Archivo .

EL NATURALISTA GODOFREDO STUTZIN

El Arrayán acogió a varios pioneros que, en los años sesenta y setenta, comenzaron a abogar por una vida más respetuosa del medio ambiente y menos destructora del planeta. Uno que llegó a tener una trascendencia internacional al respecto, con reconocimientos en toda América Latina, fue Godofredo Stutzin.

Había comprado la extensa Parcela 14 del Camino El Alto en una época cuando, justamente, los nuevos residentes no compraban sitios sino terrenos amplios para vivir rodeados de naturaleza. Se demoró en construir, pero hacia 1960 estaba bien instalado.

Para los niños de El Arrayán, por generaciones, su casa fue un lugar mágico. A sus loros choroyes y de otras especies, a las tortugas de tierra que desaparecían en invierno, y a una burra, una llama, un hurón, una tortuga de agua que lo acompañó por décadas, un pingüino traído para recuperarse y que ya no se fue, conejos varios —incluso un soberbio angora blanco—, se sumaron múltiples perros y gatos que, sacados del abandono, nunca dejaron de aumentar. Llegó a tener cerca de sesenta canes.

Medio siglo duró ahí su permanencia. Sus campañas en favor de lo natural culminaron con la fundación de la primera gran entidad nacional creada con esa misión, la Corporación en Defensa de la Flora y la Fauna (), el año 1968, la que muy pronto se conectó a la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (), a través de la cual obtendría información de estrategias relacionadas de otros países. Ser abogado le fue útil para impulsar el Derecho Ambiental en Chile, lo que tuvo resonancia fuera del país, como en Ecuador donde la Constitución de la República incluye sus propuestas para avanzar hacia una nación sustentable.

Libros académicos, cartas en la prensa, conferencias, docencia universitaria, todo lo utilizó para compartir sus visiones. Incluso escribió libros de cuentos, como *Presencia de San Francisco* y *Ausencia de San Francisco*, para llegar a todo público.

Vecino silencioso, nadie advirtió, en el verano de 2010, que había dejado de existir. Sus más cercanos habían sido advertidos por él, no quería un aparatoso entierro público. La Parcela 14 quedó en el imaginario de los primeros ecólogos chilenos, los primeros animalistas, todos cuantos en esos años sesenta comenzaron a promover la causa de la flora y la fauna.

Director consejero de la Sociedad Mundial para la Protección Animal () y distinguido en 1990 entre los Global 500 de Naciones Unidas (), era una personalidad internacional.

Suerte de hijo suyo es el “Centro de Rehabilitación de Fauna Silvestre Godofredo Stutzin”, creado en 1992 en el Cajón del Maipo, especializado en fauna chilena. El mundo vegano, tan en auge en décadas recientes, lo reconoce como un adelantado, pionero en el dejar de comer carne por solidaridad con los animales: Si uno no está dispuesto a darle muerte a uno, tampoco debiera usarlos como alimentos, decía... Parte de su razonamiento, para convencer a los escépticos, es que la energía invertida en alimentar ganado vacuno y aves de criadero impedía distribuirla mejor y aleja la posibilidad de derrotar el hambre en el mundo.

Su presencia ahí fue icónica en la época, para todos, por cuanto siempre estaba dispuesto a abrir sus puertas a todo aquel que pudiera interesarse en la flora y la fauna; a cada uno mostraba el lugar, los animales, le regalaba libros y folletos, como un misionero de lo natural.

LA CIUDAD SE COMUNICA

El aislamiento de los pioneros disminuyó a medida que mejoraba la conectividad. El primer hecho sustancial, celebrado por los barnecheños, fue la creación del servicio de microbuses Mapocho-Apoquindo, un recorrido histórico que, desde 1934 y con el número 67 y cinco máquinas, subió hasta El Arrayán. Cuando cruzó el río para incluir El Pueblito, pasó a llamarse “Mapocho-Las Condes”.

Otro hecho decisivo para que Lo Barnechea se integrara a Santiago y terminara siendo parte de su territorio urbano, fue la apertura de la Av. Kennedy, abierta y pavimentada a partir de 1967, justo cuando El Pueblito de Lo Barnechea celebraba el centenario de su creación.

También se vieron favorecidos los centros de esquí con esa avenida, como El Colorado y La Parva. El primer Mundial de Esquí realizado en el hemisferio sur, el año 1966 en las canchas chilenas de Portillo, con uno de los grandes ídolos mundiales del deporte blanco en la época —el francés Jean Claude Killy—, permitió que muchos extranjeros conocieran las instalaciones de Farellones y empezaran a concurrir durante el verano europeo, lo que despertó el interés nacional en los deportes de montaña.

El logro de la Federación de Esquí de Chile, de celebrar en el país ese encuentro mundial en 1966, tuvo como gestor a Reinaldo Solari —uno de los



Línea de microbuses Mapocho-Apoquindo, recorrido 67, Sector El Arrayán, década del cuarenta. Fotografía donada por Sixto Frigiani Mariño. Archivo

dueños y cabeza del grupo Falabella— y fue un motivo de orgullo nacional. De ahí que gran parte de los chilenos descubriera recién que la capital tenía, a pocos kilómetros hacia el oriente, uno de los mejores entornos del mundo para el desarrollo de este deporte.

Solari había sido uno de sus pioneros. Nacido en Iquique en el borde del desierto, se había maravillado con la nieve frente en Santiago, y siendo estudiante de Ingeniería de la Universidad de Chile, con otros estudiantes trabajó en la construcción de un refugio para esa institución en Farellones. Muy pronto comenzó a subir a la cancha de El Colorado cada vez que veía nieve en la montaña.

Titulado como profesional, con sus primeros honorarios construyó un refugio familiar con uno de sus hermanos el año 1950, al que llegarían, de ahí en adelante, campeones mundiales a entrenar en el invierno austral. El éxito de las multitiendas Falabella lo atribuiría a este deporte; por ir a Estados Unidos, preparándose para unas Olimpiadas de Esquí 1960, conoció el modelo de negocios que años después llevaría a la internacionalización de esa empresa. Del refugio

de los Solari en Farellones, Chile salió beneficiado con tres esquiadoras de nivel internacional, Liliana, María Luisa y Teresa Solari.

La Av. Kennedy fue un detonante doble, para el deporte blanco pero también para aumentar el interés de santiaguinos por vivir en la precordillera, puesto que facilitó la llegada de nuevos residentes.

Casi medio siglo transcurrió para que el año 2005 se inaugurara el Sistema Oriente-Poniente, el que conectó a la comuna con la ciudad y su aeropuerto mediante una rápida autopista concesionada, la Costanera Norte. Su enlace con Santa Teresa —extenso y necesario cuando aumentó la población a fines del siglo—, además de la Costanera Sur y una extensión de la Costanera Norte hasta calle Padre Alfredo Arteaga en El Pueblito, han buscado solucionar la conectividad del sector que, por su misma y compleja topografía —que favoreció su identidad rural de mundo aparte—, implica escasez de accesos.

Dentro de la comuna, en la pequeña escala de la conectividad, el “hito urbano de 2016” fue el ascensor de Cerro 18, el que conecta la calle Los Quincheros con la cima del cerro, desde entonces utilizado por cientos de personas cada día. El Puente Azul y la pasarela peatonal Las Rosas complementan, a nivel local, los avances de la conectividad territorial.

LA NATURALEZA SE PROTEGE

La de los Von Kiesling fue una de las familias pioneras, de esas que, de origen alemán, austriaco o suizo, levantaron típicas casas de reminiscencias bávaras, de madera bien mantenida y con pulcros jardines a su alrededor.

Enamorados del sector, para que los santiaguinos pudieran descubrir sus valores y bellezas, Hans von Kiesling y su esposa Elfriede Maurach Martinoff —dueños de Yerba Loca en 1971—, donaron esa gran propiedad con un propósito bien establecido: “El fundo deberá ser destinado al desarrollo del turismo popular, forestación y otros fines de carácter público”.⁴³

Era la misma misión que ellos se habían autoimpuesto por años, forestando sectores como Villa Paulina y Lomas del Viento, y también al construir un anfiteatro al aire libre donde cada año presentaban una obra teatral, casi siempre clásica. Muchos santiaguinos conocieron el sector gracias a esta tradición de los Von Kiesling.

⁴³ Yerba-loca.blogspot.com (23.01.20).

El predio fue declarado Santuario de la Naturaleza en 1973 y estuvo a cargo de [redacted] por varias décadas, hasta que la Municipalidad de Lo Barnechea consiguió recuperar su administración el año 2007 para cumplir el propósito inicial, de turismo y educación ambiental.

Enclave privilegiado y rodeado de altas cumbres, con glaciares colgantes de los cerros La Paloma y Altar, dotado de esteros que lo fecundan —Yerba Loca, La Leonera, Chorrillo del Plomo—, hacia el oriente ve elevarse la cumbre tutelar del valle de Santiago, el cerro El Plomo.

Menos conocido es Los Nogales —en el cajón del río Arrayán—, lugar que sorprende al internarse. Aunque comienza poco más allá de la cota mil, sube a la alta montaña hasta los 3500 msnm, entre cadenas de cerros que esconden pequeños valles con vegetación propia de formaciones muy diversas, incluyendo el bosque esclerófilo andino. Protegido desde el año 1973, tiene una amplia superficie de más de 11 mil hectáreas.



Villa Paulina en los años ochenta. Fotografía donada por Adolfo Dell' Orto P.
Archivo

La creciente cultura ecológica, y de naturaleza en general, se ha traducido en una mayor protección de la flora y la fauna precordilleranas y andinas. En una comuna montañesa, dotada de cerca de cien glaciares y numerosos cursos de agua, con flora y fauna nativas, y con protección ecológica sobre la cota mil, su potencial relacionado es de primera importancia para toda la Región Metropolitana.

MIRADORES CÓSMICOS

Además de sus entornos naturales de montaña y piedemonte, Lo Barnechea ha sido favorecida con la construcción de observatorios astronómicos, atributo no menor en un país que tiene un rol estratégico para el desarrollo de la astronomía mundial. Fue la pureza ambiental de la precordillera la que atrajo a científicos y aficionados, que ahora cuentan en esta comuna con un polo de observación protegido por los cerros, a salvo de la contaminación lumínica de la ciudad.

Por esas virtudes que caracterizan la condición del cielo local, de noches profundas y estrellas muy visibles, es que dos de los observatorios de la Región Metropolitana están precisamente en Lo Barnechea.

El de la Universidad Católica, con fines docentes para sus alumnos de astrofísica y abierto a visitas de colegios, está dotado de cinco telescopios poderosos que han realizado aportes científicos de primera importancia mundial, en línea con investigaciones situados en otras latitudes. Su ubicación, al interior de la amplia hacienda Santa Martina, obedece a que los anteriores, que estaban instalados en cerros de la ciudad, perdieron atributos por el crecimiento de Santiago.

El Observatorio Cerro Pochoco, por su parte, fue construido por amantes de esta disciplina, fundadores de la Asociación Chilena de Astronomía y Astronáutica () y encabezados por el ingeniero Gastón Nieto González, con el propósito de despertar el interés de más chilenos. Parte de una tendencia en aumento, gracias a una labor de décadas potenciando el astroturismo en el país, actividad ahora bien consolidada.

Tal como advierten los vecinos que se han inscrito en los cursos de divulgación que realizan estos amantes de la astronomía, la transparencia del cielo precordillerano entrega aquí una vista privilegiada de la bóveda celeste. Con tres cúpulas, una terraza de observación y varios telescopios de características distintas, su acceso se ubica en el Camino El Alto 18.390.



Observatorio Cerro Pochoco, perteneciente a la Asociación Chilena de Astronomía y Astronáutica (). Archivo .

LA CASONA DE SAN ENRIQUE, CENTRO CULTURAL

Distintos han sido los nombres que recibió, a lo largo de los siglos, la gran casa de la hacienda San José de la Sierra —luego de Las Condes—, ubicada en el costado sur de la explanada de San Enrique, la misma que Enrique Concha y Toro destinara a fundición de minerales.

Fue importante en la Colonia, cuando la hacienda controlaba el paso, y con el tiempo llegó a ser un notable patrimonio arquitectónico comunal con su largo corredor. Sin embargo, estuvo a punto de desaparecer.

Fue un vecino quien la rescató —Sergio Grau Torm, un habitante del cerro Pochoco—, al saber que una inmobiliaria levantaría ahí tres bloques de viviendas; de inmediato decidió asumir su compra, para darle algún destino que la salvara de la demolición. Él era otro de los llegados en los años sesenta en busca de un ambiente más cercano a la naturaleza.

Arquitecto de profesión, tenía claro el destacado lugar de esa casona en el sector. Sus mantos de tejas y sus blancos muros encalados estaban ahí desde siempre, en tanto su corredor de maderas nobles había visto el paso de varios siglos.



Casona San Enrique. Archivo

La noticia de su destrucción conmovió a todo el vecindario, pero el costo de la amplia propiedad no era bajo. Grau, como miembro de una familia de industriales de origen catalán, que había aportado su saber constructivo durante generaciones —Cementos Grau—, conocía el valor que aportan las obras sólidas, nacidas para perdurar, y logró llegar a un acuerdo para adquirirla.

Los vecinos, incluyendo los que iban a visitar la Virgen que tiene en su patio oriente, respiraron aliviados. La casona, luego de ser puesto administrativo de la hacienda de Las Condes, había sido Comisaría de Carabineros, hospicio de niños de escasos recursos, vivienda colectiva, cine de barrio, de todo; más allá de su icónica imagen visual, era una institución pionera de Lo Barnechea, un lugar cargado de historia.

El año 1980 inició su nueva etapa. Grau, antes incluso de pensar en esta casona, había soñado crear un centro de arte y cultura, con café y restaurante. Y ahí estaba ella, ideal para ese destino, algo que además faltaba en El Arrayán, en su propio territorio, por donde pasaba cada día. Fue el inicio del Centro Cultural Arrayán.

Con el apoyo de un anciano maestro en adobe —Víctor Zúñiga, formado en el sur tras el terremoto de Chillán—, vino la tarea de restaurar lo recuperable de la casa, el ala norte emblemática que mira a la plaza, y construir espacios adosados hacia el sur con un diseño coherente con la parte antigua. Esto fue obra del propio Grau y de otro arquitecto residente en el cerro Pochoco, Marcelo Díaz Biggs.

Desde el norte salitrero se trajeron las vigas de pino Oregón, endurecidas por el clima del desierto, para reemplazar las que se habían deteriorado. Por varios meses las obras avanzaron, hasta llegar a formar un centro cultural de cerca de 5 mil metros cuadrados, el que incluyó dos teatros; uno formal —con butacas compradas en un cine que cerraba—, y otro en una sala multiuso.

Hacia el poniente se dejó una gran plazoleta, espacio mayor que se inauguró con un concierto de piano al aire libre a cargo del maestro Roberto Bravo, a la hora de la puesta de sol. Un concurso de pintura, con cien nombres de artistas nacionales seleccionados por las curadoras Aura Barnechea y Georgia Wilson, fue el modo de presentar la extensa casona ya restaurada con sus ampliaciones, ocupando todos sus espacios con el centenar de obras; el tema —el humor— tuvo como ganadora a la artista Patricia Israel. Gran cantidad de público subió a El Arrayán a conocer el lugar, creado por los propios vecinos.

Luego de unos años, en que se presentaron exposiciones, recitales y obras de teatro dirigidas por varios de los principales directores de la época —Cristián Campos, Ramón Griffero, Bastián Bodenhöffer— la propiedad pasó a la empresa Santiago Leasing, momento en que la propia municipalidad se interesó en ella; los habitantes de Lo Barnechea iban en aumento y no había espacios edilicios donde funcionar. En 1994 se firmó el contrato de arrendamiento con opción de compra, con lo que el municipio, hasta entonces modestamente ubicado en Av. Lo Barnechea 1174, se instaló en la casona más tradicional de la comuna.

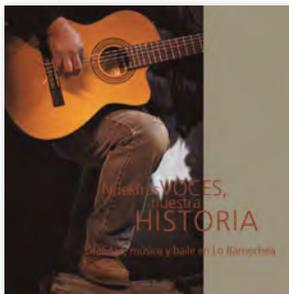
Su imagen, de impronta neocolonial, se complementó con otras dependencias en El Pueblito, las que transmitían el mismo espíritu neocolonial en la histórica Av. Lo Barnechea, entre las calles Cuatro Vientos y Robles: Registro Electoral, Registro Civil y Biblioteca Municipal.

El esquema, según afirmaron las autoridades del municipio, años después se hizo insuficiente y llevó a planificar la concentración de todos los servicios en un solo edificio, un centro cívico comunal en terreno propio y más amplio, construido entre los años 2015 y 2016 en la Av. El Rodeo, donde había un terreno disponible de más de 3 mil metros cuadrados.

POR EL ARTE, LA CULTURA Y LAS TRADICIONES

El mismo año en que se firmó el arriendo de la casona —en octubre de 1994 y en una sala de la misma—, se fundó la Corporación Cultural de Lo Barnechea, entidad sin fines de lucro creada para apoyar a la municipalidad en el ámbito del arte, la cultura y la educación. La personalidad jurídica la obtuvo al año siguiente.

Presidida por el alcalde de turno, se inició con la participación de socios vecinos como el propio arquitecto Grau Torm, que rescatara la casona. Varios eran residentes antiguos, muchos de ellos llegados en los años sesenta y setenta, entre los cuales eran mayoría los que tenían una relación cercana con el arte y la cultura, con interés en que la comuna tuviera actividades propias. Entre los fundadores firmantes están los arquitectos Horacio Schmidt Cortés y Carlos Alberto Urzúa; el empresario y filósofo Sebastián Burr Cerda; la escritora y periodista Malú Sierra Merino; los músicos Vicente Bianchi Alarcón y Sergio Sauvalle Echavarría; la gestora cultural Drina Rendic; el abogado e historiador Gonzalo Vial Correa; y el actor Jaime Vadell Amión.



Portadas de libros publicados por la Corporación Cultural de Lo Barnechea en relación al rescate patrimonial de la comuna.

Entre sus fines, establecidos en los estatutos, se indica que se dedicarán en especial a “aquellos que digan relación con la identidad y tradición cultural del país y de la comuna de Lo Barnechea, propendiendo al rescate y conservación de sus manifestaciones, y al estímulo y apoyo a sus cultores”.

La municipalidad, a través de esta corporación y con un equipo propio de funcionarios, ha podido impulsar y realizar numerosos proyectos orientados a rescatar la cultura local. En el área de las investigaciones que buscan poner en valor los atributos de la comuna, destaca la Ruta Patrimonial del año 2013, obra de Joanna Villegas y Marie Louise Pagola, la que caracteriza a El Pueblito de Lo Barnechea como “área de interés patrimonial” y, en categoría Unesco, “Paisaje Urbano Histórico”.

Entre su publicaciones destacan *Lo Barnechea: nuestras voces, nuestra historia*, de tradiciones orales (2012); *Allá arriba en la cordillera* (Ocho Libros Editores, 2011); *Cuentos de la Cordillera*, con textos de Floridor Pérez (Ocho Libros Editores, 2011) y *Lo Barnechea en imágenes*, creación de la propia Corporación Cultural de Lo Barnechea (2013).

DE COLEGIOS Y LICEOS

El crecimiento del sector, con más familias instaladas, impulsó el desarrollo y aumento de los establecimientos educacionales en la zona precordillerana.

Algunos están muy ligados a la propia historia de la comuna, como el liceo local de enseñanza media “Eduardo Cuevas Valdés”, con más de quinientos alumnos, el que llegó a ser designado entre los veinticinco referentes nacionales de educación pública con categoría de “Bicentenario”. De esos Liceos de Excelencia sería el único en tener un perfil técnico, con graduados formados en Administración, Mecánica Automotriz o Asistente de Enfermería.

Entre los establecimientos privados históricos destacan los colegios de la Fundación Educacional Barnechea, entidad creada por una vecina de El Pueblito, María Luisa Vial Cox, “La señora Lucha”.

A lo largo de varias décadas, desde que en 1977 abriera el Colegio La Dehesa de Niñas en calle Garrido, y en 1980 el San Rafael para niños en la Av. El Rodeo —los que años después se fusionarían con el nombre de Colegio San Rafael, para más de ochocientos niños—, su accionar ha sido motivo de reconocimientos, incluyendo la Cruz de Santiago otorgada a su fundadora.



Padre Alfredo Arteaga Barros, junto al primer curso de la Escuela Parroquial en 1959.
Archivo Wikipedia.

Ante la creciente valoración de la educación temprana, decidió crear también el jardín Infantil El Nido, para más de trescientos niños (2015), y luego el Faraleufú (2017), en favor de más de cien alumnos de escasos recursos.

En marzo del año 2019 falleció su impulsora. Su funeral, en una iglesia de Santa Rosa atestada de vecinos, Lo Barnechea despidió a una mujer que, experta en cultura griega y con formación en teología en la Universidad Católica, desde que llegara a la comuna en la oleada de los años sesenta, al observar que había muchos habitantes con niños instalados en las riberas del Mapocho de manera precaria —hijos de arrieros y mineros—, comenzó a considerar un aporte educativo para esas familias, formativo y como herramienta para romper el círculo de la pobreza.

Siempre tuvo el apoyo de su esposo, Gonzalo Vial Correa, abogado, historiador y periodista, académico de varias universidades, miembro de la Academia Chilena de la Historia, ministro de Educación y miembro de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Comisión Rettig) y de la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos. De sus propios ingresos aportaría recursos a la Fundación Educacional Barnechea.

Una iniciativa menos conocida es el internado de religiosas ortodoxas para niñas de escasos recursos, cuyo Colegio Ruso Árabe San Juan de Kronstadt en

El Arrayán, fundado en 1967 por la Madre Juliana, está administrado por un grupo de monjas de origen ruso.

Además del mencionado Colegio Parroquial Santa Rosa de Lo Barnechea, destaca el municipal Colegio Estados Americanos, el que nació el año 2010 de la fusión de dos anteriores y atiende a más de novecientos alumnos; científico-humanista, entrega educación completa hasta cuarto medio.

Una iniciativa relevante para la zona es que el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas del Ministerio de Educación, fundado en 1965 por el ministro Juan Gómez Millas, se haya instalado en lo alto de la calle Nido de Águilas de El Pueblito, beneficiando a los establecimientos del sector, con los cuales, naturalmente, mantuvo iniciativas de perfeccionamiento.

CALENDARIO DE LA CULTURA LOCAL

A la música popular tradicional, que registró Sergio Sauvalle y que cultivan numerosas agrupaciones folclóricas —como Bajo las Alas del Cóndor, El Huaso



Escuela Estados Americanos en el tradicional desfile de los colegios de la comuna, 1964. Fotografía donada por Eloísa de los Ángeles. Archivo .

Yo yo, Raíces de América, Los Huasos de Lo Barnechea y Los Barnecheítos—, se suman otras tradiciones —como las gastronómicas—, que se comparten en las muestras costumbristas desde el año 2007. En ellas, junto a recetas como el cordero al palo, el curanto en hoyo, las empanadas y el pan amasado, se difunden diversas tradiciones del país, no solo de la zona, puesto que lo local se integra con patrimonios de Colchagua, Maule y otras áreas culturales de Chile.

Por muchos años existió la Semana Barnecheína, una iniciativa de un grupo de jóvenes que, muy exitosa a partir de 1985, se realizaba en el anfiteatro de la Parroquia Santa Rosa al terminar el verano. Con artistas de renombre y competencias deportivas se celebró hasta el año 1999, interrupción que muchos lamentan. Era una festividad de buenos recuerdos, que comenzó a renacer en 2017, ahora a cargo de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos.

Tradición desaparecida es la del cine de pueblo, en lugares improvisados; hubo una época en la Casona de San Enrique, otra en el teatro al costado de la iglesia de Santa Rosa, también en espacio que ahora es estacionamiento del restaurante Las Delicias de El Arrayán, hasta que la construcción de los centros comerciales con sus multisalas los hizo desaparecer. Para los nostálgicos son inolvidables esas funciones, que tanto se agradecieron, porque permitían ver cine sin tener que bajar a la ciudad.



Club Juventud Católica en el cine del pueblo. Fotografía donada por Ana Matteo Rojas. Archivo



Navidad en Lo Barnechea, 1973. Fotografía donada por Sergio Fontanilla. Archivo

Los grupos de jóvenes siguen reuniéndose. De grupos folclóricos u orientados a la canción popular, algunos incorporan tendencias de los nuevos tiempos: “Su riqueza radica en la capacidad de actualizarse con el ejercicio de nuevas expresiones, incluso foráneas como el hip hop, movimiento contracultural de origen afroamericano que contempla varias manifestaciones. Entre ellas el rap y el free style (estilo improvisado de canto que se alimenta de elementos espontáneos narrados en rima), que han alcanzado gran auge entre la juventud barnecheína”.⁴⁴

⁴⁴ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2012). *Nuestras voces, nuestra historia*. Editores.

EL ESTADIO Y LA PISCINA

El Estadio es hijo del Deportivo Lo Barnechea. Se fue haciendo necesario por la popularidad de los equipos locales y hoy es parte del Parque de la Chilenidad, en el Cerro 18. Se construyó entre los años 2012 y 2015 y está reconocido por cumplir los estándares FIFA, con una capacidad de 2500 espectadores sentados —cuya ubicación sigue el perfil de una ladera del vecino cerro—, y cuenta con iluminación artificial apta para transmisiones deportivas. Ahí, el club profesional Athletic Club Barnechea comenzó, finalmente, a jugar de local.

Más allá del fútbol, cuenta con facilidades para el rugby y el fútbol americano. A sus talleres deportivos y cursos, que le dan movimiento toda la semana, asisten cerca de doscientos niños de todos los sectores de la comuna.

Además de la Piscina de El Arrayán, recientemente remodelada, un importante proyecto en desarrollo es el de la Piscina Municipal, parte de un complejo deportivo a cargo del arquitecto Gonzalo Mardones Viviani, el que estará ubicada en la calle Cuatro Vientos de El Pueblito —frente al Gimnasio que lleva años en el lugar—, la que, al ser temperada, tendrá un uso que se extenderá a todo el año.



Estadio Municipal. Archivo

HABITANTES DEL CERRO 18

El mundo campesino, el de El Pueblito y San Enrique, comenzó a ser presionado por el avance de la ciudad hacia el oriente, movimiento liderado por inmobiliarias que construían viviendas de costos altos y medios, poniendo en riesgo la permanencia de las familias originarias de menos recursos. El municipio tuvo que hacerse cargo para generar alternativas subsidiadas, para que los residentes antiguos pudieran permanecer en las tierras que habitaron sus antepasados y donde ellos mismos habían crecido.

Tal como se relata en el libro *Río para nacer, cerro para soñar*,⁴⁵ el que contó con mucha participación testimonial de vecinos, hubo una creciente instalación de poblaciones a partir de la década de los cuarenta —Quinchamalí, San Antonio y Puente Nuevo—, las que fueron erradicadas después del golpe de Estado de 1973, en gran medida hacia el Cerro 18. Es interesante esta publicación, porque registra los esfuerzos y logros de los propios pobladores, los que se organizaron para mejorar su hábitat ante la precariedad de las primeras villas construidas en el cerro.

En un proceso complejo, puesto que Lo Barnechea fue sindicada como la comuna con más campamentos de Chile; fue necesario mejorar los estándares de las primeras viviendas sociales que se entregaron.

La vinculación de las familias con el lugar era muy fuerte. De origen campesino la mayoría, a muchas les había bastado ocupar unos pocos metros junto al río para instalarse, incluso con gallineros y huertas de choclos y tomates. No eran pocos los que tenían trabajo ahí mismo, levantándose de madrugada, hombres y mujeres, a sacar del río bolones de distintos tamaños.

Era una vida independiente, libre, y no les gustaba que los calificaran de “gente de campamento”. Una antigua residente, Elba Troncoso, evocaría así ese tiempo: “Pasamos tanta cosa en el río oiga, tanta, tanta bonita, cosas amargas, llanto, lágrimas, de todo; de todo se pasó en el río”...⁴⁶

La necesidad de progresar, con electricidad y agua potable, hizo imposible ese modo de vida. Pero al río, a su rumor relajante en ciertos meses y a su rugido estruendoso en la fría época de los deshielos —como en 1968 que fue año de inundaciones que destruyeron muchas de sus viviendas ribereñas—, no lo olvidarían. No fue fácil irse al cerro...

⁴⁵ González, Jorge (y otros) (2011). *Río para nacer, cerro para soñar. Breve historia social de las poblaciones Quinchamalí, San Antonio, Puente Nuevo y las villas del Cerro 18*. Santiago: , Fondart/LOM.

⁴⁶ González, Jorge, op. cit.



Arriba: vistas del Cerro 18 en las décadas de los ochenta y noventa. Abajo: actual vista del poblamiento del Cerro 18 desde la Costanera Norte. Archivo .

Como en el inicio no hubo capacidad de gestión municipal para mejorar su radicación, el Cerro 18 quedó como símbolo de una época de infraestructuras muy insuficientes. Pasaron años largos antes de que, con la construcción del ascensor y la creación del Parque de la Chilenidad, comenzara a mejorar la calidad de vida del enclave.

El siglo veintiuno, finalmente, trajo logros ejemplares en vivienda social a cargo de algunas de las oficinas de arquitectura más destacadas del país, como las de Alejandro Aravena y Cristián Undurraga, permitiendo que los barnecheinos tradicionales, del mundo campesino y minero, permanecieran dentro de la comuna en condiciones más satisfactorias.

El sector Lomas II, también para familias que antes habitaban junto al río de manera precaria, en terrenos del Ministerio de Bienes Nacionales y con subsidios del , es uno de los mejores estándares de vivienda social en Chile. La Población La Ermita para trescientas familias que fueron instaladas cerca del río y con un parque de 1500 metros cuadrados, es uno de los enclaves que corresponde a esta nueva cultura habitacional.

El Cerro 18 es un lugar simbólico en el territorio precordillerano de Santiago, expresión de una época de soluciones habitacionales y contrastes dentro de una misma comuna. Por lo mismo, se tiende a olvidar que se trata de un escenario geográfico de alto interés, el que recién vino a ser utilizado como tal con el llamado Parque de la Chilenidad en su costado norponiente —el que incluye la cima— con un total de 25 hectáreas.

Dotado de paseos entre sus laderas y quebradas, peatonales o para ciclistas, con miradores y áreas de esparcimiento, es un aporte para los cientos de familias del Cerro 18 que, radicadas hace décadas, se instalaron cuando no había transporte público que facilitara el ascenso.

Una inundación del Mapocho ocurrida el año 1986, la que arrasó con poblaciones ribereñas, fue la que generó el traslado hacia el cerro en un proceso que culminó tres años después. Los ochocientos peldaños de subida se transformaron en un desafío duro y cotidiano para los residentes; tres décadas tardó en llegar el necesario ascensor, en 2016.

A causa del aislamiento surgió el mundo del pequeño comercio en las casas, en especial para quienes —de tercera edad o con discapacidades— no podían superar esa dificultad. En la cima, una cancha de fútbol fue siempre la atracción, con su vista de la ciudad a sus pies, que comenzaba a iluminarse en cada atardecer.

En agudo contraste, a pocos metros del sector nororiente se construyó un club privado de 190 hectáreas, Valle Escondido (año 2000), que corresponde al modelo inmobiliario de alto estándar propio de La Dehesa; ahí se encuentran, a pocos metros, las más diversas realidades, desde las precarias poblaciones de

vivienda social de los años ochenta, sin ningún espacio público, hasta el muy extenso Valle Escondido construido en torno a una cancha de golf con Club House, piscinas y canchas de tenis.

Por tratarse, las primeras, de familias modestas que pertenecen a la zona por varias generaciones, son portadoras de las tradiciones campesinas y hay en ellas muchos arrieros y cuasimodistas. Son los mismos que celebran ahí el 18 de Septiembre, junto al Club de Rodeo que ya cuenta con su sólida Medialuna donde llegan unas 25 mil personas durante el mes patrio; y son los mismos que corren Cuasimodo desde la parroquia Santa Rosa de Lo Barnechea, actividad que culmina con una misa en la Medialuna misma.

En una ciudad muy segregada, de comunas de atributos diferenciados, esta diversidad tan cercana constituye un bien escaso, un desafío interesante en términos urbanos.

Eco de los antiguos campamentos ribereños como lugar de habitación de muchas familias por siglos, es el parque lineal, construido en la ribera norte con acceso por la Av. Raúl Labbé junto al puente que lleva a la Plaza San Enrique.

Inaugurado el año 2002, con tres hectáreas donde se despliegan distintas variedades de rosas —donación de la ciudad tejana de Tyler, famosa por sus plantaciones de flores—, cuenta con aviario, escaños y áreas de picnic, junto a una granja educativa donde habitan ovejas, conejos, palomas, gallinas, terneros y pavos, entre otros. Dotado de carrusel y espacio para los aficionados al skate board, desde su inicio se transformó en un área verde popular, con su perfil de parque municipal de diversiones.

RODEOS EN MEDIALUNAS Y FIESTAS PATRIAS

Tradición de siglos, los rodeos —como festivas faenas de las haciendas— fueron dando origen a instalaciones propias de un espectáculo, todo a cargo de un grupo de aficionados que impulsaron sucesivas medialunas.

De 1965 la primera, dentro de El Pueblito, tuvo otras ubicaciones temporales hasta que en 1982 se radicó, también, en el emblemático Cerro 18. Sus nombres quedaron en el recuerdo, la Medialuna de El Toyo que era de piedra, la de El Manzanito de madera...

Reorganizado el club en 1986, creció su importancia hasta superar los cuatrocientos socios; impulso que permitió avances como la actual medialuna para mil asistentes, que se entechó para al Bicentenario. Nació así un espacio de calidad,



Rodeo a los pies del Cerro 18. Fotografía donada por Daniela Órdenes.
Archivo

que además de reemplazar a la anterior cuenta con pesebreras del Club de Rodeo Federado y del Club de Huasos Laborales.

Para las actividades municipales de Fiestas Patrias, luego de la tradicional Misa criolla en medio de El Pueblito —esquina Cuatro Vientos—, cada año son unos 2500 barnecheinos los que se congregan en un desfile integrado por clubes de huasos, los clubes de adultos mayores, bomberos de la 19ª Compañía, agrupaciones folclóricas y colegios de la comuna, los que finalmente se desplazan hacia las fondas y ramadas en los alrededores del Estadio Municipal y de la Medialuna, donde cuequeros, juegos y concursos atraen a niños y adultos.

La Plaza San Enrique, el Centro de las Tradiciones de Lo Barnechea en El Pueblito, y la Plaza Dura Monseñor Escrivá de Balaguer con Emaús, permiten que haya actividades a todo el ancho de la comuna, en su zona más tradicional e histórica.



Centro Lector Julio Barrenechea. Archivo

CENTRO LECTOR JULIO BARRENECHEA

La Biblioteca Municipal es un punto de encuentro donde confluyen los estudiantes de escuelas públicas, liceos municipales y colegios privados, los que comparten los mismos computadores, libreros y mesones.

Con una misión de centro cultural, más allá de los préstamos de libros —de cerca de 40 mil títulos a disposición—, también es un espacio de conferencias y exposiciones. Un anfiteatro al aire libre le permite ampliar y diversificar sus actividades —lo teatral incluido—, al igual que un Bibliobús que recorre la comuna, incluyendo Farellones. Por sus programas de actividades, es considerada una de las mejores bibliotecas públicas del país.

Inaugurado el lugar en 1996, al año siguiente el municipio decidió asignarle nombre y apellido a la biblioteca, ya transformada “Centro Lector”. Considerando que un bisnieto del fundador, Julio Barrenechea, había sido un poeta laureado, se acordó bautizarla en su memoria.

Escritor de una sólida y precoz trayectoria —Premio Municipal a los veintiséis años de edad y Premio Nacional de Literatura a los cincuenta—, como miembro de número de la Academia de la Lengua y presidente de la Alianza de Escritores de Chile, había sido un animador de la vida cultural chilena durante cuatro décadas, entre los años treinta y los sesenta. También diplomático, estuvo largos periodos fuera del país, primero como embajador en Colombia y luego en la India.

Temprano aparece la geografía chilena en sus poemas. Muy joven publica *Rumor de mundo* (Nascimento, 1942): “Oigo el rumor constante de las formas

buscándose./ A los ríos que labran y acomodan sus lechos./ Al simple ají sacando por el verde su dedo./ A la simple manzana redondeando su seno. // Escucho al ventisquero cuando suelta sus témpanos,/ y los lanza como hijos por los lagos de hielo./ Oigo rumor de pájaros y silencio de bosques/ y selvas que jadean con sus bestias en celo”...

“Chilenísimo” calificó Gabriela Mistral a ese libro juvenil, al dedicarle uno de sus célebres Recados.⁴⁷ La Mistral le celebra, en especial, su poema a la centolla: “Te he visto levantar por mano pobre/ sobre el nivel austral, lejano y frío/, como una helada lámpara de cobre/ o una antorcha de fuego sometido”...

El poeta había sido visitante asiduo, justamente, de esa esquina en El Pueblito desde los años treinta, en animada tertulia de artistas e intelectuales de la época, la de la Av. Lo Barnechea con Cuatro Vientos donde se instaló la biblioteca, hoy “Centro Lector Julio Barnechea”.

En la ceremonia inaugural se instaló un retrato del poeta en la oficina de la dirección y, en la fachada, una placa conmemorativa:

LUGAR DE TRADICIONES

En plena Av. Lo Barnechea, que es el eje central de El Pueblito, en otra esquina con Cuatro Vientos, el Centro de las Tradiciones se ha ganado un espacio en la identidad de la comuna, con sus talleres y exposiciones. Y es que ese tejido de costumbres como Cuasimodo, rodeos, agrupaciones folclóricas, canto popular

⁴⁷ Mistral, Gabriela (1957). *Recados. Contando a Chile*. Santiago: Editorial del Pacífico.

y oficios con historia, refuerzan el perfil de Lo Barnechea como una comuna que es foco de cultura vernacular y, por lo tanto, merecedora de un espacio de cultivos y un equipo humano dedicados a conservar su vigencia.

Como espacio cultural, el Centro de las Tradiciones también alberga a la Orquesta Juvenil y a la Banda Escolar, las que suman cerca de cien participantes que se reúnen en sus instalaciones. Unas 250 personas, entre jóvenes y adultos, visitan el lugar cada día.

Varios de los talleres que se imparten en el lugar, como los de orfebrería, panadería, tallado en madera y cerámica gres, tienen una función de utilidad pública para quienes se interesan en adquirir un conocimiento que ofrezca una posibilidad laboral. Tal como surgió en apoyo a la gran minería, El Pueblito se renueva prestando servicios en un contexto más urbano, pero conservando sus fachadas y ambientes característicos desde su origen en 1862.

Por lo demás, varios de los antiguos oficios lugareños aún tienen exponentes, comenzando por el popular rodeo, que requiere destreza en el caballo y con el lazo; pero, hay otros que están en extinción con escasos registros. En algún grado de riesgo está, justamente, el de lacero, un arte que implica saber limpiar y pelar cuero con una pala, mojarlo y pasarlo por lejía, para después sacar rode-las en espiral mediante la ancestral técnica que dio vida al lazo.

Hasta nuestros días ha llegado la tradición de los talajeros —como los de Villa Paulina, dedicados a la crianza de animales—, y también de los amansadores y adiestradores de caballos, todos grandes protagonistas de los rodeos de Lo Barnechea, con sus oficios que permiten mantener vivas las tradiciones del calendario.

Otros tienen más cultores, como el de los picapedreros, de hombres que conocen cada cantera de la zona y saben sacar bloques o lajas sin que se desarme la piedra, técnica que requiere ojos experimentados y manos hábiles para seguir sus hebras o vetas. Son orgullosos de su trabajo, heredero de siglos de conocimiento, el que incluso dio origen a caminos que se trazaron con gran esfuerzo para llegar, justamente, hasta las canteras.

La distancia a la ciudad favoreció la autonomía de El Pueblito; ella implicó que tuviera que haber en el lugar, entre otros oficios, carpinteros y soldados, los que permitirían, a lo largo del río y cerca de la parroquia, la oferta de muebles, fuentes y faroles que, desde los años setenta, muchos barnecheinos incorporaron en sus casas.

Como indica la *Ruta Patrimonial de Lo Barnechea*, su historia y tradiciones dieron origen a un mapa de hitos, desde la iglesia de Santa Rosa a la Medialuna y a la Av. Lo Barnechea, del Club Social y el Deportivo Lo Barnechea al Doña

Tina y Las Delicias, con la Plaza San Enrique más el Mirador y la zona de paseo, la ribera norte con su Parque Las Rosas, el Cerro 18 y el Parque de la Chilenidad, el estero de El Arrayán y el Camino El Cajón, El Alto y Los Refugio; todo lo cual conforma una trama esencial para los barnecheínos.



Centro de Las Tradiciones. Fotografías de Nico Saieh.

LA CIUDAD SE ACERCA A LA MONTAÑA

El protagonismo del valle de La Dehesa, tanto en la Conquista como a lo largo de la Colonia, le da una densidad histórica que no es visible ni aparente. Se esconde y yace oculta detrás y debajo del desarrollo arquitectónico y urbano de las últimas décadas, periodo reciente —a partir de los años ochenta—, durante el cual el sector adquiere los atributos de una ciudad contemporánea. La Dehesa es hoy un enclave distintivo a nivel nacional.

En términos de imágenes destacan los lenguajes de los arquitectos, muy actuales, a partir de una matriz que deriva de la ciudad jardín inglesa que, con los años, se transformó en la verde identidad de los suburbios de Estados Unidos, donde las casas aisladas y los bloques de bajas alturas están íntegramente rodeados de jardines y, en buena parte, se recorren por medio de avenidas parque que los atraviesan con derivaciones a calles curvas y, muchas veces, sin salida, a silenciosos remansos urbanos.

Con su vocación tan urbana, fue La Dehesa la que selló el pacto de unión entre Lo Barnechea y Santiago, transformando al sector en una parte de la capital, su borde más oriental y andino.

La Dehesa, luego de siglos como territorio independiente, con una vocación tan original —ser el valle de los caballos—, hoy es un área esencial de la capital chilena, uno de sus vecindarios más característicos y acomodados. El lugar se consolidó cuando el siglo veinte se acercaba a sus décadas finales, muy rápido, como surgido de la nada.

De alguna manera, su destino actual se pudo haber adivinado. En esta comuna, llamada justamente “la de los cien cerros”, es La Dehesa su parte más llana. Su destino era ser poblada algún día, al estar tan cerca de Santiago, aunque, por falta de caminos, lo que la mantuvo aislada y segura, logró permanecer separada por varios siglos, intacto su origen rural.

UN VALLE INDEPENDIENTE

La geografía le da forma a la historia. La parte alta de la comuna, en la cordillera de los Andes, tuvo su destino propio, entre arrieros, mineros y montañistas; la cuenca del río Mapocho, donde nace el principal protagonista fluvial de la ciudad, tuvo otro diferente, con enclaves ribereños como El Pueblito, El Arrayán y



La Dehesa en invierno, 1980. Vista desde Av. José Alcalde Délano hacia el oriente.
Fotografía de Fernando de la Cruz Cristi. Archivo Entterreno.

San Enrique; luego, el cordón montañoso que forman los cerros Manquehue, El Peñón y Los Maitenes y se introduce al Valle Central, también tuvo su historia propia, ligada a la ciudad misma; por último, este valle de La Dehesa, el que permaneció más tiempo separado, independiente.

Como veremos, a pesar de sus identidades tan específicas, estos cuatro espacios nunca dejaron de relacionarse entre sí, divididos pero también unidos por los cordones de cerros y los cursos fluviales, en una trama o matriz de geográfica coherencia.

Como todo valle, La Dehesa tiene un curso de agua que le dio forma a su cuenca, al deslizarse pendiente abajo siguiendo más o menos la misma ruta por miles de años hasta que abrió un cauce; en este caso, gracias a las aguas del estero Las Hualtatas.

La escasa profundidad de la cuenca permitió que se consolidara una planicie muy llana y de generosas dimensiones, cerca de 3600 hectáreas. Si el Mapocho la encierra por el sur, también en las otras direcciones se encuentra protegida por un cerco de cerros: “Alvarado, Manquehue, El Guindo, Las Águilas, La Bandera, Loma Larga, Loma Los Organillos, Cerro Alto Galindo y Alto el Durazno”.⁴⁸

⁴⁸ Plan de Desarrollo Comunal de Lo Barnechea, 2009.



Vista de Santiago desde el cerro Pochoco en los años cuarenta. A la derecha sobresale la cima del cerro Manquehue, y más al centro la del cerro Alvarado. Fotografía del Archivo Monasterio Benedictino. Archivo Enterreno.

La altitud del valle oscila entre los 800 y los 1000 msnm. No parece mucho, pero es una cifra significativa si uno la compara con la cumbre del cerro San Cristóbal que, de manera similar, llega a los 880 msnm. Es una planicie de pendiente suave, donde destacan solo dos elevaciones, el cerro del Medio y el cerro El Zorro, ambos de una altura cercana a los 1000 metros.

Hoy, aunque a ojos de cualquier otro santiaguino hay una gran unidad en este valle, sus habitantes distinguen varios sectores en él, en especial entre La Dehesa Antigua, La Dehesa, Los Trapenses y El Huinganal, los que marcan distintos momentos de su urbanización.

EL LUGAR DE LOS CABALLOS

Como decíamos, se trata de una planicie rodeada de cerros salvo por el sur, donde está el Mapocho, un torrente andino de caudal muy superior a la llegada de los españoles. Es lo que observó y valoró Pedro de Valdivia, el fundador de Santiago, al determinar que ahí podría instalarse La Dehesa del Rey, el valle de los caballos, los preciados animales que aquí quedarían naturalmente protegidos, habitando una planicie llana y fértil, muy aislada por los cerros y el río, donde era segura su alimentación.

Pronto se reprodujeron los equinos y para 1545 ya había 150 yeguas para la crianza, un capital valioso —tenían más valor económico que un soldado o un esclavo—, que se comenzó a proteger marcando a cada animal a fuego, con una señal distintiva. Esto era indispensable por cuanto un vecino podía llevar un animal a esta propiedad común y luego necesitar identificarlo al momento de recogerlo, todo lo cual impulsó la temprana práctica de rodeos. Brutal era el castigo para el indígena que llegara a flechar un caballo; el corte de una mano.

Antonio Martínez de Matta, el hombre que más había hecho para desarrollar la minería a fines de la Colonia, también apreció el lugar. Como eran buenas esas tierras y podrían regarse bien, en 1781 trazó el plano del “*Curso y dirección Aguas del Mapocho y acequias de La Dehesa y Apoquindo*”.

Era una propiedad de todos aunque, por la escasez de recursos de la Capitanía General de Chile, terminó en manos de la autoridad que los representaba, el Cabildo de Santiago.

En su vocación de “servicio público”, a la hora de construir la iglesia de San Francisco —hoy la construcción más antigua de la capital—, se recurrió a los árboles de esta zona: “La techumbre fue hecha con excelentes maderas traídas de los bosques de La Dehesa, las cuales, según los análisis efectuados, corresponden a ciprés de la cordillera y roble”...⁴⁹ Esa obra, de hábiles artesanos y gran calidad, ha cumplido bien su misión de amarre de muros, puesto que ha sobrevivido a todos los sismos acaecidos desde entonces en la capital.

No fue solamente ese templo el beneficiado; como bien dice Benjamín Vicuña Mackenna en su historia de Santiago, “el primer bosque de que se echó mano para edificar Santiago, fue el de La Dehesa, donde existían árboles seculares muy corpulentos y especialmente canelos, que crecían en el río y se empleaban exclusivamente para vigas”...⁵⁰

Este género de propiedad pública fue muy útil para las ciudades desde la época del Imperio romano, porque así se aseguraban las necesidades más básicas de una comunidad. Como dice Carlos José Larraín, refiriéndose a Pedro de Valdivia, “el ilustre caudillo buscó en su vecindad las mejores tierras de pastoreo, a fin de que sirviesen de bien común a los pobladores de la incipiente ciudad”.⁵¹

Larraín, pionero entre los historiadores locales, no ahorra adjetivos para describir lo que contemplaron los españoles: “...un hermoso paraje situado hacia la

⁴⁹ Jorquera Silva, Natalia (2018). *Iglesia de San Francisco. Arquitectura, construcción y comportamiento sísmico desde 1618*. Santiago: Editorial Sa Cabana.

⁵⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín (1924). *Historia crítica y social de Santiago*. Santiago: Nascimento.

⁵¹ Larraín, Carlos J. (1952). *Las Condes*. Santiago: Nascimento.

cordillera nevada, en dirección noreste del Huelén, a espaldas del Manquehue, que le serviría de atalaya. Era ese valle de una fertilidad asombrosa, y el monte que lo rodeaba y defendía de los vientos glaciales de la cordillera, procurándole un clima privilegiado, era al parecer inagotable y de una variedad asombrosa”.⁵²

La Dehesa, entonces, nació como un bien común de Santiago, una hacienda que el Cabildo administraría durante la Colonia en beneficio de la ciudad, aportando, como veremos, variados productos y servicios. Aunque la hacienda medía cerca de 10 mil hectáreas —si se incluyen las zonas de lomas suaves cultivables—, su corazón era el llano plano.

LA DEFENSA DEL CABALLO

La Dehesa fue el valle de los caballos porque este fue su origen, proteger estos animales que tuvieron tan destacada participación durante la Conquista de América. Muchos de los primeros santiaguinos no tenían tierras donde tenerlos, por lo que dependerían de él. Como apunta González de Nájera en su crónica, “hay junto a aquella ciudad un fértil y espacioso valle de hasta legua y media de largo y un cuarto de ancho, que se cierra con puerta y llave. Los que en él depositan sus caballos, los tienen seguros de invierno y verano, y los sacan gordos y lozanos; comodidad harto importante y particular”.⁵³

El noble animal, que los habitantes de las lejanas e inmensas estepas de Kazajistán (Asia Central) lograron domesticar en tiempos pretéritos, compañero inseparable del ser humano en su deambular por el planeta, dio a los conquistadores una ventaja enorme al llegar a América; montados, se desplazaban con velocidad por largas distancias y, además, en la guerra de las imágenes desde lo alto de sus monturas parecían seres superiores.

Fue el propio Pedro de Valdivia el que se ocupó del lugar donde instalarlos y darles buenas condiciones para su reproducción, porque de Cuzco salió con una buena cantidad, de 75 a más de cien según diferentes cronistas, aunque algunos sucumbieron a la dureza del viaje, entre la nieve y el desierto. Una vez aquí, varios pudieron reponerse; eran un buen capital.

Dehesa es palabra que viene del latín *defesa*, en español defensa, aludiendo

⁵² Larraín, op. cit.

⁵³ González de Nájera, Alonso (1970). *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago: Universitaria.

a un lugar protegido, normalmente encerrado por vallas. En su origen se refería a bosques —como fue el caso aquí—, donde se extraía madera y se llevaba a pastar animales. Acá en La Dehesa, eso sí, había un peligro que igual penetraba en su interior; el puma, león de montaña nativo de América, un carnívoro que podía caer sobre cualquier equino joven o débil.

Valdivia, amante de los caballos —entrañable fue su relación con el que lo acompañó por medio continente, Sultán—, tuvo un caballerizo que hizo historia. Lautaro se llamaba el niño que, capturado a los once años de edad, creció junto a los caballos y, luego de conocerlos y verlos accionar en situaciones de guerra, huyó para reunirse con los suyos, montado en un animal veloz. El mundo mapuche, desde temprano, pronto lo incorporó a su forma de vida.

El gobernador García Hurtado de Mendoza, quien llega al país en 1556, trajo 42 reproductores propios para mejorar la raza, hecho esencial en la historia del caballo en Chile; en un país poblado de cerros, un animal no muy alto de alzada, pero fuerte por la áspera topografía resultante, derivó en la creación de una raza propia, chilena, muy presente en los imaginarios de la cultura nacional.

Rodeos, trillas a yegua suelta, fiestas de Cuasimodo, haciendas, no tienen límite los eventos que, en el país y, en lugares como Lo Barnechea, tuvieron al caballo de protagonista.



Los paseos a caballo guiados por arrieros barnecheínos son una tradición que aún se mantiene. Archivo

LA BLANCA CAL Y LA BLANCA NIEVE

La extracción de caliza y el traslado, su calcinación para obtener cal viva —de uso intenso en la construcción durante la Colonia—, fueron parte de una gran tradición puesto que se trata de un material típico de esos siglos. Tanto, que está unido, en nuestra propia historia a la que es considerada la mejor obra pública levantada en el Chile colonial, el Puente de Calicanto. Como su nombre lo indica, se fabricó de cal y piedras —o cantos—, unidos por arena y miles de huevos que actuaron de conglomerante.

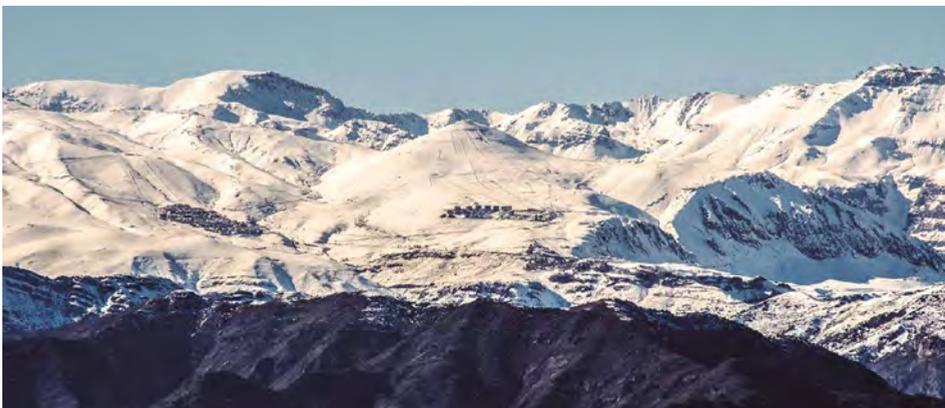
Las canteras de caliza proveían de esta materia prima que, una vez tratada, logra una belleza útil que la integró a los muros de la mayoría de los pueblos antiguos, de Grecia hasta los mayas. Como es elemento natural, uno de sus atributos es que respira y así mantiene los espacios interiores regulados, favoreciendo su habitabilidad. Su blancura, por otra parte, impide que la radiación solar caliente la masa del muro, lo que colabora a la calidad ambiental de los lugares. También es una sustancia purificadora, y es por eso que los árboles se encalaban hasta cierta altura, para protegerlos de los insectos. Hasta en el agua se usaba, para asegurar su calidad y mantenerla libre de agentes contaminantes.

Su hermosa imagen está unida a los pueblos de las islas griegas, a los blancos caseríos de Andalucía en el sur de España y a toda la América Latina, desde las misiones de California hasta el Valle Central de Chile.

Estas calizas fueron muy importantes para la economía del Cabildo chileno, cuya pobreza fue tanta que, varios años después de fundado, a un sujeto se le multó en bancos de madera, para que los miembros de este cuerpo tuvieran, finalmente, algo donde sentarse.

Carlos J. Larraín, en su estudio de La Dehesa, detalla las varias veces en que el Cabildo debió arrendar la hacienda para asegurarse algunos ingresos estables. Cita, por ejemplo, los Libros de Remates y Fianzas del Cabildo, en los que con fecha 14 de enero de 1760 aparece el remate de ella al capitán Juan José Bastidas por el plazo de tres años, lo que incluía el deber de tener “aprontados los hornos de cal para dar a la ciudad la que necesitaba para la nueva construcción del nuevo puente”, en referencia a las obras que estaban por iniciarse para levantar el célebre Calicanto.

En un remate posterior, de 1786, se acuerda la obligación de entregar cal blanca a 10 reales la fanega, necesaria para construir la Cárcel y el Cabildo, obras que se levantaron en el solar que hoy ocupa la Municipalidad de Santiago. Interesante es que se incluye el deber de procurar el tropel de mulas para su



Cordillera de los Andes, la presencia más constante en el paisaje barnecheino.
Fotografía de Matías Castillo.

traslado, indicio del rol que también cumplirá La Dehesa en la época del desarrollo minero, cuando eran estos equinos el principal medio de carga.

El Cabildo, al arrendar La Dehesa, establecía también la obligación de mantener al menos cien caballos y cien bueyes de su propiedad. Con el paso de los años los beneficiados en arrendarla comprometían diversos servicios para conseguir el contrato, como ofrecer cien caballos para el servicio de Correos y la conducción de presos, o para mantener algunos a las puertas de la ciudad siempre ensillados y dispuestos para lo que fuera necesario.

Como vemos, entre los árboles y la cal para las principales construcciones, sumados a los caballos y mulas que requería el Cabildo para sus fines, La Dehesa estuvo, desde su origen, muy unida al devenir de Santiago.

Otro aporte importante era la nieve, en siglos cuando no existían aún las fábricas de hielo. Quien arrendaba también obtenía su monopolio, aunque con un pago aparte, anual. Tal era la valoración de ella, que era su deber entregar, sin costo, un real de nieve al día para los miembros de la Real Audiencia y del propio Cabildo: “Las crónicas coloniales nos relatan que en esos tiempos idílicos, la nieve se traía de la cordillera en unos capachos especiales que se transportaban a lomo de mula y que el depósito donde se expendía al vecindario estaba situado en lo que es hoy calle 21 de Mayo, que por este motivo se llamó hasta el Combate de Iquique, calle de la Nevería”.⁵⁴

A esta llegaban los santiaguinos en los días ardientes del verano, para consumir bebidas refrescantes, sabiendo que venían de las mismas nieves que descendían por los cerros de la cordillera para el bien de la ciudad y sus habitantes.

⁵⁴ Larraín, C., *ibíd.*

ARRENDATARIOS DE LA DEHESA

El más notorio arrendatario fue Antonio de Hermida, personaje de gran mansión en la Alameda cerca de la Calle del Rey (Estado), heredero de la chacra Lo Contador y de la muy valiosa de Lo Hermida (Peñalolén), en parte adquiridas con recursos de su rica esposa Mercedes Contador, la que entabló demanda de divorcio por ser él “dilapidador, disipado, droguero, fallido...”, y porque vivía en adulterio con una “Madama”. Hermida se declaró en quiebra en 1788, en 1793, en 1813, en 1824... Si su padre, español, fue íntimo amigo de Ambrosio O’Higgins, él lo fue de José de San Martín, a quien tuvo de huésped durante una temporada en Lo Contador; el consumo de opio del general, por una úlcera, pudo haber sido el origen de la acusación de “droguero”.

También fue conflictivo su actuar en La Dehesa. Impetuoso, llegó anunciando que él se encargaría de defender La Dehesa de sus vecinos, los que, decía, le restaban potreros “con pérdida de mucho terreno”. Culpaba, en especial, al conde de Sierra Bella y a los dueños de la hacienda de Chicureo. Por último, en la Patria Vieja se le ordenó sacar a los inquilinos y cabalgares que él había instalado en La Dehesa por su cuenta.

Tras los años difíciles de la organización de la República, el orden retornó a la hacienda en 1837, cuando se subastó por nueve años con su monopolio de La Nevería. El arrendatario debía aportar nieve para los enfermos y trescientas varas de piedra labrada, para que el municipio pudiera enlosar las veredas de la ciudad. Nuevamente, La Dehesa resultaba estratégica para las obras que se construían en Santiago.

Entre las condiciones del arriendo, debía instalar una escuela para los hijos de los campesinos del valle, la que se ubicó —en 1837—, en el lugar que hoy ocupa el condominio Las Pataguas, la que casi llegó a cumplir un siglo, puesto que se cerró en 1940, al comenzar a densificarse el sector y perder su condición rural.⁵⁵

El titular de entonces, Juan Domingo Dávila Silva, puede ser considerado un nuevo fundador de La Dehesa, ya que, al edificar una escuela pública, una casa habitación y un oratorio, junto con cerrar la hacienda con pircas y tapias, dio las primeras señales claras de un orden del territorio del valle. Le sucedió su hermano Francisco, arrendatario por otros nueve años.

Es interesante observar, en el contrato de 1857 con Manuel Francisco Gana, que por primera vez se establece una medida ambientalista, la prohibición de

⁵⁵ Sauvalle (1994), op. cit.



Campeños de
Lo Barnechea. Arriba:
fotografía donada por
Enrique Saavedra. Abajo:
fotografía donada por
Gonzalo Pavez.
Archivo



calar los árboles de las quebradas y las vertientes para así conservar mejor el agua. En ese acuerdo y en los siguientes continúan las referencias a la obligación de entregar piedras labradas y, en cuanto a la nieve, se precisa el nombre de las instituciones a las se debía abastecer diariamente con 5 a 15 kilos; Hospital San Borja, Hospital San Juan de Dios, Hospicio, Monjas Capuchinas, Casa de Orates, Buen Pastor, Hijos de María y Hermanas de la Providencia.

En 1865 regresó Juan Domingo Dávila Silva, el constructor de las primeras obras, y en 1871 le siguieron Vicente y Juan Domingo Dávila Larraín, hijos suyos. A continuación, en 1877, al separar el arriendo de La Dehesa del monopolio de la nieve, el valle perdió su principal negocio, por lo que el municipio decidió vender la hacienda luego de enconados debates entre sus miembros. Decidida la operación, luego de 336 años, el 23 de octubre de 1877 pasó a ser propiedad privada de un miembro de la misma familia que la había estado trabajando, favorablemente, las décadas anteriores: Vicente Dávila Larraín.

LA PIONERA FAMILIA DÁVILA

Esta familia, Dávila Silva y Dávila Larraín, que va a resultar decisiva para La Dehesa, había sido dueña de tierras en La Chimba, de donde se originan el nombre de una calle y una clínica. Gravitante en la historia de la ciudad, Miguel Dávila Silva, aval de su hermano Francisco cuando este arrendó la hacienda, ayudó a levantar el Hospital de Mujeres y la Casa de Orates, el Hospital de San Vicente y la Casa de Maternidad, así como la Casa de Huérfanos en Providencia; fue un gran servidor público desde su condición de miembro del Cabildo, por lo que pudo conocer las necesidades de la ciudad e incluso aportar para ello recursos de su fortuna, lo que hizo con generosidad.

Su hermano Juan Domingo, miembro del Congreso Nacional, es el arrendatario de La Dehesa que aportó, como viéramos, las primeras construcciones; Benjamín, en la generación de los Dávila Larraín, también fue un ejemplo de servidor público, como bombero de toda su vida en la Quinta Compañía, profesor en las escuelas nocturnas gratuitas Benjamín Franklin, y Sociedad Unión de Artesanos, y presidente de la Liga Protectora de Estudiantes Pobres. Es su hermano Vicente el que, como arrendatario de La Dehesa, resultó ser el más relevante y beneficioso en la historia de la hacienda.



Carretas junto al río Mapocho. Archivo

Vicente Dávila Larraín también fue un bombero que hizo historia, al punto de llegar a su principal cargo nacional, el de Superintendente. Ejecutivo y generoso, brillante en sus dotes intelectuales, apenas tenía veintitrés años cuando, interesado en un desarrollo nacional más moderno, dirigió la Exposición de Agricultura e Industria; dos años después creó la Escuela Agrícola de Santiago para la formación técnica de hijos de campesinos.

Su labor nacional más destacada la ejerció como intendente general del Ejército y la Armada, cuando debió organizar el aprovisionamiento de las fuerzas chilenas en la Guerra del Pacífico —20 mil hombres, a miles de kilómetros en la última etapa—, a través de desiertos y cordilleras, lo que hizo con una eficiencia que le valió un prestigio que lo acompañó por el resto de su vida.

Fue natural, entonces, que después se le solicitara asumir la agencia del guano cuando este mercado mundial ya comenzaba a desaparecer, con graves perjuicios para el país. En 1888 asumió el Ministerio de Industria y Obras Públicas durante el gobierno de José Manuel Balmaceda, histórica época de apogeo de las grandes construcciones del Estado en Chile.

Es una notable coincidencia, tratándose de La Dehesa —el valle de los caballos—, que él haya sido el presidente de la Sociedad de Fomento de Razas Caballares, para promover su desarrollo en Chile con reproductores de pura raza.

Cuando compró la hacienda los límites eran los mismos de siempre; el Mapocho por el sur, la hacienda Las Condes por el oriente, el Manquehue y Chicureo por el poniente. Su hermano Juan Domingo fue su fiador y codeudor solidario.

Su muerte dejó a su viuda de propietaria, Carmela Ossa Ossa. Ella, con fortuna personal derivada de su abuelo minero Francisco Ignacio Ossa Mercado, era mujer emprendedora; fue ella quien sembró la idea de crear un vivero de peces en la hacienda —Piscicultura—, para lo que donó cinco cuadras al Fisco, el que no cumplió con su compromiso de construirla. Sin embargo, como indica Carlos J. Larraín, fue con cargo a sus aportes que el Fisco pudo iniciar el desarrollo formal del valle, de manera decisiva: “Hizo ciertas instalaciones, plantó algunos árboles, costeó en parte el puente sobre el río Mapocho y el camino hacia la entrada de la Dehesa”.⁵⁶

Los herederos Dávila Ossa compraron tierras que, siendo originales de la hacienda, años antes habían pasado a formar parte del fundo Lo Barnechea; con ello, la propiedad recuperó buena parte de su fisonomía original.

⁵⁶ Larraín, C., *ibíd.*

DE LOS DÁVILA A LOS LABBÉ

El segundo matrimonio histórico en La Dehesa, es el formado por Florindo Labbé Vivanco —quien heredó la hacienda comenzando el siglo veinte— y su esposa Rosa Balharry Núñez de la Vega, con la que formó una familia extensa con sus siete hijos.

El primero en llegar fue otro hermano; Benjamín Labbé Vivanco compró la hacienda a la viuda de Dávila el año 1907. Su temprana muerte, a solo tres años de adquirirla y siendo soltero, significó que la propiedad se traspasara como una unidad a su hermano Florindo, quien, con su esposa Rosa Balharry, dejaría una huella profunda en el valle. Incluía tanto La Dehesa como Lo Barnechea, con tres tomas de agua en el Mapocho y acceso al estero de El Arrayán.

Este matrimonio, tal como sucedió con su gran casa de verano en Las Cruces —la que es Monumento Nacional—, tuvo clara conciencia del valor de la propiedad. Recibida la herencia de La Dehesa, poseedor de varias otras propiedades agrícolas, esforzado y organizado, estuvo catorce años a la cabeza de La Dehesa dejando, como legado principal, un gran tranque.

Si siempre hubo campesinos de Lo Barnechea dispuestos a trabajar en cosechas o construcciones de La Dehesa, las que creaban vínculos entre el pueblo y la hacienda, el tranque fue uno nuevo, especial; para los barnecheinos, pasó a ser un hito de su entorno. Rayén Ramírez Cifuentes, recordaría: “Ir al Tranque



El Tranque (a un costado del Centro de Salud) en 1977.
Fotografía donada por María Jesús Araya. Archivo .

era el paseo dominical obligado, donde los vecinos del pueblo de Lo Barnechea e inquilinos de los fundos de La Dehesa disfrutaban cada semana”.⁵⁷

En 1924, al fallecer Florindo Labbé, quedaron de herederos su viuda y sus hijos. Ella, Rosa Balharry, como viéramos, diez años después donó al Arzobispado de Santiago los terrenos cuyo nombre la recuerda, Santa Rosa de Lo Barnechea, así como 10 mil metros cuadrados a la municipalidad para destinarlos a espacios deportivos.

Ella comenzó entonces a vender porciones de la hacienda, de muy diversos tamaños, pero fue la generación siguiente la que en el año 1942 inició la historia urbana de La Dehesa.

LA DEHESA SE URBANIZA

Fue una de sus hijas, Olga Labbé Balharry, la que compró partes de la propiedad a su madre para llevar adelante un gran proyecto inmobiliario. Su marido, Pedro Jesús Rodríguez González, personaje público que fuera presidente del Colegio de Abogados, integrante de la Corte Suprema y ministro de Justicia en el gobierno de Eduardo Frei Montalva, era un hombre ejecutivo y, para llevar adelante la idea, comenzó a buscar un socio.

Este socio, que debía asumir la gestión del proyecto, fue José Fuenzalida Balbontín, quien compró a la viuda una parte importante de La Dehesa. Con una experiencia previa y exitosa al oriente de Santiago —la parcelación del fundo Las Mercedes—, era un convencido de que el futuro de Santiago iba a avanzar hacia el oriente, cada vez más cerca de la cordillera; porque las ciudades crecen hacia donde nace el sol... Él creyó que sería factible que la ciudad, aunque entonces recién llegaba a lo que es hoy la Circunvalación Américo Vespucio, seguiría creciendo en esa dirección. Los terrenos fueron determinados en solo dos tamaños, mil y 2 mil metros.

Contrataron al célebre Óscar Prager, padre del paisajismo moderno en Chile, para organizar el loteo de un sector, considerando que ya había realizado desarrollos similares en Estados Unidos.

Un joven arquitecto y futuro concejal, Carlos Alberto Urzúa, conoció de cerca el proceso de urbanización de las zonas más planas en 1944, y de cómo comenzó la venta de sitios: “Era una verdadera rinconada, porque el valle está

⁵⁷ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2013). *Lo Barnechea en imágenes*.

encerrado por la precordillera, el Cordón del Manquehue y el Cerro Alvarado [...]: Ellos contrataron al paisajista austriaco Óscar Prager, el mismo del Parque Balmaceda, quien le dio la forma de árbol; la avenida La Dehesa es su tronco, de ahí salen las ramas principales que son las calles El Tranque y Las Rosas (actual Comandante Malbec), y de ellas las secundarias, todas curvas, para que las casas tuvieran vista al anfiteatro de cerros”.⁵⁸

A medida que avanzaban los loteos, los campesinos desplazados fueron instalados en la ribera del río, junto al camino que luego fue transformado en la Av. Raúl Labbé, los más antiguos en el costado norte y los siguientes en la ribera sur.

Balbontín, quien además de ser corredor de la Bolsa de Comercio lo era de propiedades, conservó el sector que más tarde sería conocido como Los Trapenses, puesto que a ellos vendió unos terrenos para su convento, el de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia.

Entretanto, interesó a Gino Girardi para que invirtiera en la compra del sector de El Huinganal, y a Bernardo Larraín Pérez Cotapos para que hiciera lo propio en el sector de Las Pataguas; 6316 hectáreas, el 12 de agosto de 1942.

Otro loteo decisivo, también obra de Balbontín, fue el del camino de ingreso, con grandes sitios de 5 mil metros, origen del protagonismo urbano que tendría la futura Av. La Dehesa.

PIONEROS DE LA DEHESA

Interesante es una crónica escrita por un visitante de la época, justo apenas cuando nacía La Dehesa residencial:

*Yo había visitado la hacienda La Dehesa allá por el año 1943, en campaña de Grace Doherty, la madre de nuestra amiga Helen de Wessel, quien no miraba con desinterés su adquisición. Pero aquello era el siglo XVIII; el automóvil no podía transitar por sus caminos sin desagües, sus ranchos eran indescritibles, los cierros en el suelo, los pocos álamos que aún quedaban, tronchados, convertidos en un matorral de quintrales. Nos dejó una tremenda impresión de abandono, lo que desalentó a la presunta compradora.*⁵⁹

⁵⁸ *El Mercurio*. Revista Vivienda y Decoración, 27 de febrero 1993.

⁵⁹ Balmaceda Valdés, Eduardo (1969). *Un mundo que se fue*. Santiago: Andrés Bello.



Sector de La Dehesa en 1984. La calle corresponde actualmente a Av. José Alcalde Délano, vista desde el sector de Lo Curro. A la izquierda, la ladera sur del cerro del Medio; al fondo, la masa del cerro El Plomo. Aporte de Marcelo Berner. Archivo Enterreno.

Ahí rinde homenaje a la pareja que, con su presencia, considera decisiva para el despertar urbano del sector:

Fuenzalida llevó como administrador de la parcelación a José Fontecilla Astaburuaga, quien con su esposa Lucía Sutil, arreglaron con mucho gusto y agrado una vieja casa y allí se instalaron. Creo que muchos parceleros fincaron allí atraídos por el ambiente y la cordialidad que encontraron en aquel hogar [...]. Los Labbé al vender la hacienda, se dejaron extensas parcelas, convertidas luego en sus residencias, rodeadas de extensos y hermosos parques. Pronto llegaron a fincar en La Dehesa, entre otros, Conrado Ríos Gallardo, Domingo Santa María, Pablo Yrarrázaval Tezanos Pinto, Fernando Orrego Puelma, Anselmo Palma, Luis Arteaga, Sergio Undurraga, Jorge Jones que transformó y modernizó la gran casa antigua vecina a Barnechea, ese simpático pueblo montañés que ostenta casi por cada casa una cantina. Actualmente la familia Larraín Vial son todos poseedores de extensas parcelas.⁶⁰

⁶⁰ Balmaceda Valdés, *ibíd.*

El modelo, siguiendo a los Labbé y su mansión con parque proyectado por Prager, fue de amplias casas rodeadas de árboles, con una intención rural; la mayoría compró caballos e intentó algunos cultivos.

Todos andaban buscando un equilibrio campo-ciudad... Además de José Fontecilla y su esposa Lucía Sutil, también fueron un referente Conrado Ríos Gallardo y María Izquierdo Phillips, como personalidades de la época que marcaban tendencias; él, abogado con relevancia pública por ser cofundador de dos célebres revistas de actualidad, *Hoy y Ercilla*, y, con Ismael Edwards Matte, impulsor de la Editorial Ercilla. Embajador en España y otros países, además de ministro de Relaciones Exteriores, su opción por La Dehesa fue gravitante.

VIVIR COMO EN EL CAMPO

Todavía en los años ochenta, cuando La Dehesa comenzó a integrarse a la ciudad, quienes llegaban a residir lo hacían detrás de un ambiente rural que, por lo demás, tenía una gran ventaja; como el precio del suelo era más bajo que en el casco urbano, ahí se podía adquirir una propiedad más amplia, que permitiera jardines, terrazas, piscina y árboles.

Se mantenían los mismos caminos de tierra de la vieja hacienda, seguían ahí los establos y las lecherías y el acceso era por el mismo puente viejo de siempre. El que quería comprar en un supermercado, tenía que ir hasta el de la Av. Estoril, en Las Condes.

Los escasos residentes tendían a llegar y quedarse el fin de semana, sin salir, contentos de su decisión cada vez que veían desde lo alto la oscura mancha de esmog de la ciudad que, por entonces, vivió sus peores años de contaminación atmosférica.

Era un caso clásico de suburbio, según el modelo de la ciudad jardín, creado en una Inglaterra industrial de pésimas condiciones ambientales; la nostalgia por el aire limpio, la naturaleza, junto a la difusión del automóvil, facilitaron la fuga a las afueras. Así habían crecido en Santiago, con esa inspiración, las comunas de Providencia, Las Condes y Vitacura, con terrenos cada vez más amplios y, gradualmente, con rasgos más urbanos; de a poco llegaron el comercio, las sucursales bancarias, y, al final, los edificios de oficinas.

El crecimiento económico del país, a partir de esa década crucial de los ochenta, permitió que en los amplios sitios se construyeran viviendas de gran



Casas de campo en el sector oriente de Santiago. Arriba: alrededores de Cantagallo, en la fotografía se alcanza a ver el cerro Alvarado y más atrás, el cerro Manquehue. Archivo Enterreno. Abajo: casa en Av. Lo Barnechea con Robles, fotografía de José Olivares. Archivo

tamaño. Esa misma década, la del posmodernismo, muy visual, también trajo un interés creciente por el diseño, el paisajismo, la decoración y la propia arquitectura. El desarrollo de La Dehesa, para muchos profesionales, correspondió a una época de auge en sus trayectorias. Hasta el nombre de los arquitectos se transformó en referencia, como “obras de autor”.

BARRIOS INDEPENDIENTES EN LA DEHESA

El desarrollo del sector comenzó a diferenciar distintas áreas.. Un momento fundacional fue justamente al inicio de esa década, el 9 de marzo de 1981 cuando nace la comuna independiente de Lo Barnechea —reconociéndose su creciente proyección—, al separarla de la matriz de Las Condes e iniciando así su vida propia; el año siguiente, como en un grandioso bautizo geográfico, la temporada fue de intensas nevazones. El cauce de los ríos y esteros aumentó, de un modo que no se recordaba —amenazando la estructura de los puentes—, y las quebradas se vieron llevadas al borde del colapso, copadas hasta las napas



Emblemático molino en la urbanización Los Nogales.
Fotografía donada por Leonidas Montes. Archivo



Invitación a los tijerales de la iglesia Santa Teresita por parte del comité conformado por Eliodoro Matte, Leonidas Montes y Juan Correa. Archivo

subterráneas. La vegetación se esponjó en todo su esplendor, impregnadas sus raíces, para iniciar así, en las mejores condiciones, su vida nueva.

Lomas de La Dehesa, Los Nogales, Los Trapenses, El Huinganal, comenzaron a aparecer en el valle, cada sector con su propia característica que, con el tiempo, les daría su identidad. Un grupo de personas invirtió para comenzar a desarrollarlos, empresarios como Bernardo Larraín Cotapos, Leonidas Montes Olavarrieta, Gino Girardi, Juan Correa Errázuriz, Eliodoro Matte Ossa...

Leonidas Montes impulsó una urbanización que, por etapas y con el nombre de Los Nogales, crecería en torno a una avenida central a la que dio el nombre de Bernardo Larraín Cotapos, pionero de la zona; un molino, inspirado en un viaje a España, terminaría caracterizando el sector. Luego de donar la esquina de las avenidas Bernardo Larraín Cotapos y Pedro Lira Urquieta para construir un templo que fuera sede de la parroquia Santa Teresa, con un vecino, Eliodoro Matte Larraín, construyeron la iglesia cuyo diseño fue obra del arquitecto Raúl Irrázaval Covarrubias, inaugurada el 21 de abril de 1985.

La urbanización Club de Golf Lomas de La Dehesa se promovió en torno al verde en su página web, como “campos de golf circundados de casas y/o edificios”.⁶¹ En torno a la cancha de nueve hoyos, diseñada por Eduardo Costabal Zegers, se construyó el loteo vecino al cerro del Medio, al que ascendió en parte por su ladera norte.

⁶¹ www.golflomas.cl (18.12.2019).

El barrio Los Trapenses, en torno al monasterio y luego en parte de esas mismas tierras, concentraría equipamiento y una cantidad de colegios —como el Santiago College— que le aseguraron, muy pronto, un desarrollo asociado a las familias con hijos en edades escolares, instaladas en condominios como Valle La Dehesa, el que incluye al Club Lomas de La Dehesa.

El sector de Las Pataguas, con plano aprobado por la Dirección de Obras Municipales en 1989, optó por un perfil totalmente residencial y con una altura máxima de 10 metros, para conservar el paisaje urbano propio de un barrio jardín, privilegiado por la vecindad del estero Las Hualtatas. Una iglesia, la de la Sagrada Familia, completa su identidad.

Aparecieron grandes condominios muy cerrados, con muros altos, guardias y barreras, aspirando a un ambiente muy controlado y seguro, como en Las Lomas y Santuario del Valle.

En general los condominios, y los hay de muy diferentes tamaños, permitieron la llegada de matrimonios jóvenes hacia el año 2000, con terrenos no tan amplios como los anteriores. La oferta volvió a ampliarse una vez más con la aparición de los edificios residenciales de baja altura —cuatro pisos por lo regular—, en calles y avenidas como José Alcalde Délano, El Rodeo, La Dehesa —especialmente en las cercanías del Portal—, Robles, El Peral y El Ciruelo. Con esta variedad, la densidad comenzó a ocupar todo el casco de la vieja hacienda.

UNA SELVA EN LA MITAD

En medio, para sorpresa de muchos, permaneció un gran terreno de 17 hectáreas, sin que fuera urbanizado. Su propietario, Michel Durand, de una familia importadora de maquinaria minera y carros bomba, lo destinó a la conservación de fauna en riesgo o en extinción, y a flora relacionada según su especie. Sus padres, inmigrantes franceses, le habían dado el ejemplo con un criadero de faisanes y pavos reales.

Mientras todo el valle se poblaba de construcciones, incluso en las faldas de los cerros, a este Centro de aclimatación zoológica llegaron más de seiscientos animales escogidos que deambulan libremente; no hay felinos ni depredadores, solo especies que puedan convivir sin riesgo. En una laguna se concentran flamencos, cisnes y patos.

Finalmente, ante ese patrimonio natural, Durand dejó de lado sus actividades empresariales y se transformó en un activista defensor de la fauna chilena

en peligro, apoyando diversas causas locales, aunque también en favor de algunas que están en peligro en otras latitudes. Como medida de prevención, de zoológicos del hemisferio norte le envían algunos ejemplares, para que aquí se reproduzcan, y así asegurar el futuro de las especies en caso de que desaparezcan de sus lugares de origen.

Una fundación mantendrá estas políticas, cuando él ya no esté. Por ahora, puesto que incluye un gran aviario tropical y plantas de esas latitudes, a veces acampa en su propio terreno, tal como si estuviera en la selva maya de América Central.

Por el terreno, que le costó 17 mil dólares —a mil dólares la hectárea—, le han ofrecido cantidades muchas veces superiores, pero la decisión ya está tomada; el corazón de La Dehesa seguirá siendo un enclave protegido.

LA DEHESA EN EL SIGLO VEINTIUNO

Luego de la creación de la comuna en 1981, el municipio mismo tardó una década más en establecerse, en 1991. Lo encabezó Eduardo Cuevas Valdés hasta 1994 y luego, durante cuatro periodos, fue dirigido por la alcaldesa Marta Ehlers Bustamante; luego de ser elegida en 1994 fue reelegida en 1996, en el año 2000 y en el 2004. A continuación, por tres periodos, continuó Felipe Guevara Stephens,



Expansión de urbanizaciones de La Dehesa, vista actual. Fotografía de Matías Castillo.

quien fuera elegido el año 2008 y luego reelecto los años 2012 y 2016; antes de completar este último fue designado intendente de la Región Metropolitana —en 2019—, siendo entonces reemplazado por el alcalde Cristóbal Lira Ibáñez.

Sucesivamente, las áreas verdes, las viviendas sociales, las luminarias, los parques naturales, las actividades artísticas y culturales, le fueron dando a Lo Barnechea atributos de una calidad de vida de buen nivel, en estándares internacionales.

Luego de arrendar casitas en El Pueblito, y de ocupar después la Casona de San Enrique frente a la plaza de ese nombre, El Centro Cívico sería su lugar de instalación definitiva, en La Dehesa, con la idea de concentrar las oficinas municipales —antes dispersas—, en un solo lugar.

Un imponente cubo blanco y elevado, el que se abre a los puntos cardinales para absorber su luz, obra del destacado arquitecto Gonzalo Mardones Viviani, constituye ahora una imagen icónica; tres plazas —una interior con esculturas, otra integrada a la calle y una tercera en lo alto de la plaza-techo—, hacen dialogar su volumen, de ventanas perforadas, con el entorno.

En solo treinta años, el mundo rural de caminos de tierra y aislado, sin equipamiento, vivió una transformación radical.

Para el urbanista Iván Poduje “contrario a lo que se piensa, este desarrollo se orienta en relación a una visión de desarrollo comunal que es formulada en el Plan Regulador que imagina la zona como una mano con cinco dedos: Los Trapenses, La Dehesa, El Huinganal, El Refugio y Camino a Farellones. ¿La palma de la mano? El Pueblito, Cerro 18, los asentamientos del río y el loteo inicial de La Dehesa”.⁶²

Es el mismo concepto que se trabajara para inspirar la arquitectura del Centro Cívico: “La obra, adjudicada por un concurso a la oficina del arquitecto Gonzalo Mardones, se planta como una mano abierta al cielo en cuya palma, ubicada en el cuarto piso, se encuentra una plaza en torno a la cual giran las torres que se conectan de distintas formas entre ellas”.⁶³

Tres corredores le darían forma y estructura, Los Trapenses (con Las Pataguas, El Golf de Manquehue y el Santuario del Valle entre los principales sectores); La Dehesa (con Lomas de La Dehesa, Valle de La Dehesa, Nueva Suiza y Club de Campo, entre otros), y El Huinganal, extenso y con acceso propio.

⁶² Poduje, Iván (2016). Más que La Dehesa. *Lo Barnechea, 25 años*. Corporación Cultural de Lo Barnechea, Santiago: Ediciones Babieca.

⁶³ Corporación Cultural de Lo Barnechea (2016). *Lo Barnechea, 25 años*, Santiago: Babieca.



Edificios institucionales en La Dehesa.
Arriba: Centro Cívico.
Derecha: Centro Cultural El Tranque.
Abajo: Edificio de las Sinagogas.
Archivo



UN SUBCENTRO EN EL PIEDEMONTE

El equipamiento, con la mayor densidad, también comenzó a crecer al iniciarse el presente siglo. De año en año, el perfil de barrio dormitorio dio paso a un verdadero subcentro de la ciudad, con colegios, clínicas y farmacias, comercio a gran escala y núcleos de oficinas.

Tiende a suceder en las ciudades extensas, como Santiago, que el casco histórico permanece pero surgen otros núcleos que comienzan a tener autonomía. Se abre la posibilidad —a la que se refería el Premio Nacional de Urbanismo Germán Bannen en relación a Providencia— de ser como una ciudad en sí, con su propio mundo residencial, comercial, bancario, educativo, deportivo, de salud, hotelero y recreativo, proceso que sucedió en La Dehesa con eje en la avenida del mismo nombre, en torno a la cual el plan regulador permite alturas mayores y torres de oficinas.

Aunque haya residentes antiguos que lamenten la llegada de la ciudad, y añoren su barrio jardín silencioso y casi rural, sin congestión, el proceso no dejó de crecer. Incluso, la construcción del Centro Cívico reforzó la calidad de “centro” como núcleo del valle.



Eje central del condominio Santuario del Valle. Archivo

Los centros comerciales aportaron ofertas que harán innecesario el traslado a otras comunas para hacer las compras. El Portal La Dehesa en el eje de la avenida del mismo nombre, de 140 locales en 125 mil metros cuadrados, con ocho salas de cine y moderno parque de diversiones, sería un hito. El mall VIVO Los Trapenses, el Espacio Urbano en El Rodeo, el Patio La Dehesa y el Paseo Las Pataguas en Av. José Alcalde Délano, el Paseo Los Trapenses, entre otros, conformaron una malla que atraviesa el valle completo.

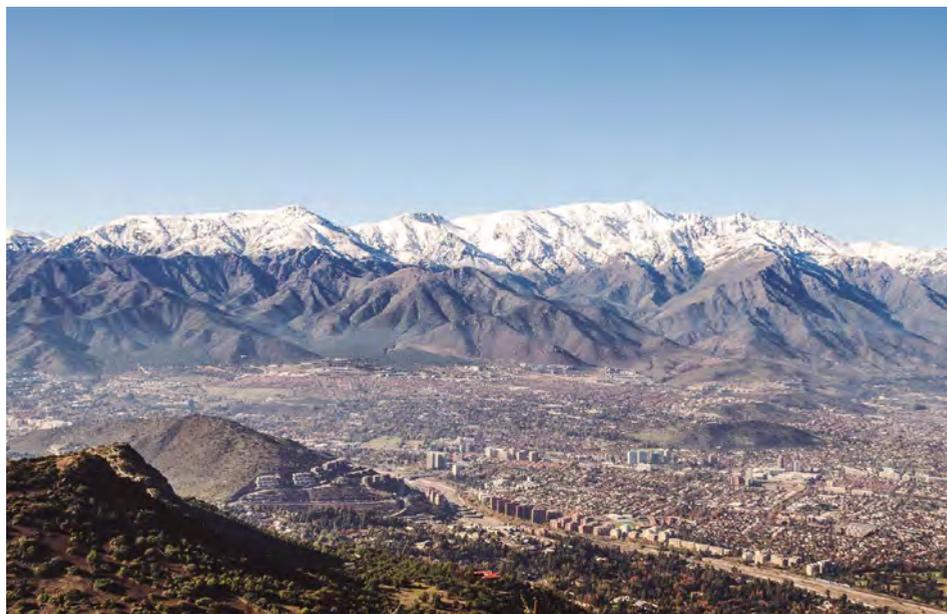
La creación de colegios fue decisiva para la llegada de familias, las que tendrían que asumir, más tarde, niveles importantes de congestión en los horarios de entrada y salida de clases: el Nido de Águilas en El Rodeo, el Santiago College en Los Trapenses, el Lincoln International en Av. La Dehesa cerca de Las Condes, el Instituto Hebreo en el mismo sector, The Mayflower School cerca del Club de Golf La Dehesa —heredero de los tradicionales colegios Apoquindo, el masculino y el femenino, que estuvieron ahí durante 33 años—, el Craighouse y el Monte Tabor en el Paseo Pie Andino y el The Newland de Av. El Tranque, entre otros, sumaron una oferta de opciones educacionales diferentes.

Los atributos del valle no dejaron de atraer más y más residentes que, ante la falta de los suelos planos que marcaron la vocación original —los pastizales ganaderos—, comenzaron a ocupar los faldeos de los cerros en laderas de distinta pendiente y en cotas cada vez más altas, en Pie Andino, en El Huinganal, con algún grado de riesgo para la vegetación de las quebradas, lo que debió ser controlado por la Dirección de Obras para exigir precisión en las normas del Plan Regulador Comunal (PRC) del año 2002, en lo referido a Ordenanza local, Planos de Zonificación y Vialidad y Estudios de capacidad vial. Es decir, todo cuanto implica un escenario ya plenamente urbano.

CONECTIVIDAD EN AUMENTO

La congestión, en nudos puntuales como Av. La Dehesa y Santa Teresa, apuraría las obras del Anillo de circunvalación Pie Andino, y también los puentes conectivos, obligando a sumar un tercero —luego de los dos históricos—, e incluso proyectar un cuarto para unir la Av. Padre Alfredo Arteaga con San José de la Sierra, hacia Las Condes.

En este contexto, fue decisiva para el sector la construcción de la autopista urbana Costanera Norte, central en el Sistema Oriente Poniente que unió Lo



Vista panorámica. A la izquierda se aprecia la subida Santa Teresita.
Fotografía de Matías Castillo.

Barnechea con el aeropuerto de Santiago —Comodoro Arturo Merino Benítez— y con la Ruta 68 que va a Valparaíso en el litoral central, con salidas a lo largo que permitieron conectar a la comuna con Vitacura, Providencia y la comuna de Santiago.

Para una solución más masiva, el alcalde Felipe Guevara buscaría apoyo para que la Línea 7 del Metro, diseñada para unir Renca con Vitacura a partir del año 2026, pudiera llegar más al oriente, hasta el Portal La Dehesa. Un proyecto que quedó en estudio, según sus posibilidades de financiamiento.

LOS CERROS EN MEDIO

Ante la presión inmobiliaria, los santuarios de la naturaleza, las quebradas, las aguas de los esteros, los glaciares arriba, toda la naturaleza del territorio adquirió cada vez más importancia para los vecinos, interesados en el futuro ambiental de su comuna.

Por su localización, los cerros isla emergieron como atributo de primera importancia, al ser espacios geográficos aptos para transformarse —en especial los más centrales—, en parques importantes.

El cerro Alvarado ya había sido intervenido en años anteriores para construir la Av. Santa Teresa, y por la Costanera Norte, dos vías fundamentales para acceder al valle. Al ser un cerro limítrofe con Vitacura, su destino ha sido diferente: “A pesar de esto, gran parte de su ladera norte, que cae dentro de los límites de la comuna de Lo Barnechea, se encuentra en su condición natural. En esta zona del cerro la municipalidad tiene la idea de desarrollar un parque de 23 ha de extensión”.⁶⁴ La pendiente, moderada, permite acceder a su cumbre, mirador natural de toda la ciudad de Santiago.

El cerro del Medio, estratégico en el centro del valle, por la misma razón debió soportar fuertes presiones inmobiliarias, más allá del lado norte parcialmente construido por el Club de Golf Lomas de La Dehesa. El costado sur, abrupto, ocupado por parapentistas que se lanzan desde su cumbre (1.011 msnm), es visitado por paseantes que, desde ahí, pueden contemplar el paisaje urbano y natural de La Dehesa. Antes propiedad privada, terminó siendo expropiado por la municipalidad por daños al medioambiente, con el propósito de recuperarlo y construir un parque de más de 60 hectáreas, especialmente de flora nativa, diseñado por la celebrada oficina de Juan Grimm, proyecto que incluye un sendero de restauración ecológica; pero su realización se ha demorado. De acuerdo a las demandas vecinales, encuestadas el año 2017, se privilegiarán árboles nativos, lagunas, miradores y rutas de trekking. En un sector determinado, a un grupo de familias históricas, campesinas de la época rural, se les reconoció su permanencia en el lugar con títulos de dominio definitivos.

El pequeño cerro El Manzano, de algo menos de 12 hectáreas de flora nativa, anima el paisaje del sector Los Nogales en La Dehesa, junto a un tranque vecino derivado de un estero local —muy rico en aves acuáticas—, el que pasó a Aguas Lo Castillo para abastecer el barrio y después, por adquisición de esta empresa, a Aguas Cordillera. Por desgracia, este patrimonio natural se ha cercado y ya no es posible el acceso, ni de peatones ni de ciclistas, los que antes comenzaban aquí una ruta que recorría El Huinganal y Santa Martina.

El libro *Cerros isla de Santiago* incluye al Loma Larga, aunque forma parte de un cordón cordillerano, porque así aparece en el Plan Regulador Comunal. Atributo recreativo del barrio Los Litres, de uso intenso por sus circuitos de motos y ciclismo, destaca por su acceso a la hacienda Santa Martina y por su

⁶⁴ Arriagada, Rodrigo (y otros) (2017). *Cerros isla de Santiago*. Santiago: Ediciones

ladera oriente, donde “el cerro presenta a sus pies una gran quebrada prácticamente virgen y abundante en vegetación”.⁶⁵

Queda a la vista la condición montañosa de la comuna, condición que le permite, incluso, contar con un repertorio de cerros que enriquecen su paisaje y sirven de miradores y espacios de recreación.

El trekking, naturalmente, tiene en Lo Barnechea condiciones óptimas para su desarrollo. El propio cerro del Medio, el cerro Ñilhue de bosque esclerófilo en la subida a Farellones, el Pochoco al final de la calle Camino El Alto, el Manquehuito, al que se accede desde Los Trapenses —de numerosas quebradas—, son algunos de los lugares más visitados por los aficionados a las excursiones.

El Parque Estero Las Hualtatas, con un circuito de entrenamiento deportivo con elementos para distintas edades —diseñado en Dinamarca—, aspira a acercar a los habitantes a la actividad física, como primer paso hacia una vida menos sedentaria.

CULTURAS DIVERSAS

El Centro Cultural El Tranque, inaugurado en el año 2016, de moderna arquitectura y con un amplio parque de contexto, ubicado entre cerros que cambian de color según la estación como es típico en la comuna, por su exigente curaduría de exposiciones atrae a visitantes de Lo Barnechea y también de otras comunas, a su espacio de la primera planta; con algunas de interés patrimonial, y otras dedicadas a connotados artistas contemporáneos, tiene un perfil ya reconocido entre las salas de exposiciones de Santiago.

Con cerca de 1400 visitantes semanales, sus programas de cursos y talleres se concentran en la segunda planta, en tanto, además, cumple la función de ser otra sede de la Corporación Cultural de Lo Barnechea, que así expandió su infraestructura.

El crecimiento de la población, en un mundo global, ha diversificado la población y sus tradiciones; es así como a la mayoría católica fundacional se fueron sumando iglesias evangélicas, la Gran Sinagoga de Chile y un importante templo mormón.

De gran magnitud es el Centro Comunitario del Círculo Israelita, el que incluye dos sinagogas, la principal para ochocientas personas, que cuenta con

⁶⁵ Ibid.

lámparas y asientos que pertenecían a la época fundacional de Santiago, de la calle Serrano; un enorme vitral de 240 metros cuadrados, del destacado artista Samy Benmayor, poblado de símbolos, también incluye trozos de vidrios de la sinagoga antigua.

Cuenta con un museo, dedicado a la cultura judía y al holocausto, biblioteca y salas para talleres. Adjunto, existen espacios deportivos para la comunidad judía de Lo Barnechea, formada por 1200 familias, dos colegios y varias otras sinagogas secundarias.

ESCUULTURAS EN LA VÍA PÚBLICA

La escultura pública es característica de Lo Barnechea. En medio de lo construido, los artistas evocan y recobran el diálogo con la naturaleza, para mantenerlo vivo. Es el caso de Vicente Gajardo con su obra *La Piedra de Encuentro* en el



Piedra del encuentro del escultor Vicente Gajardo, en el Centro Cívico. Archivo .

Centro Cívico, de piedra que viene granítica desde su hogar en la montaña visitada por arrieros y pirquineros, piedra que bajó de la cordillera y retumbó con estruendo en los esteros de El Arrayán y el río, piedra del origen andino con sus 35 toneladas de masa indomable. Alcalde y Concejo Municipal acordaron que el arte debía estar presente en el núcleo edilicio, y esta potente piedra del escultor Gajardo, tan propia del sello andino de Lo Barnechea, fue la escogida. Como un rodado, que descendió cerros abajo para detenerse a las puertas del municipio.

Para su autor, también tiene un sello trascendente: “Las primeras piedras alzadas tuvieron un fin simbólico-religioso, representaban para nuestros antepasados una forma de ser, de resistir, de estar. Eran dioses que los protegían de sus desgracias y de sus males. Las características propias de la piedra —silencio y quietud; dureza y resistencia— encarnaban lo divino en sus efectos protectores y los ideales de aquellas comunidades creyentes que se reconciliaban con la madre naturaleza”.⁶⁶

El Parque El Tranque, del centro cultural del mismo nombre, acogería una obra de Cristián Salineros: “Plegar el paisaje”, en la que, efectivamente, la obra refleja y canta la vegetación nativa que la rodea, los cerros cercanos de la cordillera, el cielo. Suerte de dolmen creado por mano humana, discreto en su propuesta —reproducir lo que lo rodea, más que dar cuenta de sí mismo—, ahí en ese parque silencioso, en un ambiente pacífico de barrio, lo que habla es su flora, el escenario natural de Lo Barnechea, dando cuenta del paso del tiempo.

Esto no es casual. Cuando Salineros recibió el encargo municipal, fue a recorrer la zona y terminó en el río, recogiendo piedras de distintos tamaños, formas, texturas. Y se le vino la niñez, buscando la piedra apropiada para lanzarla al agua y ver el efecto de sus rebotes; “recuerdo de cómo lo hacían las piedras sobre la superficie del agua cuando jugaba con mi padre, en donde el reflejo tenso de la superficie se veía interrumpido y reinterpretado por los saltos que la piedra daba, desdibujando ese reflejo y construyendo por momentos una nueva realidad”.⁶⁷

En el Puente Nuevo de La Dehesa, que marca un límite intercomunal, se alzó una obra de Sergio Castillo, llamada *Puerta de la percepción*. Pionero en Chile del arte abstracto, y también del acto osado de enfrentar la dureza del hierro y el acero que lo obligara a acercarse al oficio antiguo de la forja, correspondía que Lo Barnechea —hasta el presente nutrida de hallazgos mineros y prolífica con sus fundiciones del siglo diecinueve—, brindara al residente una obra de duro metal. Él mismo diría: “En Chile fui el pionero de la escultura

⁶⁶ Vicente Gajardo (2016). Corporación Cultural de Lo Barnechea.

⁶⁷ Cristián Salineros F. (2019). *Plegar el paisaje*. Corporación Cultural de Lo Barnechea.



Plegar el paisaje de Cristián Salineros, ubicada en el parque del Centro Cultural El Tranque. Archivo .

directa en metal, necesité inventarme desde las herramientas, la técnica, descubrir chatarrerías, ferreterías”.⁶⁸

Con obras dispersas en países de Europa y Asia, además de Estados Unidos, al fin fue profeta en su tierra y distintas ciudades de Chile recibieron sus creaciones; aquí quedó una junto al río de la capital, a los pies de la alta montaña, la de cerros ricos en plata y cobre.

En 1967, para los jardines de la OEA en Washington hizo la primera obra de ese título: *Puerta de la percepción*. Seguiría invitando a despertar la mirada, a experimentar el asombro del ser humano ante todo cuanto existe: el cielo estrellado, la muralla nevada, las aguas sonoras del río, el silencio del bosque, el canto de los pájaros en la quebrada.

También, los minerales, los metales, todo ese mundo que agita la historia comunal desde los primeros hallazgos de sus grandes yacimientos y la instalación de sus fundiciones, sedujo a este artista: “He usado todos los metales, hierro, bronce, cobre, acero inoxidable, plata y oro”.⁶⁹

⁶⁸ Castillo, Sergio (2016). *Puerta de la percepción*. Corporación Cultural de Lo Barnechea.

⁶⁹ *Ibíd.*



Puerta de la percepción de Sergio Castillo,
ubicada en el Puente Nuevo de La Dehesa.
Archivo

La destacada escultora María Angélica Echavarrí fue la escogida para rendir un homenaje a una familia local, la formada por Gonzalo Vial Correa y su esposa María Luisa Vial Cox —“la señora Lucha”—, los que al observar las carencias de oferta educacional en la comuna —el Colegio Parroquial y el Estados Americanos no eran suficientes—, decidieron crear en 1978 la Sociedad para la Educación Popular Limitada, luego bautizada Fundación Educacional Barnechea, la que por décadas ha formado a centenares de barnecheinos.

La escultura quedaría en un lugar significativo, frente al colegio San Rafael que lo representa.

El matrimonio había llegado, a instancias de ella y su amor por el campo, en 1957; con ovejas, caballos, gallinero y huerta. Un maestro amigo, constructor de gallineros, les levantó su sencilla casa campestre, como querían.

Comprometido con el lugar, fue un enemigo público de las erradicaciones que buscaban llevarse lejos a familias lugareñas, vecinos de siempre. Luego impulsarían su proyecto educativo, el que comenzó —en la Av. Lo Barnechea—, en una casa con un letrado que invitaba a matricularse, con cupos para treinta niñas. Era un camino hacia la integración social, hacia una comuna más equitativa.

Angélica Echavarrí sintetizó ese camino en tres conceptos, que son el título y origen de su obra, que cuenta con tres volúmenes: *Leer, saber, pensar*. Artista

visual formada en Chile, encontró su rumbo en Argentina, en el taller de un maestro de la escultura de ese país: Aurelio Macchi. Aunque el trabajo como artista es solitario en su taller, Echavarrí lo ha complementado con una infatigable vocación por lo público, desde los cargos y roles hasta el espacio público.

Activa directora de la Corporación del Patrimonio Franciscano, consejera de la Corporación del Patrimonio Cultural y Religioso de Chile, directora de la Sociedad de Escultores de Chile, representante de ella ante la Comisión Nemesio Antúnez en el Ministerio de Obras Públicas, su obra más visible es el monumento al senador Jaime Guzmán Errázuriz, concebida con el arquitecto Nicolás Lepthay. Ubicado ahí donde la caja del Mapocho comienza a abrirse para contemplar la cordillera —en la Plaza Unesco—, está formado por 66 figuras humanas que parecen caminar sobre un espejo de agua; recortadas, parecen encarnar la cordillera andina de Chile. Obra del año 2003, volvería a homenajear a un hombre público el año 2011, al realizar el monumento a Edmundo Pérez Zujovic. Y luego, aquí, a Gonzalo Vial Correa.



Leer, saber, pensar de María Angélica Echavarrí, ubicada en Av. El Rodeo, frente al Colegio San Rafael. Archivo .

Su inquietud también la ha llevado a explorar materiales diversos, pero fue el bronce lo que escogió, también, para Lo Barnechea, material que ha calificado de “noble y eterno”.

Con sus nueve metros de altura, *El Caballo de Lo Barnechea*, magnífico en su magnitud y movimiento, se proyecta sobre la comuna enlazando su historia y geografía; desde el nacimiento de La Dehesa como valle de los caballos y pasando por los caballos andinos, las veranadas y los rodeos, hasta culminar en las fiestas de Cuasimodo en Lo Barnechea y El Arrayán. El noble animal ha tenido una presencia ominipresente, simbólica de la comuna; correspondía alzarle un monumento de gran formato.

Francisco Gazitúa, escultor y hombre andino, caballista y caminante cordillerano, era el artista para esa tarea: “A los 15 años escalé el cerro La Paloma. Desde esa época, entro, salgo, recorro las huellas del espacio interior de los Andes buscando algo que siempre encuentre”...⁷⁰

Su inspiración, la raza del caballo, no fue casual: “La variedad que tuve como modelo fue el Criollo Andino, la variedad cordillerana del caballo chileno no necesariamente inscrito. Estos caballos nacen y se amansan en las huellas de los Andes, tienen sus pulmones grandes, son andadores como una mula, prolijos para pisar la huella, se alimentan de cualquier cosa, viven en tropillas, no necesitan corrales cercados, rápidos en los arreos y capaces de mantener el paso durante diez días seguidos. Son los caballos de Lo Barnechea”...⁷¹

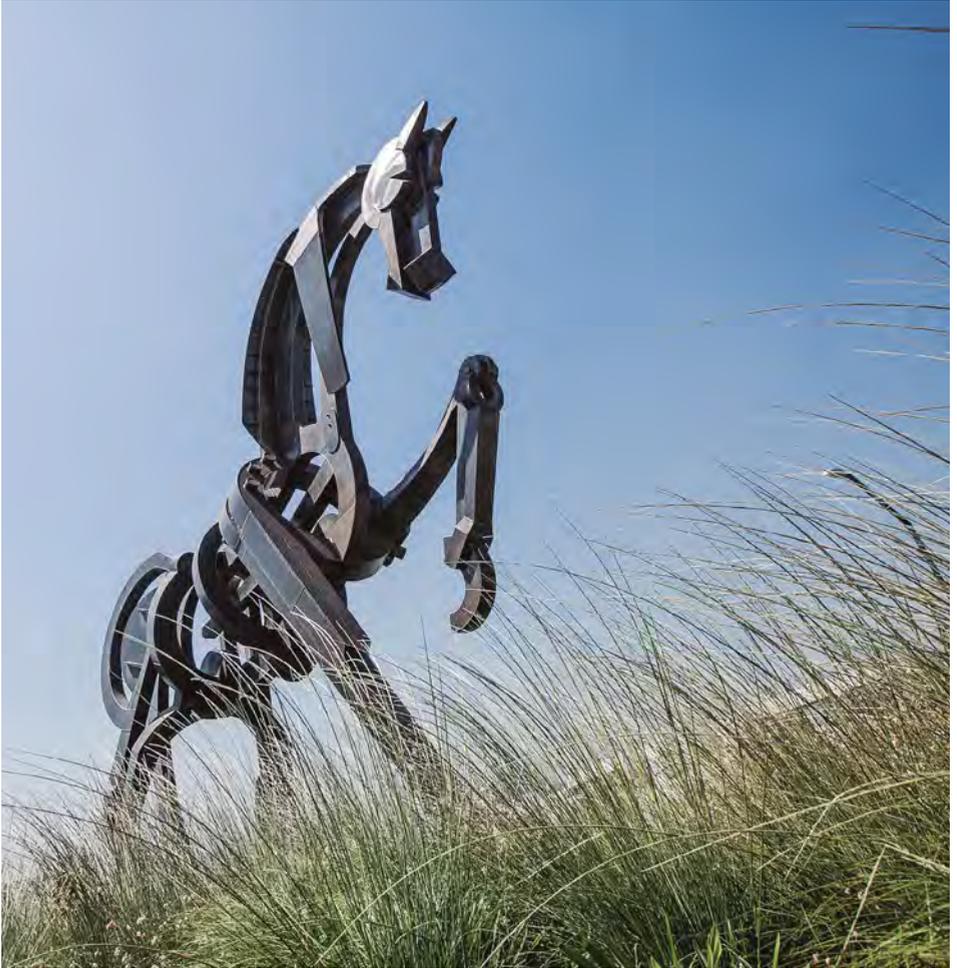
No fue fácil traerlo, por su tamaño. El número 8, el que enlaza la diversidad con su forma infinita, definió el esfuerzo de ocho meses de trabajo, para levantar una obra de 8 toneladas de peso, formada de ocho partes que lo constituyen y que hubo que armar en el lugar a lo largo de ocho días de trabajo.

El caballo estuvo en la llegada del conquistador, sedujo al mundo indígena y fue protagonista de la cultura mestiza del Chile central. Incluso en el presente, es un don ver una tropilla salvaje en algún valle remoto de la cordillera, galopando con sus largas crines al viento, libres. Tenía que ser un caballo, el símbolo de Lo Barnechea. El modelo mismo representa valores que trascienden tiempo y lugar, en palabras del propio Gazitúa: “El Caballo de Lo Barnechea marcha sin riendas y sin jinete, libre en su acto final, entrando en el tiempo inmemorial de la cultura y el lugar permanente de las estatuas”.⁷²

⁷⁰ Gazitúa, Francisco (2014). *El Caballo de Lo Barnechea*. Santiago: Corporación Cultural de Lo Barnechea.

⁷¹ Ibid.

⁷² Ibid.



El caballo de Lo Barnechea del escultor Francisco Gazitúa. Archivo .





cuarta parte

Testimonios de los vecinos

DIGAMOS QUE SE LLAMA DON CHEO

No sirve de mucho decir que su nombre legal, en el Registro Civil, es Eliseo Villarroel; porque en todo Lo Barnechea se le conoce por otro: Don Cheo.

Lleva medio siglo dando vueltas por El Pueblito, de cuando “el cerro Dieciocho era de Adolfo Dell’Orto”, dice él. Creció en la casa de Lo Barnechea 107, calle que por entonces se llamaba “Del Colegio”. Para demostrarlo saca una antigua escritura que dice, textualmente, “calle Colegio y hoy calle Lo Barnechea”, propiedad que deslindaba con una de Pedro Fernández Concha y otra de Honorio Labourdette. Su familia se vino de Chicureo porque allá asaltaban mucho: “Eran los tiempos del ñato Eloy, bandido muy famoso”...

Le gusta la historia y, por lo mismo, nos invita a conocer la sede del club de fútbol de Lo Barnechea, donde está haciendo gestiones para crear un museo dedicado al equipo; eso sí, destaca, no es el mismo que usa el nombre a nivel profesional: “Nosotros se lo prestamos por un tiempo, pero es nuestro, y también los colores de la camiseta. Yo quiero hacer el museo para que se sepa que el club es la institución más antigua de la comuna, de 1929”.

Se educó ahí cerca, en la Escuela 177, la dirigida por la mítica doña Juana Rosa. Con los compañeros, al lado del río se fue haciendo amigo del fútbol: “Eran dos las entreteniciones de entonces, jugar fútbol ahí o ir a conejear a los cerros”.

El río era una presencia constante, que si traía agua, que si estaba bajo, que si venía ruidoso: “Porque los que no trabajaban en los fundos lo hacían de areneros en el Mapocho, y ahí los que mejor ganaban eran los que tenían un banco de arena; bueno, siempre se ganaba más en La Disputada, y algunos se iban para allá”.

Para recreación estaban las quintas de recreo, El León y Las Rosas, esta última en la esquina de Lo Barnechea con Las Rosas, como se llamaba entonces la actual calle Comandante Malbec: “En ella tenía su parcela Gonzalo Vial Correa, el que fue ministro, y su señora María Luisa, la de los colegios”.

A veces iban a los restaurantes con terraza al río, los preferidos por los turistas santiaguinos, exitosos y con orquesta, como el Belvedere, La Querencia o El Caribe: “Muchos músicos de los que tocaban en esos lugares eran de aquí, como el Dúo Rey Polanco”.

Entretención aparte era el cine, experiencia mágica en una sala donde se oía el río: “Con los años se transformó en el estacionamiento del restaurante Las Delicias del Arrayán, el que queda al lado del puente, a este lado del río. Abajo tenía butacas, arriba gradería nomás”.

De paso, recuerda que al otro lado, donde está la Plaza San Enrique, se llamaba

Las Condes: “Usted conoce la canción, esa del ‘el pueblito se llama Las Condes, y está junto a los cerros y al cielo’... Bueno, ese es”... Recuerda que a él se llegaba por un muy estrecho puente de madera, y había que esperar a que pasara el otro vehículo para poder cruzar.

El Pueblito de Lo Barnechea lo recuerda con calles de tierra, típico. Conocía a cada vecino, porque llegaban a la carnicería que fue de su abuelo y después de su padre, donde él mismo trabajó unos años: “El matadero lo tenían ellos donde ahora está la Juventud Católica, eran bravos los animales, de repente se arrancaban y era un espectáculo verlos por el medio de la calle con los matarifes corriendo detrás. Eran animales que compraban de a cinco o seis, en los fundos de La Dehesa. Después apareció otra carnicería, La Sacapica, en Pastor Fernández, de Francisco Vera y María Román, pero eran buena gente, la señora era comadrona y trajo muchos niños de Lo Barnechea, a caballo la iban a buscar cuando hacía falta”...

Importante era la fábrica de cartones, industria como pocas en la zona: “Era de José Espinoza, y ellos fueron los primeros en tener luz, porque usaban un molino para la energía”.

En la misma Av. Lo Barnechea fue el primer incendio grande, el del almacén de los Mardones: “No había carro bomba, nada, un sitio nomás que prestaban los Maira, y de ahí partíamos a ayudar con unas carretillas y con mangueras”,

Un mundo de familias, marcado en los nombres de las calles: “Los antiguos tenían casa que daba a la avenida, pero después venía el hijo y construía al lado, en la calle perpendicular; y luego el nieto más allá... Y así El Pueblito fue creciendo para los lados”.

Recuerda a los Álvarez como uno de los clanes mayores: “Ellos cerraban su calle para el Dieciocho, y armaban la gran fiesta”.

Lo Barnechea y Juventud Católica eran los dos equipos de fútbol, los que pasaran años enfrentándose: “Nosotros al lado del río, de la iglesia, camiseta azul con amarillo, y ellos más arriba, donde la familia Araya, con su equipo azul y blanco. Dos veces al año eran los partidos. Al frente también había otro, el Cóndor, en San Enrique”.

Eran parte de los clubes coordinados por la Asociación Las Condes, cuyo territorio iba del Canal San Carlos para arriba: “Todas las semanas había algún partido, entre los catorce equipos, pero cuando tocaba que jugábamos los dos clubes del pueblo iba toda la gente. Las mejores canchas, que eran seis, estaban donde ahí está la Comisaría de Carabineros de Las Tranqueras. Igual no era fácil ir a Vitacura, porque el pavimento recién empezaba poco más arriba de la Plaza Lo Castillo y el camino era bien malo. Había una micro que llegaba hasta acá, con su paradero en Av. Lo Barnechea con Las Rosas”.

Muy bien organizado el club, tenía tres equipos que se turnaban en el uso de las canchas, comenzando con los infantiles que las ocupaban en la mañana. Uno de sus hermanos hizo un curso de monitor para aprender a entrenarlos, y él mismo comenzó a hacer carrera de dirigente. Bien puesta la camiseta, con banderines, fotos y copas,

la historia fue creciendo, hasta con las jóvenes del pueblo que desfilaban con sus coloridos uniformes antes de los partidos: “Era bueno el ‘Che Milico’, de la familia Madrid, que tenía auto y sabía de mecánica, hacía empanadas y arreglaba las panas”.

Muy destacado por su fuerza era Manuel Pacheco, un wing izquierdo. Uno que pasó a la historia: “Una vez tiró tan lejos la pelota que, dijo él, la íbamos a tener que ir a Argentina... ‘Bájate Pacheco’ le gritaron, y después eso se popularizó, a cualquiera que se mandaba las partes le decían así”.

Con orgullo, cuenta que el club, que fue fundado por Ernesto Pizarro Lastra, tiene un internacional de esa misma familia, formado ahí mismo en el club; se trata de Jaime Pizarro Herrera, ícono del Colo-Colo, campeón en la Copa Libertadores de América, mediocampista elegido mejor volante defensivo del mundo por la revista *France Football* en 1988, después director técnico de ese equipo y finalmente subsecretario de Deportes, del año 2007 al 2009, época en que se construyeron los cuatro estadios donde se realizó el Mundial femenino Sub-20 del año 2008. Su hijo mayor, Vicente, también destacado y residente en El Pueblito —asimismo jugador de Colo-Colo—, participó en el Mundial Sub-17 de Brasil; con él, ya es la tercera generación de los Pizarro de Lo Barnechea.

Don Cheo, atesorando recortes, banderines, copas, no pierde la esperanza de encontrar apoyos para que la entidad más antigua de la comuna tenga su museo, en la misma esquina histórica de siempre, la del lado oriente en Lo Barnechea con Raúl Labbé.

En lo financiero, la empresa dejó una mala imagen en la zona: “Nunca pagaron impuestos, pero todo lo invertían, más camiones, mejores máquinas, de todo, pura inversión, al final la vendieron por mucho más”.

Con el tiempo se acostumbró a esa vida, por las mejores condiciones: “Porque antes, cuando alguien tenía problemas con la ley, subía a trabajar en las minas, no era buen ambiente, demasiado duro, en invierno a falta de botas uno andaba con los pies envueltos en arpillera amarrada con alambres por el frío; después llegaron las botas de caña alta y punta de acero, cero humedad”.

Arriba nunca se detienen las faenas, con turno nochera a partir de las diez de la noche, mañanero desde las seis de la mañana y el tardero a partir de las dos de la tarde: “Cuando nevaba y no podían subir los siguientes, los de arriba trabajaban dos turnos. Eso también pasaba mucho porque uno se agita con el trabajo bajo tierra; entonces sale y no puede descansar, muchos se ponen a jugar pool y al final es poco lo que duermen”.

Después de medio siglo, un domingo de 2010 se le abrió la aorta, tres centímetros, algo mortal para el 80 por ciento: “Es que arriba el oxígeno es menor, algunos subían y bajaban todos los días, mucho cambio de presión, el corazón trata de acostumbrarse, de repente parten a pasear a la playa y ahí se produce el ataque... Por eso, los que trabajan a más de 4 mil metros tienen otro nivel de sueldo”.

Animó a los hijos para que no trabajaran arriba: “Al jubilar me di cuenta de lo

que había perdido, conocer gente, aprender orfebrería, aquí mismo en el Centro de las Tradiciones de la municipalidad he tomado cursos de yerbas medicinales, cocina patrimonial y tejidos mapuche; es otro mundo. También se hizo un programa para los mapuche de Lo Barnechea, muy bueno, de hornos, cocinas y deshidratadoras solares, y ellos me invitaron a hacerlo”.

No hace caso de los rumores que amenazan con que el tranque de relave minero se vendrá abajo. Lo conoce bien, desde abajo, y no le ve problema: “Los residuos de ácido sulfúrico, la producción de molibdeno, el polvo que cubre los glaciares, esos sí que son problemas serios, importantes para la comuna, hay que controlarlos ahora que hay más conciencia”.

En medio siglo ha visto disminuir mucho la nieve, y desaparecer los rodados que antes eran anuales —“disparaban con un cañón de 106 mm para provocarlos y dirigirlos”—, situaciones que registró tomando fotos de tanto en tanto, muy impresionado de esas masas blancas y veloces.

Nevazones intensas, que sumían la zona cordillerana completa, eran amenazas graves, como en 1987 cuando se temió que los tranques de relave colapsaran y hubo que evacuar a cantidades de personas, incluso hasta debajo de la cuenca de San Francisco, le quedaron en la memoria de esa inmensa montaña “que abajo no conocen muchos”. Ahora, con más años, prefiere estar en el Centro de las Tradiciones de El Pueblito, descubriendo el mundo que, por estar encerrado arriba, se había perdido.



CRECER CON ARRIEROS

Gonzalo Falabella García tiene una larga trayectoria académica, de chileno con posgrado en Londres; pero fue el mundo de los hombres de la montaña, el de los arrieros que conoció de niño, lo que lo dejó marcado.

Todo comenzó en la calle Quebrada Verde, donde su tía Olga García Navero y su marido Manuel de la Torre Agnel, pioneros del lugar, tenían una parcela con animales, corrales y un gran jardín diseñado por Hugo Clark, el creador de El Jardín Inglés, paisajista célebre a mediados del siglo pasado. Los viveros, las mejores plantas, el paisajismo siempre fueron importantes para los pioneros de la comuna.

Falabella tuvo la suerte de ser acogido como un hijo: “A los seis años yo tenía caballo asignado, llegaba todos los viernes por el fin de semana y en las vacaciones a ese lugar que está al lado de un estero. Ir a regar parcelas fue mi primera ocupación”.

Nunca ha perdido el contacto y hasta hoy, más de medio siglo después, tiene un caballo que le mantienen unos arrieros hacia el Santuario, cerca de las casas A, donde vive un grupo que ha perdurado: “Ellos están en todos lados y se adaptan, a veces como jardineros, o construyendo casas, lo que sea, y son los mismos que están en los rodeos de la Medialuna”.

En otros tiempos también eran pirquineros cuando había hallazgos, trabajaban en el acarreo de minerales o armaban las torres del andarivel. Sus habilidades manuales eran proverbiales: “A varios los veo cuando paso por Cerro 18, allá se llevaron a muchos arrieros de El Arrayán”.

Él los conoció en su apogeo, cuando partían por varios días llevando animales a las veranadas: “Es que arriba se alimentan solos durante tres o cuatro meses, no hay que buscarles forraje como cuando están abajo. Con el agua de los deshielos crecen los pastos que duran hasta abril, casi justo para bajar los animales y llegar a correr en la Fiesta de Cuasimodo, lo que yo empecé a correr desde 1949”.

A veces se interna en el Santuario, donde todavía encuentra un escenario medio rural: “Hay una familia Cox ambientalista, con tierras al lado oriente del estero, que son las de mejores pastos; el fundo de abajo, hacia La Dehesa, es un poco más seco”.

Con animales de los dos fundos todavía se hacen rodeos de vacas en los corrales, con los de La Pastora del Santuario y con los de El Durazno del fundo Cox. Siempre admiró a los capaces de participar: “Las vacas salvajes son lo peor, en el fondo ese rodeo es una escuela para aprender a bajarlas después de la veranada, ellas no andan en manada como los caballos, que tienen un líder, con ellas todo es una por una, y es peor todavía si están recién paridas; subirlas no es tan difícil, pero hacia abajo... Si

alguna se llega a meter en una quebrada solo los perros pueden sacarla. Para muchos el rodeo es un show, pero entonces era una verdadera escuela”.

De adolescente recorría la montaña, un lugar sin límites, siguiendo las huellas de los arrieros: “Como yo era joven, jugador de rugby, me gustaba el desafío de amansar caballos. Claro que a mí me dejaban solo la primera parte, hasta que dejan de corcovear, porque la amansada misma la hacían ellos después”.

Le preocupa el paisaje montaña arriba, ver que la conciencia ambiental avance lenta mientras los glaciares se cubren de polvo y oscurecen: “La ira de los arrieros es muy fuerte”, comenta.

Por lo mismo lamenta el muro que se levantó entre El Pueblito y La Dehesa: “En pocos metros uno pasa de África a Escandinavia... Antes no había eso, con el cura Alfredo Arteaga todos corrían el Cuasimodo, era una tradición que unía a toda la zona. Había buenas casas y otras muy pobres pero la relación era más cercana, conversada, más negociada. La trilla a yegua suelta en la entrada de La Poza, cerca del puente donde gira el cerro, era una fiesta de todos, también con los hijos de los dueños de los fundos; Bernardo Larraín, los Ruiz Fernández, eran cercanos y sus capataces siempre participaban. Lo mismo íbamos todos a pescar pejerreyes en el tranque de La Dehesa, aunque fuera un fundo privado, eran costumbres típicas del campo”.



Tiene simpatía por el Cerro 18, donde vive parte de ese pasado rural, en las personas que saben canciones, bailes, payas tradicionales: “Les han hecho mala fama pero para mí son los mismos con los que me crié, ahora estamos todos más viejos nomás, y es una lástima que los jóvenes ya no conozcan lo que fue, durante siglos, el mundo de los arrieros”.

Como sociólogo, considera que la razón de la buena convivencia social de antaño es que “era la de un mundo más ganadero y horizontal, no agrario vertical como en la hacienda tradicional. El arriero tiene autonomía, solitario por meses, es muy individuo, se las arregla solo, no depende de nadie”.

Lo dejamos con sus libros de arrieros, fotos de caballos y estudios personales a propósito de un mundo que desaparece y se vuelve, de a poco, casi mítico.

UN MINERO DE LO BARNECHEA

Niño de campo, de casa en El Pueblito y andanzas por las parcelas, Luis Rodríguez Alsina terminó trabajando donde menos se imaginó: arriba en La Disputada. En la mina, pero a 150 metros bajo tierra.

“Chincolito” le decían, porque andaba pellizcando la uva en las parras de las chacras bajo los soles del verano, época que recuerda toda dorada, de guindas y peras, choclos y espárragos, en una tierra generosa que él y sus amigos recorrían libremente. Entre sus coetáneos estaban los hijos de Jaime Vial, un dueño de parcela grande, con los que crecería. La Dehesa, El Pueblito, todo era “puro campo”.

La casa de su familia —de padre jardinero y madre cocinera—, estaba en la calle El Esfuerzo y contaba con una huerta: “El papá sembraba gladiolos ahí, los que vendía los fines de semana a la gente que venía a pasear a Lo Barnechea”.

No había educación completa en el pueblo, así es que asistió a la Escuela de Santa Rosa, luego a la de San Francisco de los curas de la Holy Cross en Campanario, más tarde a la Escuela Municipal de Las Condes y, finalmente, como varios barnecheínos de esfuerzo, a un internado de la ciudad. En su caso fue el de la Gratitude Nacional, de donde salió con diploma de técnico.

Fue lenta su llegada a las minas de la cordillera. Luego de unos años en ferrocarriles, en máquinas de chancado, estuvo unos meses arriba en la instalación de cañerías para el relave, pero no lo soportó y avisó que se iba: “Fui a cobrar y me pagaron mucho. La embarré, pensé. Después anduve cesante, hasta trabajé en el empleo mínimo”.

Ya casado, con más necesidades, postuló a La Disputada alentado por su suegro, Rafael Rojas Astorga, el que con sus hermanos trabajaba de corredor del andarivel que bajaba hasta Las Puertas, pero lo hizo sin mayor interés, medio obligado. Ni siquiera fue a mirar si había quedado... Fue su madre, cocinera, la que le habló a un gerente de finanzas que, en una semana, lo incorporó. Sería minero después de todo, y para toda la vida.

Con su título de técnico mecánico obtuvo un rol de capataz pero a los dos meses, de nuevo, quiso irse: “Era un trabajo muy abrutado, duro, el único que sabía leer y escribir era el gerente, los elementos de seguridad eran pocos, mucho el polvo, y pensé que la expectativa de vida sería de cinco años, por la silicosis. Uno de los antiguos me dio un secreto hindú, de sorber agua por la nariz al terminar el turno para limpiar las vías respiratorias, y como los filtros de la mascarilla eran malos me pusiera por debajo un pañuelo húmedo”.

Igual fue a renunciar: “Aquí vas a ganar más que un doctor en Santiago —me dijo el gerente—, piénsalo”. Yo había retirado puros anticipos, de 50 mil pesos, por

1970 sería, y cuando fui a cobrar eran como tres millones, en todos los bolsillos iba metiendo los billetes, después en la pieza los tiraba por el aire, lo mismo cuando bajé al pueblo y fui donde mi esposa”.

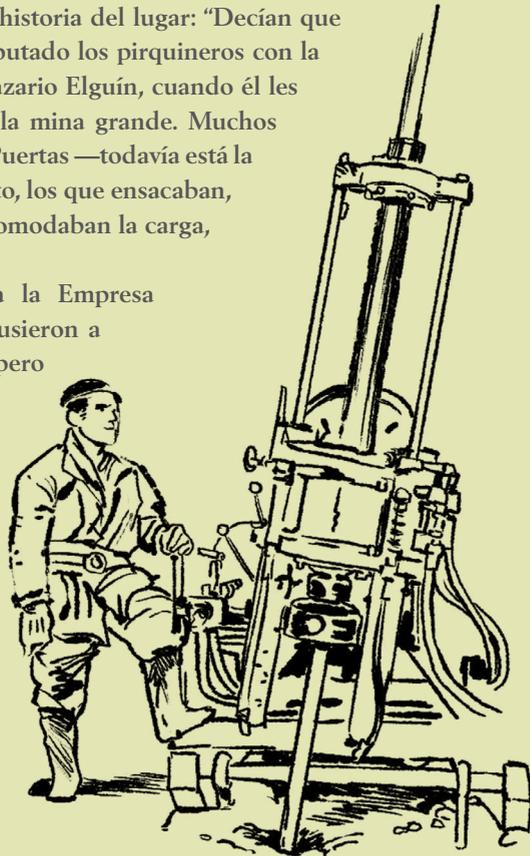
Compraron un televisor y una estufa, y el resto se lo pasó a ella para que lo administrara: “A los quince días no le quedaba nada, desde entonces administro yo. Dos hijos tuvimos, nomás, para que alcanzara para darles alimentación buena, educación, ropa, que no pasaran las cosas que viví yo de joven...”.

Se ríe: “Pero así se malacostumbraron”.

Año tras año bajaría en una jaula enorme hasta 150 metros bajo tierra, a un silencio diferente, a otro aire. Mucho después, cuando uno de Telecomunicaciones le contó que se jubilaba y tenía que dejar a alguien de reemplazo, y él aceptó sucederlo, le cambió la vida: cursos de telefonía, de equipos de radio... Así conoció los helicópteros, la montaña vista desde cientos de metros por arriba, mirando las blancas cumbres para ir a revisar las antenas repetidoras del sistema de radio: “Un jefe de Finanzas, conversando, me preguntó qué hacía y cuánto ganaba; me ascendió al tiro, porque yo tenía más responsabilidades en telecomunicaciones y era técnico. Incluso, me metieron en un curso de minería”.

Con el tiempo le interesó conocer la historia del lugar: “Decían que la mina se llamaba así porque habían disputado los pirquineros con la gente de la empresa cuando llegó don Nazario Elguín, cuando él les fue comprando los derechos para hacer la mina grande. Muchos eran de Lo Barnechea y ahí mismo en Las Puertas —todavía está la casa—, trabajaba harta gente de El Pueblito, los que ensacaban, los que cargaban los camiones, los que acomodaban la carga, las señoras que arreglaban los sacos”...

Hasta que la mina grande pasó a la Empresa Nacional de Minería: “Fue por 1971 y pusieron a un coronel de Carabineros a la cabeza, pero no sabía nada de minería, no les fue bien, y entonces le vendieron a la Exxon, que era petrolera, no de minería y menos de cobre, pero nos daban buenos equipos de seguridad, buena comida en el casino, más sana”.



EL SEMBRADOR DE NOGALES

Es amplio el sector de Los Nogales de La Dehesa, el que ha ido creciendo hace décadas, desde que comenzó a construirse la ya lejana etapa I. El sector tiene una imagen distintiva, un molino español que lleva inscrito un nombre: Leonidas Montes. Fue idea de la municipalidad, en el mes de septiembre del año 2012, de dejar ahí inscrito su nombre en ese hito característico del sector que es El Molino. En la ocasión, Leonidas Montes Olavarrieta también fue declarado “Pionero de Lo Barnechea” por sus aportes al desarrollo del valle de La Dehesa.

Cuando nos recibe, en su casa cercana al icónico molino, nos hace notar el sonido del agua. A pesar del auge inmobiliario, de condiciones lujosas en muchos casos, nos recuerda que todo comenzó con la oferta de un ambiente de campo a pocos kilómetros.

Según la historia, comenta, era natural que Santiago creciera hacia la cordillera: “Los militares con sus fuertes y los curas con sus monasterios siempre buscaban las tierras altas, que tienen las aguas de mejor calidad”.

Aunque, agrega, la historia nacional también tuvo su parte: “Porque los Gandarillas, por temor a la Reforma Agraria, comenzaron a vender sus fundos de Las Condes y entonces Santiago pasó más allá de Américo Vespucio; lo mismo los Goycolea, que vendieron apurados el sector de Colón Oriente”.

Pero La Dehesa, todavía era lejana y casi inaccesible: “Por Lo Curro, a la altura del Club de Tiro, había un portón con candado; José Fuenzalida tenía las tierras de adentro”.

Fue el abuelo de su mujer, Bernardo Larraín Pérez-Cotapos, el que compró varios miles de hectáreas —planas y de cerros—, que su descendencia Larraín Vial comenzaría a urbanizar. El problema eran los accesos. Los herederos tuvieron que invertir, para iniciar el desarrollo urbano: “Contratamos a un gran ingeniero, Andrés Prieto Pérez, para hacer los estudios, y entre varios vecinos, José Rabat, Eliodoro Matte y otros, iniciamos el proyecto”.

Había que instalar un servicio de agua potable y los tendidos eléctricos: “Se sabía que iba a ser algo lento, y alguien me aconsejó que plantara nogales o castaños para producir algo entre tanto, y así iría mejorando el paisaje, que era muy seco; después de estudiar el mercado me fui por los nogales, porque las nueces tienen más salida, en Chile y afuera”.

La compañía de teléfonos no estuvo dispuesta a extender sus tendidos tan lejos por unas pocas casas. Había otra compañía, más pequeña, la que tampoco aceptó: “Entonces hablé con Rabat, que tenía la empresa telefónica Manquehue, el que estuvo dispuesto pero a un alto precio; teníamos que comprar quinientas líneas y cada una era cara. Tuve que pedir ayuda a otros, como Eliodoro Matte, para financiar el servicio”.



Algo similar sucedió con el agua potable, esta vez con Aguas Lo Castillo de la familia Goycolea, sistema que se apoyó en el gran tranque del valle, con aportes de Bernardo Larraín Vial, los Matte y los Ferreti, entre otros.

La iluminación pública subterránea también fue complicada: “Solo se conocía en el barrio Jardín del Este en Vitacura, pero nada más. A Chiletra le pareció muy mal, una locura, que cómo iban a hacer la mantención de los cables después si estaban enterrados, y los riesgos de la electricidad junto al agua, y si había inundación, y cómo le iban a revisar y reparar los transformadores bajo tierra... Yo estaba muy entusiasmado, había visto que el negocio estaba en hacer conjuntos muy económicos o de lujo, no servía nada intermedio, y a mí me parecía más interesante hacer algo de calidad porque soy preciosista, así es que no podía faltar el cableado subterráneo para llegar a un estándar alto. Fue muy caro, con faroles traídos de Denver y cables especiales importados, pero el paisaje final es muy diferente. Fue clave el general Jorge Ballerino, entonces edecán del presidente Pinochet, para que nos comprendieran y se aprobara en Chiletra”.

Aún así, para que las empresas de servicios quedaran tranquilas, tuvieron que bajar varios metros con el alcantarillado, lo que encareció el proyecto para cumplir la exigencia de alejar la electricidad de las aguas lluvia.

Entonces se pudo avanzar en el desarrollo del proyecto mismo, urbano, con dos avenidas que recordarían a los propietarios originales; Bernardo Larraín Cotapos y Pedro Lira Urquieta.

Por interés de su esposa, de familia muy católica —Lira Larraín—, se decidió construir una iglesia cuyo diseño se encargó al arquitecto Raúl Irrázaval: “Tuvimos

que hacerla dos veces, con Eliodoro Matte, porque monseñor Francisco Fresno vino a verla cuando ya estaba avanzada y pidió hacerle varios cambios”.

Pero lo que no avanzaba, era la venta de terrenos: “Ahí se me ocurrió vender algunos a precio muy bajo, al costo de lo que había costado urbanizarlos, 1 UF el metro, llamando directamente a ciertas personas para ofrecerlos. Eso sí, tenían que construir, en el plazo de dos años, una casa de ciertos estándares”.

Ahí comenzó el poblamiento: “La primera etapa fue Nogales I, diseñada por la oficina de arquitectos de Víctor Gubbins —premio nacional de Arquitectura— y Ernesto Labbé, un muy buen equipo con el que siempre seguimos todas las etapas siguientes, hasta la número 8. Esa continuidad fue muy buena porque no se urbanizó a pedazos; desde el principio hubo una mirada integral a gran escala, y por eso el resultado es armónico”.

Con las primeras ventas coincidió que los nogales, de la variedad Pine, ya estaban productivos: “Llegamos a 25 toneladas, hasta 30 en un año, en muy buen momento. Eran campesinos de El Pueblito, con largos coligües de 4 metros, los que se encargaban de las cosechas”.

El símbolo icónico de la urbanización, el molino, no fue idea suya, sino de su esposa, María Lira Larraín: “Me preguntó qué iba a hacer con la rotonda, y le dije que pensaba en un gran árbol, o una palmera. Ella, que estaba en La Mancha por entonces, me propuso la idea del molino y se la compré de inmediato. El diseño se lo encargué a uno de los arquitectos, Labbé”.

Lo de los adoquines también fue una gestión lenta: “Son de los antiguos, de los canteros de Colina, muy sólidos y artesanales; ellos ya no están ahí, ahora ya no se podría hacer ese trabajo”.

Él mismo, por entonces, con los primeros vecinos y cuando las obras finales llegaban a término, se vino con su familia a vivir a La Dehesa, donde crecerían sus hijos. Con aires de campo, sonidos de agua, perros y gatos y aire limpio.

“NO QUIERO UNA JUANA GALLO”

Los Montenegro... Es uno de esos apellidos afincados en El Pueblito, muy ligados a Cuasimodo. Entre ellos destacan el Lolo —clásico “gritador”—, y Clemira, que llegó a presidir por muchos años la Asociación de Cuasimodistas de Chile.

Lorenzo se llama el “Lolo”, pero nadie se acuerda. Es hombre recio como corresponde a una estirpe de arrieros, de palabras justas. Está acostumbrado al silencio de la montaña.

Ella, la Clemira, portadora de un encanto que le ha abierto muchas puertas, es líder natural. La habíamos invitado a conversar y, dinámica y entusiasta, se vino con varias otras personas que, decidió ella, podían ser un aporte.

Tenía toda la razón. Porque uno de ellos, Roberto Valenzuela, tuvo una página de Facebook que se llamaba lobarnechearecuerdo donde difundía historias, anécdotas y fotos, todo lo que evoque el pasado local. Cuenta Valenzuela con el gran apoyo de la familia de Zenón Muñoz, el fotógrafo de El Pueblito, porque ahí en su casa de calle Álvarez estaban los registros de bautizos, cumpleaños, entierros, funerales y fiestas de Cuasimodo de muchas familias. Zenón era un pescador el resto del tiempo, uno de los que se instalaba junto al Puente San Enrique cerca de los sauces, en verano algo aparte de los bañistas, en años cuando la pesca era buena. Si hacía falta, era electricista. Un personaje, Zenón Muñoz.

Le preguntamos a Valenzuela por otras familias lugareñas, y él —que se educó en la antigua Escuela 177, después llamada Estados Americanos—, nombra a los Herrera porque el patriarca, don Pedro, era el administrador de la hacienda de Las Condes, y su casa estaba justo en la estratégica esquina de Lo Barnechea con Raúl Labbé. Ahí mismo daba instrucciones para rodear animales cuatro veces al año —los animales de la hacienda se marcaban con la letra O—, con lo que se preparaban los rodeos en que participaban muchos lugareños. Pedro Herrera marcaba el calendario del año.

De datos curiosos, Valenzuela destaca la visita de la reina Isabel II a la casona del canciller Gabriel Valdés —en Los Castaños, de Av. Raúl Labbé, por desgracia demolida—, y la del Cañaveral de Salvador Allende a la que llegó Fidel Castro, en el Camino a Farellones, hoy un centro de eventos.

Doña Clemira Montenegro ha esperado su turno para hablar, sin apuro, y cuando corresponde le cede la palabra al Lolo, su hermano mayor. Es una organizadora nata y así mismo inició su trayectoria.

Cuando le preguntamos cómo comenzó, siendo apenas una niña, evoca la postergación femenina: “Es que iban nada más que hombres a las reuniones de Cuasimodistas, y cuando volvían puro hablaban de caballos, rodeos, lazos, y yo quería saber más de la fiesta, de su significado”...

El Lolo era uno de ellos, desde 1948, y él la introdujo. Se nota la complicidad entre los Montenegro, interesados por ejemplo en que Cuasimodo vaya a Farellones porque las familias de allá “se sienten alejados de la palabra de Dios”. También, agrega ella, que se recupere la tradicional romería a la Ermita.

Al padre de familia no le gustó nada que la Clemira, de doce a trece años, anduviera en reuniones de puros hombres: “Yo no quiero una Juana Gallo en mi familia, quiero señoritas”.

Juana Gallo, me explican entre los dos, eran las mujeres medio ahombradas, buenas para el caballo y el lazo, criticadas tal vez porque eran más libres y menos sumisas, como ella. Acostumbrada al caballo, de niña ya partía montaña arriba a visitar al padre arriero, o a ver a la abuela en las entradas de Los Refugios, y no pasó mucho tiempo hasta que tuvo, como buena Montenegro, su propio caballo.

Así es que no cejó. Ver cada año el desfile de cientos de caballos con banderas y guirnaldas llevando la comunión a los enfermos, en la fiesta de Cuasimodo, era lo más impresionante del año en Lo Barnechea. Lolo iba adelante, el “gritador” que aviva con fuerza a Cristo Rey, Señor de los ejércitos celestiales, para que la gente saliera al camino y los enfermos se acerquen: “Queda ahora un solo gritador, Patricio Oyanedel, que es muy carismático... ‘Viva Cristo Rey’ es el grito principal, y todos responden fuerte, con ganas, ‘Viva’..., o también ‘Viva Jesús sacramentado’. Toda la gente de El Pueblito, de San Enrique, El Arrayán, se manifestaba”.

Doña Clemira hizo historia porque, con la colaboración de un arquitecto de la Universidad Católica, conocedor de la cultura popular —Patricio Gross—, trabajó para que el Cuasimodo fuera Patrimonio de la Humanidad: “...con el padre Raúl Feres también, estuvimos más de un año porque no nos aceptaban que sea una tradición de todo el país, tiene que ser de un lugar nomás, como La Tirana. Tampoco nos permitieron que fuera calificado de patrimonio intangible, tenía que ser tangible, así es que empezamos a buscar objetos relacionados a Cuasimodo; un señor donó un gran coche tirado por cuatro caballos, un sacerdote regaló una custodia de madera muy antigua —de esas en que se ven unos ángeles como cuidando las hostias—, y conseguimos tres esclavinas, esas capas con las que todos nos cubrimos, y también nos llegó un palio con bordados de hilos de oro”.

No está segura de si lograrán su cometido: “Pero tendría que serlo, porque el Cuasimodo es solo de Chile, no existe en otra parte”.

Supone que surgió por la geografía de este “país de rincones”, de muchos valles remotos y rinconadas, donde no podían llegar los sacerdotes, y la población era escasa y estaba dispersa: “No había gente para sostener una parroquia, entonces una vez al año al menos, para Cuasimodo, recibían la comunión”.

Si hubiera que escoger un solo lugar patrimonial, ella tiene clara su propuesta: “Tendría que ser el Cuasimodo de Renca, que viene de 1860, después es el de Talagante, el de nosotros es de 1890”.

Celebra que un director de cine, Alfonso Gacitúa, haya hecho una película del

Cuasimodo de Lo Barnechea, *La mujer de la esclavina* (2016). Es un drama que comienza la noche anterior, cuando todo se apura para los últimos preparativos: “Porque la procesión comienza muy temprano, de madrugada, antes de que salga el sol, medio oscuro todavía”.

Don Lolo tiene 82 años, y ahí sigue; incluso, llevando a un descendiente a correr Cuasimodo, un Montenegro, de apenas dos años: “Amarradito y bien encachao”... Para promover la fiesta entre los niños se premia cada año “Al niño más pequeño”, así como se distingue “El huaso más antiguo”.

Él tiene todavía doce caballos, como corresponde a su familia, para cabalgar en lo propio y no ir en camioneta.

Cuando les pregunto por familias cuasimodistas, son varias las que aparecen: “Gana, Araya, Ortega, Dotte, Paz, Maira, Polanco, Villavicencio, y también los Dávila que vienen del cajón del Arrayán y tienen que levantarse como a las cuatro de la mañana para llegar a tiempo”. Como impulsor, destacan a Juan Bernardo Guerra, hace años el principal organizador del Cuasimodo local.

Dos historiadoras jóvenes registran el testimonio de los recuerdos de los hermanos cuasimodistas. Como Lo Barnechea es una reserva cultural, les interesa hacer un trabajo sobre sus tradiciones, y escuchar a los hermanos Montenegro es una forma de acercarse a “la historia viva”.



HANS MUHR EN EL PAISAJE DE EL ARRAYÁN

La araucaria, el quillay, todo en su terreno tiene historia, comenzando por la palma chilena que plantó el cineasta Ricardo Larraín, dueño anterior del sitio y quien los entusiasmó con el sector.

Hans y su mujer —la diseñadora textil Luz María Braithwaite que imparte cursos en la calle La Disputada, cerca de la Plaza San Enrique—, llevan décadas en este lugar, donde crecieron sus siete hijos.

Su casa se amplió, y varias veces: “Es muy típico aquí en El Cajón, tener un buen sitio y un buen auto, porque hay que tener tracción para el invierno, pero la mayoría de las casas, como esta, son medio febles, de madera, sobre pilotes para acomodarse con los desniveles de las laderas. Nosotros partimos con los materiales de una casita prefabricada”.

Eran muy jóvenes por entonces: “Fue Ricardo Larraín, enamorado de El Arrayán y que vivía en la entrada del camino y se había comprado este sitio, el que nos presentó el sector, que nos encantó, son casas que se levantan en la parte alta para tener más vista”.

Con Luz María al lado, uno tras otro, enumeran atributos: “Se pueden ver las estrellas todas las noches, se oye el canto de los pájaros, la lluvia se siente muy fuerte, a veces todo se cubre de nieve”...

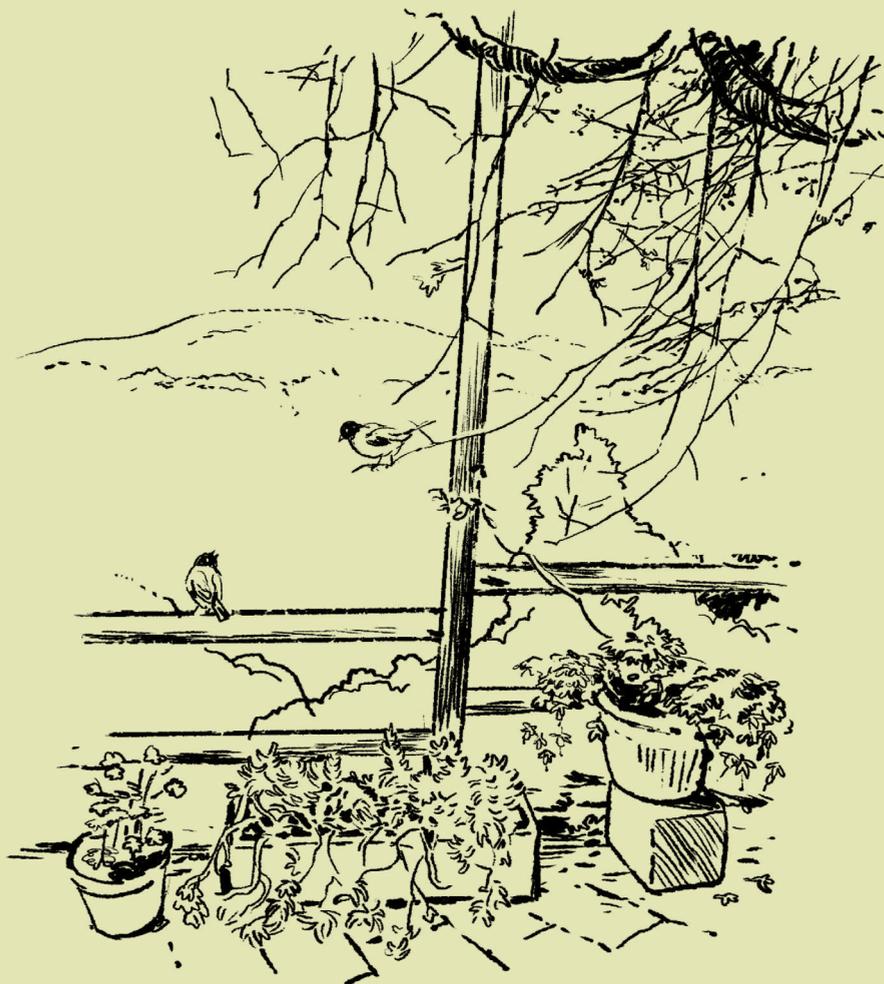
Es vivir inmersos en la naturaleza. Tema de toda la vida de Muhr, quien, junto a Juan Grimm —amigo de la juventud—, ha participado en numerosos concursos de parques, comenzando por el Araucano, en el que no ganaron pero les dieron la Medalla de Oro en un concurso internacional presidido por el brasileño Roberto Burle Marx, el más célebre paisajista latinoamericano. Por supuesto, aquí en este terreno Muhr se adaptó a la topografía y también a las especies que ya la habitaban antes que llegara la familia.

En el medio, está la casa flexible: “Nacía un hijo y se ampliaba, se iba otro y su pieza se transformaba en terraza”.

Para los niños, todo El Arrayán fue su lugar de juegos, incluyendo los cerros cercanos: “Partían en verano diciendo vamos a la cascada, o vamos a la laguna, y uno no sabía de qué estaban hablando”...

Sentados en una terraza dispuesta entre copas de árboles y arbustos, abierta al poniente, el canto de cada pájaro hace audible el silencio. Parece no haber vecinos, nada se ve ni oye, de los alrededores. Comentan que cada mes vienen aves diferentes, como los mirlos de febrero y los cometocino en julio. Tienen un quitral que atrae a los picaflores, mientras las tórtolas, los cachuditos, las codornices, se reparten el año.

Es una opción de naturaleza, de cierto aislamiento: “Aquí no hay vida de barrio,



uno no se ve, y los amigos si vienen llegan el viernes y se van el domingo porque esto es estar fuera de la ciudad”.

Los aficionados a las excursiones pasaban por ahí mismo, para subir el cerro Pochoco: “Ahora hacen trekking por una ruta a la que se ingresa por el observatorio, aquí al lado”.

Pero lo urbano ha ido llegando, con supermercados y centros comerciales, y una de las hijas, en su bicicleta, va y viene a un mall en La Dehesa.

Algunos hijos ya partieron, portadores de la esencia arrayanina: “Uno en Alemania, otro en Valdivia, otro en La Reina, cada uno tiene su jardín aunque sean mínimos y en el chat familiar se intercambian datos de plantas, fotos”...

Les preguntamos cómo ha cambiado la comuna desde que llegaron. Recuerdan un Chile más mezclado, cuando las familias de El Pueblito, La Dehesa antigua y El

Arrayán compartían este enclave fuera de Santiago, muy conscientes de vivir en “el portal de la cordillera”.

Todavía conviven con los más antiguos en las ferias libres, una ubicada al lado del Nido de Águilas, y la de los chacareros que se instala en la Av. Alfredo Arteaga: “También Cuasimodo es muy fuerte como tradición, pasa por aquí mismo, es algo que no olvidan los hijos, misterioso”. Es una fiesta que se anuncia con el sonoro golpe de los cascos de los caballos en el pavimento, muchos vecinos cercanos de las casas A: “Son de familias de arrieros cuyos hijos —que jugaban con los nuestros—, son los que mejor conocen la geografía de estos cerros”.

Contando con que Hans estudió arquitectura y tiene el ojo entrenado de un paisajista, le preguntamos qué es lo que unifica a la tan diversa comuna de Lo Barnechea, y nos deja pensando con su descripción:

“Es el agua que se acumula arriba en la montaña, es la nieve que se derrite y baja por los ríos y esteros, es gracias a ella que las quebradas de El Arrayán tienen sombra, tanta flora y tanta fauna, y finalmente fue el agua también la que se canalizó para que fueran posibles la ganadería y la agricultura en los fundos de La Dehesa”.

Nos quedamos con esa imagen, que abraza a la comuna completa.

Y recordamos la sabiduría mítica de los habitantes antiguos —picunche, mapuche, huilliche—, para los cuales los hilos de la lluvia celeste y sagrada, que se acumulaba abundante en las cumbres andinas —blancas por ello—, y que bajaba sonora entre los cerros hasta llegar a los valles dándoles la vida, luego se unía al océano hasta el final, donde el horizonte toca el cielo, para subir de regreso al mundo celeste.

AGRADECIMIENTOS

A la comunidad: a Eliseo Villarroel, más conocido como Don Cheo, Gonzalo Falabella García, Luis Rodríguez Alcina (QEPD), Leonidas Montes Olavarrieta, Clemira Montenegro Cabrera, Lorenzo “Lolo” Montenegro Cabrera, Alejandro (Janito) Valdivia Castro, Hans Muhr Münchmeyer, Mónica Bravo Lyon y Cristián Ortiz Vergara.

Al directorio de la Corporación Cultural de Lo Barnechea, presidido por el alcalde de la comuna, Cristóbal Lira Ibáñez e integrado por Bárbara Lyon Correa, Bárbara Vicuña Balaesque, Hernán Gana de Landa, Juan Enrique Allard Serrano, María Carolina Weinstein Varas, María de la Paz Hiriart Morán y Pedro Felipe Montes Lira.

A quienes generosamente nos donaron material fotográfico: Andrea Riedel García, Archivo , Archivo Anglo American, Archivo , Archivo Patrimonial Brüggemann, Archivo Enterreno, Fundación José Venturelli, Ricardo Labarca Kupfer, Archivo Taller de restauración Universidad de los Andes, Museo Nacional de Historia Natural de Chile, Sandra Gaete, y a todas las personas que han colaborado compartiendo sus fotos familiares, para construir colectivamente el archivo de fotos patrimoniales de la Corporación Cultural de Lo Barnechea.

A nuestros vecinos y vecinas.

A quienes han vivido en Lo Barnechea y a las generaciones futuras.

Lo Barnechea. Crónicas de su historia
© Corporación Cultural de Lo Barnechea

Investigación y texto:

Miguel Laborde

Coordinación general:

Paula González, Rosa Saavedra, Francisca Schultz, Carlos Cuevas

Directora de arte, diseño y documentación fotográfica:

Sandra Gaete

Ilustraciones:

Felipe Muhr

Fotografías de portadillas primera, segunda y tercera parte:

Matias Castillo

Fotografía de portadilla cuarta parte:

Archivo , donada por Adolfo Dell' Orto

Corrección de estilo:

Edison Pérez

Publicación: mayo 2021

Hecho en Chile

Impreso en A Impresores S.A.

978-956-9500-11-4

Registro de Propiedad Intelectual 2021-A-3066

Corporación Cultural de Lo Barnechea

Santiago de Chile

Teléfono: (+562) 27543870

patrimonio@lobarnecheacultura.cl

www.lobarnecheacultura.cl

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio impreso, electrónico y/o digital, sin la debida autorización escrita de la Corporación Cultural de Lo Barnechea.



Conocer sobre nuestro territorio, la vinculación con la naturaleza, las costumbres y la historia de la comuna de Lo Barnechea constituyen el principal legado que nos deja esta publicación.

A través de una exhaustiva investigación y el levantamiento de testimonios de vecinos emblemáticos, Miguel Laborde construye una crónica que nos habla sobre el habitar en la comuna. El relato comienza con los orígenes preincaicos, la importancia primordial de la montaña, las primeras haciendas y el gran hito del descubrimiento cuprífero de Nazario Elguín, origen de los primeros asentamientos mineros. Luego se interna en la vida de pueblo, las tradiciones rurales —muchas de las cuales se mantienen hasta hoy—, la expansión urbana y el desarrollo comunal hasta la actualidad.

Este libro es una invitación a conocer la comuna de Lo Barnechea y a sensibilizarnos sobre cómo queremos convivir con nuestro entorno.

